

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

TESIS

*La formación de la nación alemana a
través de su tradición medieval (1820-1920)*

Mikel Luege Mateos

Asesor: Dr. Martín Federico Ríos Saloma



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A María Rosa y Arístides, Piedad y Alfonso cuyo incesante viaje me trajo hasta aquí. Ejemplos de dedicación y lucha. Espero, en las páginas que vendrán, contar una historia digna de sus esfuerzos.

A mis padres Rosa del Carmen y José Luis. Primeros maestros y siempre ejemplares, apoyo infinito, pilares vitales. Espero siempre vivir con los principios con los que están forjados.

A mis hermanos, Rosa del Carmen y Fernando, mis más grandes amigos. En quienes confío y a quienes no siempre les recuerdo cuánto los amo.

A Karen, mi amor. Que vió crecer este trabajo y quien verá crecerlos todos.

A mis maestros, profesores, familia y amigos.

A todos ustedes por haber confiado en mi y apoyarme incondicionalmente.

Agradecimientos:

A mis padres por transmitirme sus principios y darme todo su apoyo.

A mis hermanos que siempre me han respaldado.

A Karen, por apoyarme y mandarme a pedalear cuando empezaba a divagar.

A mis profesores y compañeros, cuyos comentarios nutrieron y fortalecieron este trabajo.

En especial a Martín Ríos, por creer en el proyecto y siempre guiarme siempre con la mejor disposición.

A mis asesores, por sus comentarios y correcciones y paciencia.

A mi familia y amigos.

A la UNAM, gigante de acero y templo de conocimiento. Quintaesencia del conocimiento mexicano. Siempre un honor albergarse en sus aulas.

Al lector.

ÍNDICE

Introducción.....	5
Capítulo I: El marco histórico: Alemania 1820-1920.....	9
I.1 El final de las guerras napoleónicas: 1820- 1848.....	9
I.2 El proyecto de unificación: del Festival de Wartburg a la iniciativa de Bismark.....	12
I.3 La guerra Franco-Prusiana.....	32
I.4 Los proyectos neocoloniales.....	34
I.5 De la Realpolitik a la Kulturkampf.....	37
I.6 Las oposiciones al nacionalismo.....	41
Capítulo II: La tradición medieval y su materialización en en el proceso de construcción de la nación alemana.....	43
II.1 Los orígenes medievales de la nación alemana.....	43
II.2 Alemania: ¿una nación? Fichte y su Discurso sobre la nación alemana...50	50
II.3 La música. Richard Wagner: <i>mythos</i> y <i>Volk</i>.....	60
II.4 La literatura (Goethe).....	74
II.5 La pintura.....	76
II.6 Los lugares de memoria.....	90

Capítulo III: La supervivencia del elemento medieval en el siglo

XX.....	102
III.1 El elemento medieval del nacionalismo en la Primera Guerra mundial.....	102
III.2 La literatura: experiencia de guerra, verdades y falsedades.....	112
Conclusiones.....	115
Bibliografía.....	119
Apéndice.....	122

INTRODUCCIÓN

Los trabajos sobre la guerra franco prusiana y la Primera Guerra Mundial son abundantes, sin mencionar aquellos que tratan la influencia de los nacionalismos en cada una de las dos. Sin embargo, pocos hablan del rescate de los momentos fundacionales de estos nacionalismos los cuales se ubican en su gran mayoría, en una edad media idealizada y mitificada por el romanticismo del siglo XIX.

Este proceso no sólo se concentra en un hecho fundacional original, sino que necesariamente se hace con el rescate de todo un contexto, generando una añoranza y una motivación a “imitar” ese momento de gloria nacional y, por qué no, individual.

Dicha abstracción de los valores medievales, adquirió una fuerza inusitada durante todo el siglo XIX, siendo utilizada como propaganda por todos los nuevos Estados nacionales, especialmente por Alemania y Francia. Mitos sobre el nacimiento de la nación y la gloria de los héroes que los protagonizaban salieron a relucir como parte de la identidad nacional, invadiendo la mente de los hombres que los escuchaban.

El hechizo de un discurso sobre una nación gloriosa, sobre el heroísmo bélico alcanzado por el caballero medieval, aunado al respeto adscrito a dicha figura, como a la posibilidad de “ascenso” social que ser soldado implicaba en el siglo XIX, llevaba a los receptores de tal discurso a un lugar completamente ajeno a la realidad.

La guerra, sus implicaciones y terribles males, serían disfrazados por la gloria nacional. El deber de servicio sagrado de cada individuo hacia su nación, así como una serie de idealizaciones, cubrieron por mucho tiempo los verdaderos motivos por los que un estado aparentemente contrario al nacionalismo, de pronto adopta y promueve dichos principios y postulados.

Dado que existen muchos trabajos acerca del impacto del nacionalismo en la formación de los Estados, así como en la de la nación misma, en los que grandes autores

como Hobsbawm¹ y Hagen Schulze² han profundizado, intentar hacer un trabajo sobre la formación teórica y mental de los nacionalismos sería absurdo y redundante; sin embargo enfocándome a un elemento en particular resulta mucho más gratificante.

De modo que al observar el impacto del discurso nacional en la sociedad alemana del siglo XIX, me lleva a plantear los siguientes cuestionamientos: ¿Es el elemento medieval tan secundario como reflejan las investigaciones de otros autores? ¿Cómo y a qué responde el que la valorización decimonónica-romántica de la edad media como momento fundacional, se desvirtuara con tanta potencia a partir de la Primera Guerra Mundial y, a pesar de ello, pudiera ser utilizada en la Segunda Guerra Mundial?

Es claro que tras la “Gran Guerra” los valores y figuras romántico-medievales asociadas al ámbito militar, perdieron sus virtudes, encantos y acepciones sociales debido a que eran incompatibles con las nuevas formas de hacer guerra. Pensar que no se conocía la capacidad destructiva de las armas generadas en los años previos a la Gran Guerra, precisamente porque se habían generado hacía no más de veinte o treinta años, resultaría una ingenuidad ya que existieron varios conflictos previos a 1914 en los que se utilizaron tales armas. Sin embargo, el alcance y la magnitud que tuvo la guerra eran verdaderamente ignorados por la población, además de que eran “escondidas” por una mezcla de nacionalismo y revanchismo presente en todos los niveles de la sociedad, fenómeno que se observa en la producción artística de muchos combatientes: pintores y escritores, expresaron la idea de un deber nacional, de una guerra justa, de una guerra por la civilización, de venganzas ancestrales y no tan viejas; todos hablaban del compromiso que tal enfrentamiento generaba, un compromiso general con la patria que los envolvía a todos. El deber patriótico hacia la guerra cegó a muchos de las consecuencias que un conflicto armado implica. ¿Cómo se generó esa ceguera? ¿Dónde se puede observar? ¿En base a qué se hizo y cómo se fomentó? Son algunas de las preguntas que pretendo responder a lo largo de esta investigación.

¹ *vid.* Eric Hobsbawm. *Naciones y nacionalismos desde 1780: programa, mito y realidad*. Trad. de Jordi Beltrán. Barcelona, Crítica, 2000. p. 28.

² *vid.* Hagen Schulze. *States, nations and nationalism: from the Middle Ages to the present*, trad. De William E. Yuill, prol de Jacques Le Goff, Oxford, Blackwell Publishers, 1996. p. 95

La realización de este trabajo permitirá develar algunas cuestiones sobre la construcción, utilización y vigencia del elemento medieval en el discurso nacionalista alemán, mientras que también espera poner en tela de juicio algunos postulados sobre la utilización secundaria de este elemento como formador del nacionalismo alemán.

Adscribiéndome a los postulados de la Historia Cultural, debo señalar que los trabajos de George L. Mosse³ sirvieron de base para la realización de éste trabajo y su influencia le será clara al lector; sin embargo, al no encontrar la respuesta en él ni en ninguno de los otros autores que utilicé, creo pertinente hacer la investigación que responda a las preguntas presentadas algunos renglones más arriba.

Acerca de la metodología, me parece pertinente utilizar en primer lugar algunos libros y enciclopedias que se enfocan a los momentos más importantes de mi trabajo. Dichos trabajos, sirven sobre todo para hacer un contexto histórico adecuado; por otro lado, las fuentes principales que utilizo para nutrir el análisis de las situaciones, que espero demostrar al concluir éste trabajo, son sobre todo aquellas creadas para “propagar” y generar un espíritu nacional más sólido, por lo que el uso de medios propagandísticos estatales como principal fuente de trabajo, es esencial.

Peter Burke ha hecho énfasis en la generación de imágenes como representación histórica, por lo que la utilización de pinturas y de fotografías debe ser necesaria en todo trabajo histórico, no secundaria, sino complementaria de la utilización de fuentes escritas. La “realidad” que expresan ambas es igualmente subjetiva, y el historiador se encuentra expuesto –ya sea que se enfrente a un texto, a una foto o a una pintura– a los mismos riesgos de falsedad. La utilización de fuentes escritas o pictóricas, debe partir de la interpretación que el historiador pueda hacer de ellas⁴

Dichos medios de propagación son sobre todo los carteles y pinturas, monumentos nacionales, reproducciones fotográficas etnográficas y en menor medida timbres postales.

³ Vid. George L. Mosse *The nationalization of the masses: Political symbolism and mass movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*. London, Howard Fertig, 2001.

⁴ cfr. Peter Burke. *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Traducción del inglés por Teófilo de Lozoya. Barcelona, Crítica, 2001. p. 18-32

Para la utilización de la pintura y la fotografía como fuente histórica, el estudio de Gisèle Freund⁵ es bastante esclarecedor en tanto que ilumina algunas consideraciones que hay que tener al utilizar dicho material. Freund da una serie de herramientas interesantes para hacer una verdadera crítica de la imagen como fuente histórica. Por ejemplo en cuanto al recorrido que la fotografía hace al retratar la “realidad”, hay que considerar que la foto se “populariza” hacia finales del siglo XIX, por lo que si se compara lo retratado a partir de ese momento con lo que se retrataba antes, se podría caer en una afirmación errónea como que existe un aumento poblacional de la clase trabajadora, cuando en realidad no se considera que antes de ese momento, lo que se retrataba era a la aristocracia o la gente que podía pagar una fotografía; o utilizarla como representación de la vida cotidiana, pues la gente se ponía sus mejores ropas para ser fotografiados.⁶

El trabajo se encuentra dividido en tres secciones: la primera consiste en un marco histórico en el que se engloba la realidad espacio-temporal del siglo XIX alemán (1806-1913), delineando los sucesos más importantes en el ámbito político como los que tuvieron una repercusión directa en el proceso de unificación alemán; la segunda sección consiste en los principales elementos culturales que nutrieron el movimiento nacionalista alemán, resaltando sus características más significativas y enfatizando el muy trascendental elemento medieval en cada uno de ellos; finalmente en la tercera sección se muestra la permanencia del elemento medieval en el discurso nacionalista alemán, así como su continuidad en las décadas posteriores a la Gran Guerra.

La anterior estructura, particularmente en lo que concierne a los dos primeros capítulos, no intenta separar los eventos políticos de los culturales o ideológicos, sino que tiene como asertivo facilitar la ubicación temporal de los acontecimientos y relacionar la producción artística e intelectual con su contexto histórico. El hecho de que no estén juntos se debe a que no quiero saturar de sucesos y cronologías el documento, para que su lectura sea más sencilla y accesible.

⁵ Gisèle Freund. *La fotografía como documento social*, 5 e.d. Trad. del francés por Elias Josep. Barcelona, Gil, 1993. p. 147

⁶ *Ibid.*

CAPÍTULO I

El marco histórico: Alemania 1820-1920

I.1 El final de las guerras napoleónicas: 1820- 1848

La influencia que ejerció la Revolución Francesa en la conformación de la sociedad y la comprensión del individuo es innegable y su impacto puede observarse en ámbitos sociales, culturales, jurídicos y políticos que no fueron completamente asimilados sino hasta casi un siglo después.

En Alemania, las fuerzas desatadas por la Revolución parecían estar bajo control tras el Congreso de Viena de 1815; sin embargo, el conflicto entre los nacionalistas liberales inspirados en tal movimiento y los conservadores se prolongó hasta la Revolución de 1848, no sólo como una disputa silenciosa que se mantuvo bajo el agua, sino como un conflicto que crecía año con año en un ir y venir sobre la posición del Estado, el individuo y aquello que los relacionaba. A esta etapa de la historia alemana, previa a marzo de 1848⁷, se le conoce como Vormärz (antes de Marzo). Dicho nombre refleja la importancia que tal periodo tuvo para los eventos posteriores, pues se marca como fecha hito para señalar el inicio del enfrentamiento abierto entre las fuerzas inspiradas por la Revolución Francesa y los derechos del hombre –apegadas a la facción liberal vinculada al comercio y a la industria, así como a la pequeña y mediana burguesía– ; y aquellas apegadas al antiguo régimen –principalmente conservadores ligados a una aristocracia terrateniente o militar en Prusia (Junkers) – y a los regentes de los principados alemanes y la dinastía Habsburgo en el caso de Austria.

En 1801 y 1802⁸, tras la firma de los tratados de Luneville y Amiens que pusieron fin a la segunda guerra de coalición iniciada en 1799, largas porciones del Sacro Imperio

⁷ El mismo Hobsbawm la establece como una fecha hito en la consideración del estudio de Europa. Cfr. Eric Hobsbawm. *La era de la revolución, 1789-1848*. Barcelona, Crítica, 2001. P.300-311.

⁸ Fecha que marca la victoria de Napoleón sobre las fuerzas aliadas (que incluyeron a Rusia, Reino Unido, Imperio Otomano, Imperio Austriaco, el Reino de Portugal, el Reino de Nápoles y los Estados Papales).

fueron transferidas a las principales casas dinásticas de Austria y Prusia, acción que sirvió para cimentar y fortalecer el dualismo germano. En 1806, al firmarse el Tratado de Presburgo, Napoleón (1769-1821) disolvió el Sacro Imperio Romano Germánico, con lo que los territorios eclesiásticos y la mayoría de las ciudades imperiales desaparecieron del plano político y legal, forzando a la población que los habitaba a generar nuevas alianzas con señores, duques y reyes, lo que significó una reorganización de la concentración poblacional, económica y política en algunos territorios que, hasta 1802, habían sido relativamente insignificantes.

Desde el siglo XV la composición administrativa del territorio del antiguo Sacro-Imperio se organizó a partir de Reichskreise (círculos imperiales), en los que se establecieron mecanismos para resolver desacuerdos entre campesinos y señores, así como entre distintas jurisdicciones. Mediante esta organización, la participación entre diferentes estados con intereses comunes no era una cosa extraña, pues existió en el ámbito político, desde el que los príncipes electores escogían sucesivamente a los emperadores, hasta aquellos elementos de cooperación (sobre todo económica) establecidos para la consolidación de recursos y la asistencia militar entre los diferentes gobiernos dentro del Imperio.

Hasta 1806 la región de Europa central que más adelante se convertiría en Alemania, incluyó más de 300 entidades políticas de las que la mayoría formaban parte del Sacro Imperio Romano Germánico. Sus tamaños eran muy distintos, yendo desde grandes extensiones de tierra vinculadas a poderosas familias como los Hohenzollern, hasta los bien definidos reinos de Bavaria y Prusia. Al igual que sus dimensiones, también variaban sus formas de gobierno, pues había ciudades imperiales con regencia semiautónoma, territorios eclesiásticos como el arzobispado de Colonia y estados dinásticos bajo dominio señorial.

La abdicación de Francisco II (1768-1835) en el sexto año del siglo XIX marcaría la desaparición del Sacro Imperio, sin embargo, a pesar de esta ruptura política, legal y administrativa, la gente de las zonas de habla alemana compartían lazos culturales y lingüísticos, además de que mantenían una tradición jurídica y legal común, cosa que a través de la interpretación que hacía el liberalismo, ofrecía las bases intelectuales para establecer la unificación de la población. No es extraño que las dinastías absolutistas, en

particular su modelo político y social, se viesen agredidas y que su reacción a tales ideas se manifestara mediante la fuerza. El liberalismo alemán enfatizaba la importancia de la tradición, la educación y el lenguaje para la unión de la población en una región; sin embargo, la aristocracia impuso una serie de trabas que hicieron imposible la consolidación de un proceso de unificación en ese momento.

Con la desaparición del Sacro Imperio y el establecimiento de la hegemonía imperial francesa los nacionalismos populares dentro de los territorios ocupados prosperaron ante la presencia del enemigo invasor. Todos enfatizaban la posibilidad de la unión germana a partir de la diferenciación del extranjero francés por un lado y, por el otro, la identificación de una serie de características compartidas como eran el lenguaje, tradiciones legales y jurídicas, así como una serie de lazos que no siempre podían ser distinguidos a partir de un ámbito racional, pero que eran reconocidos como comunes a todos los individuos.

Dentro de estos elementos de identificación, y a pesar de que el lenguaje pudiera ser considerado como la base argumentativa para establecer un nacionalismo, los liberales germanos sabían que se necesitaba más que eso para unificar varias entidades políticas, sobre todo cuando se trataba de cuerpos gubernamentales que no estaban dispuestos a perder de la noche a la mañana sus privilegios tradicionales.

La desastrosa campaña de Napoleón en Rusia debilitó el control francés sobre los territorios alemanes; en consecuencia, el emperador francés comandaría una campaña con el objetivo de recuperar su dominio en los estados germanos. El resultado de tal campaña sería la Guerra de Liberación que terminaría en 1813 con la batalla de las naciones, en Leipzig, batalla que es recordada como el mayor enfrentamiento terrestre de todo el siglo XIX y que se saldó con la victoria de la coalición y la pérdida de control napoleónico en la cuenca del Rin, motivando a una rebelión general en contra del Imperio Francés y el exilio de Napoleón en la isla de Elba.

Lo interesante para éste trabajo, sin denostar en absoluto la importancia general de las guerras napoleónicas, es la interpretación que se le dio en especial a la batalla de Leipzig, estableciéndola como un punto de orgullo y entusiasmo nacional; como un ejemplo de unión que superaba fronteras en cualquier ámbito ya fuese político, natural,

legal o dinástico y que sentaría las bases del nacionalismo alemán explotado y fomentado en un principio por el liberalismo prusiano, y luego por el Estado mismo para cuestionar el sometimiento a Austria.

Tras la caída definitiva del Imperio napoleónico, el Congreso de Viena (1815), conformado por los Estados aliados contra Napoleón y sobrevivientes del antiguo Sacro Imperio, estableció un equilibrio de poder más estable para el sistema diplomático europeo en el que se reorganizaba el continente en esferas de influencia, que en muchos casos suprimía los intereses nacionalistas de varios pueblos. Así Prusia y los 38 territorios alemanes restantes, quedaron bajo la influencia austriaca.

I.2 El proyecto de unificación: del Festival de Wartburg a la iniciativa de Bismark

En el mismo año se establecería la Confederación Germánica (1815-1866) y sería encabezada por el Imperio Austriaco que, dada su tradicional “supremacía”, esperaba que su dominio se respetara sin cuestionamiento como un privilegio al cual accedía por derecho, pero que sólo desencadenaría el descontento ante la dominación extranjera por parte de Prusia y sus aliados. De manera que se puede afirmar que esta solución, la de la creación de la Confederación, no reflejaba la posición que Prusia –y otros territorios en los que el nacionalismo comenzaba a tomar una fuerza considerable–, esperaba obtener pues, tras la victoria contra Napoleón, la aristocracia militar prusiana había obtenido una importancia política sin precedentes⁹.

La derrota de Napoleón permitió a regímenes conservadores y reaccionarios, como Prusia, el Imperio Austriaco y Rusia, no sólo sobrevivir, sino recuperar gran parte de su antiguo poder y de sus antiguas prácticas políticas, sociales y administrativas, sentando las bases para lo que el Congreso de Viena y la Santa Alianza tenían como principal objetivo: detener las corrientes liberales inspiradas en la Revolución Francesa por miedo a un movimiento similar en sus propios territorios.

⁹ A partir de la generación de la confederación, es que se distingue mejor el fenómeno conocido como “dualismo germano”, el cual no es otra cosa que la lucha de poder entre Prusia y Austria que se había gestado desde el siglo XVIII. *Op cit.* George L. Mosse *The nationalization of the masses...* p. 17

Para lograr esta *Restauración* de la situación Europea a un estado previo a la era Napoleónica, se estableció un combate en contra del liberalismo y, mediante un “bloqueo” de relaciones intelectuales a Francia, sólo se reflejaba el miedo a que se dispersaran los ideales revolucionarios. Un temor al caos y la revuelta, la desconfianza a la masa y el poder que ésta había adquirido.

Lo más curioso sobre el Congreso de Viena es que, si bien tuvo un resultado de pacificación—en tanto que las guerras entre Estados europeos durante los siguientes cincuenta años a partir de su generación se redujeron respecto a tiempos previos—, las guerras civiles y las revoluciones locales que tanto temían y pretendían combatir proliferaron. Por lo tanto, la emisión de un juicio o una opinión sobre la efectividad del Congreso está dividida, puesto que aquello que más intentó prevenir parecería ser lo que más triunfó.

No obstante lo anterior, la fuerza e influencia que adquirirían las cinco potencias que lo componían no tenía comparación, como tampoco la tuvo la paz general que sólo se rompió con la Primera Guerra Mundial. Esta desaparición del balance de poder establecido en Viena cien años antes se podría interpretar como una de las principales causas de La Gran Guerra.

A pesar de que la Restauración era un movimiento promovido por fuerzas tradicionales y aristocráticas, marcó el florecimiento de las relaciones diplomáticas europeas, lo que iba de la mano de un desarrollo comercial simultáneo y quizá fue este último el promotor del fortalecimiento de tales relaciones. Este fortalecimiento de la diplomacia, implicó que la burguesía estuviera cada vez más vinculada al círculo de poder, que sus aspiraciones y demandas de derechos y privilegios políticos aumentaran, sucediendo esto de forma proporcional a como lo hacían sus fortunas, pues cada vez más la economía dependía de sus inversiones.

Dado que el principal argumento para la creación de la Confederación fue la restitución de la administración territorial y política del Sacro Imperio desmembrado en 1806, sólo se incluyeron aquellos territorios que formaban parte del Imperio antes de tal fecha, por lo que grandes e importantes extensiones de terrenos pertenecientes tanto a

Prusia como al Imperio Austriaco, quedaron fuera de las fronteras territoriales de la Confederación. De la misma forma, la mayor parte de los cuerpos militares de uno y otro Estado quedaron excluidos de los acuerdos de no agresión de la Confederación y, a pesar de que no hubo un enfrentamiento abierto hasta 1866, tampoco se adscribían a los pactos de no agresión generados dentro de la Confederación.

En cuanto a la estructura política de esta asociación de países centro europeos, la disputa entre sus miembros dominantes fue clara y, por ejemplo, el debate sobre el derecho al dominio político de territorios alemanes entre Prusia y Austria se reflejó en la forma en que los votos fueron distribuidos: los protagonistas del dualismo germano, el Ducado de Holstein, el Archiducado de Luxemburgo, el Reino de Bavaria, el Reino de Sajonia, el Reino de Hanover, el Reino de Gutenberg, el Archiducado de Baden y el Principado de Hesse tenían derecho a un voto cada uno; otros veintitrés micro-estados compartían el derecho a cinco votos; y las cuatro ciudades libres (Bremen, Frankfurt, Hamburgo y Lubeck) compartían un voto.

Mientras tanto, las demandas de un cambio radical desde los cimientos de la sociedad, las cuales se habían estado gestando con la influencia de la Revolución y ocupación francesas, estarían presentes a lo largo de toda la existencia de la Confederación Germánica, objetivando y aumentando la ira de los movimientos nacionalistas (apoyados por Prusia) que, mostrando su repudio a la dominación austriaca al compararla con el dominio francés de la era napoleónica, estimulaban este sentimiento “anti-extranjero” dentro de casi todos los territorios adscritos a la región controlada por el Imperio Habsburgo. Así, la necesidad de diferenciación e identificación de checos, eslavos, húngaros, polacos, serbos y, claro, alemanes crecía constantemente.

El impulso del nacionalismo alemán, alimentado por la percepción de un enemigo común durante la ocupación francesa –percepción que a partir de 1815 se “imprimió” en Austria, alimentado por Prusia como forma de legitimación política–, cambió por completo las relaciones políticas, sociales y culturales entre los Estados de habla alemana dentro de la Confederación. Este proceso se hizo principalmente desde un ámbito académico-estudiantil, pues eran los estudiantes quienes estaban en constante contacto con otras

universidades así como con las ideas revolucionarias francesas y, por lo tanto, en un intercambio ideológico continuo.

Las ligas estudiantiles (*Burschenschaft*)¹⁰ sirvieron como base para los movimientos de unión nacionalista de los años posteriores y que desde 1830 ayudarían a extender por toda Europa una corriente de inspiración revolucionaria que surgía, en gran medida, como oposición a la Restauración que gobiernos absolutistas se empeñaban en establecer y consolidar. Se podría decir que desde el Congreso de Viena y durante todo el siglo XIX, se vivió una lucha entre movimientos inspirados en la revolución francesa, nutridos por la creciente importancia política y económica de la burguesía y la toma de una conciencia de clase trabajadora-obrera, frente al horror que mostraban los círculos aristocráticos a la generalización del jacobinismo francés.

Hacia 1815, Prusia era, en comparación con Inglaterra y Francia, un Estado retrasado social e institucionalmente, pues estaba gobernado y ordenado por líneas jerárquicas y una aristocracia militar igualmente rígidas. Las derrotas que Napoleón propinó a los ejércitos prusianos durante la *Guerra de la Sexta Coalición* (1812-1814) resaltaron la necesidad de reformas administrativas, sociales y económicas para mejorar la eficiencia de la burocracia y de la educación.

Se iniciaría así un proceso de modernización de instituciones cuyo mayor desafío era lograr éste sin minar los privilegios aristocráticos tradicionales, en lo cual no tuvo mucho éxito pues serían esos cambios, sobre todo en el ámbito económico, los que dieron mayor fuerza a sectores sociales liberales (conformados principalmente por la burguesía), impulsando su búsqueda por mayores privilegios políticos. Y es que en un sistema gremial que desfavorecía la competencia e impedía un libre desarrollo de la industria, se generaban conflictos de intereses entre mercaderes y nobles, mismos que a su vez causaban desunión política y social y, aunque daba a las clases altas una estabilidad impresionante, para otros (incluso dentro de la misma aristocracia) la vulnerabilidad militar ante Estados industrializados era alarmante y la necesidad de reformas resultaba obvia e indispensable.

¹⁰ Cfr. Reinhart Koselleck, *et al.* La época de las revoluciones europeas, 1780-1848. 23 ed. Trad. Francisco Pérez Guitérrez. Mexico, Siglo XXI Editores, 2006. p. 265.

Sin embargo, tampoco se puede dejar de observar el hecho de que la presencia de una estructura de producción tradicional que no había cambiado desde la edad media, era a la vez que una desventaja comercial, un punto favorable para la producción ya que generó un crecimiento productivo más rápido y exitoso: mientras que otros países europeos cuya industrialización fue más temprana, como el caso de Inglaterra, tuvieron que superar un proceso de adaptación y conversión entre los procesos de producción gremiales tradicionales y los modernos que se basaban en la manufactura en serie y que dejaban de lado la formación y especialización de los trabajadores.

Este proceso sucedió en Prusia y sus regiones aledañas de una forma más simple: la manufactura tradicional surgida de un sistema gremial en el que los maestros transmiten sus conocimientos y experiencias a los aprendices de forma directa, pudo unirse con un espíritu de innovación tecnológica y científica, lo que a su vez generó una organización del trabajo muy ventajosa. Esta distinción entre jornaleros, aprendices y maestros estaba –y quizá hoy sigue estando– muy presente en la organización laboral alemana y permitía una fusión mucho más cómoda con los adelantos técnicos y científicos.

En 1817 se hicieron varias reformas: en el ámbito militar mediante la profesionalización del ejército y decretando la leva universal; en lo económico, creando leyes contra el monopolio de la tierra en manos de la aristocracia (una especie de desamortización), lo que permitió una mayor y más libre industrialización, así como la abolición de la servidumbre.

Gracias a esta transformación económica en 1818 se crearía una unión aduanal germana que involucraba a la mayoría de los integrantes de la Confederación Germánica, pero que excluía al Imperio Austriaco y sus aliados (principalmente los territorios católicos cerca del Rin) ya que esta unión era una iniciativa de Prusia y, dada su competencia con Austria, la exclusión mutua en asuntos que implicaran un enriquecimiento, un beneficio o un fortalecimiento de cualquier tipo era inevitable. Esta unión conocida como *Zollverein*, reducía e incluso desaparecía la relación arancelaria entre territorios de habla alemana,

fortaleciendo el comercio y a su vez a la burguesía, al mismo tiempo que generaba un sentimiento de comunidad.¹¹

Estas reformas son de ulterior importancia para la historia de Alemania, y de Europa también, pues sería mediante la generación del *Zollverein* que la idea de unión nacional se percibiría con más fuerza, mientras que la producción industrial, especialmente de hierro y carbón en la cuenca del *Rhur*, generaría una potencia económica que afectaría el balance económico del continente (principalmente a Inglaterra que era la principal productora de esos materiales hasta antes de 1820), y que tras el rápido crecimiento que tuvo la producción alemana, la competencia sería constante, muy reñida y desencadenaría conflictos que trascenderían el ámbito económico.

Por otro lado, si bien Inglaterra se empezaba a observar una afectación económica por el ascenso y fortalecimiento de Alemania –que a partir de 1870 sería obvia-, temía mucho más la expansión de Rusia hacia el oeste, permitiéndole a la primera establecerse como una hegemonía continental, lo que generó un doble juego en sus actividades diplomáticas: por un lado tratar de fortalecer la Europa Central para evitar el desplazamiento ruso, y por el otro, evitar que “Alemania” se convirtiera en una potencia económicamente hegemónica¹².

Hacia 1834, cuando la unión aduanera se extendió casi por completo en todos los países de la confederación germánica (exceptuando a Austria y sus aliados), el régimen prusiano estimuló las ventajas de comercio y de industrialización, lo que de forma inadvertida fortaleció el movimiento de unificación. Así, con el establecimiento del *Zollverein* las tarifas aduanales interestatales se redujeron o desaparecieron casi por completo, las medidas se estandarizaron, la moneda se regularizó en casi todos los miembros de la unión y lo más importante: la gente podía viajar libremente dentro de las fronteras de la misma.

La importancia de esta liga es tal que se debe considerar la base a partir de la cual se generó la cimentación de una economía nacional, se establecerían las demandas de la clase

¹¹ *Ibidem* p. 295

¹² *Ibidem* p. 194

media para adquirir más derechos políticos debido a su adquisición de mayor importancia económica y un primer paso por borrar las fronteras políticas entre los “germanos”.

Durante los siguientes treinta años la producción de los altos hornos alemanes se cuadruplicó¹³, la producción de carbón y de acero creció rápidamente y la industria bélica germana se vio beneficiada por estos avances pues, mediante la exitosa aplicación del acero en la tecnología militar, Prusia pudo fortalecer el equipamiento de sus soldados. De hecho, es hacia 1820 que la fábrica de la familia Krupp comienza a generar para el ejército ejes de acero para los vehículos militares, así como rifles cuya recámara de percusión y cañones eran reforzados con bandas de acero, lo que permitiría introducir calibres cada vez más grandes en los rifles y en la artillería, y cuyo diseño sería imitado desde entonces en la producción de armas por todas las potencias militares.

Si bien ya desde la edad media se sabía que en la cuenca del *Rhur* existían grandes depósitos de carbón, y a pesar de ser uno de los pasos forzados de la ruta de la sal¹⁴, la transportación de tal materia no estaba desarrollada, lo que impedía su comercialización a grandes distancias y sólo era utilizado como combustible doméstico. No sería hasta finales del siglo XVIII que se construirían esclusas en el río, permitiendo una mejor navegación y aumentando la capacidad de transportación en tal vía, además de que se descubrirían grandes depósitos de hierro en la zona sur de la cuenca, lo que llevaría a la unión entre los minerales de ambas regiones para producir acero¹⁵.

Fue justamente gracias al *Zollverein* que el intercambio de materia prima necesario para la producción de acero se fortaleció: a partir de 1818 comprar y vender entre el norte y el sur de la cuenca era más barato –pues es en el norte donde se encuentran los grandes yacimientos de carbón y en el sur los de hierro, siendo los materiales básicos para la producción de acero– y conforme se producía más acero, era posible construir más

¹³ *cfr.* Toni Pierenkemper. *La industrialización en el siglo XIX, Revoluciones a debate*. Madrid, Siglo XXI Editores, 2001. p. 97

¹⁴ La ruta de la sal o *Hellweg* iba desde Novgorod en Rusia hasta Brujas en los Países Bajos, por lo que cruzaba ésta zona transversalmente.

¹⁵ Toni Pierenkemper, *op cit.* p. 89-101

ferrocarriles¹⁶, aumentando la capacidad de transporte de material bruto, a la vez que lo hacía la producción y resultando en una considerable reducción de precios.

La forma en que el ferrocarril se construyó era bastante singular, pues a falta de una capital central, las vías se colocaban en forma de redes que ligaban pueblos y mercados regionales, conectándose con regiones más grandes sucesivamente, teniendo efectos inmediatos en el comercio y la producción industrial, pues los materiales podían ya viajar de norte a sur a través del valle del *Rhur* sin tener que cargar y descargar los barcos, haciendo más fácil y cómoda la transportación, y generar un incremento en la actividad económica al fomentar y facilitar el comercio.

Ahora bien, no podríamos quedarnos en los ámbitos económico y político porque, a pesar de que es donde mejor se observan los resultados de la introducción del ferrocarril, el impacto que éste tuvo es mucho más profundo, cambiando la forma en que se veían las ciudades y el campo; la forma en que la gente se trasladaba; inclusive cambió la concepción del tiempo pues todo parecía acelerarse: es a partir de la generalización en el uso del ferrocarril –que se cuadruplicaría entre 1830 y 1870– que aparece explosivamente una necesidad de hacer todo más rápido, hacer que las actividades fueran lo más efectivas en el menor tiempo posible. El ferrocarril afectó a toda la sociedad, ya fuera el más rico o el más pobre, todos tenían algo que los relacionaba con este medio de transporte.

Como bien señala Hobsbawm¹⁷, el siglo XIX es una época marcada por dos revoluciones, así como por un ir y venir en la toma de partido entre una y otra: por un lado el gusto e idealización de la francesa, y por el otro, un cierto miedo y desencanto, seguido por una profunda admiración y necesidad de los avances que significaba la revolución industrial. Para ilustrar con un ejemplo, Heinrich Hoffmann von Fallersleben (1798-1874)¹⁸ escribió un poema en el que alababa las virtudes del *Zollverein* pues veía en él el inicio de una serie de comodidades que contribuían a la unidad germana, trascendiendo los vanos

¹⁶ No sólo ferrocarriles, sino muchos productos (herramientas y armas principalmente) que antes se importaban de Inglaterra y Suecia, lo que tendría como resultado un estremecimiento en las economías de esos países, ya que Alemania se convirtió en la principal productora y proveedora de bienes de hierro y acero para Europa central, del Este y en el Mediterráneo como el Imperio Otomano.

¹⁷ Eric Hobsbawm. *Op. cit. La era de la revolución...* p. 257-261.

¹⁸ Quien escribió el himno de Alemania “*Lied der Deutschen*”, en el que viene la famosa frase “*Deutschland, Deutschland über alles*” (*Alemania, Alemania sobre/superior a todos*).

logros de la política y la diplomacia; mientras que otros veían en el ferrocarril una maldad que amenazaba el paisaje, destruyendo la quietud, la magnificencia y la antigüedad de los bosques alemanes.

Sin embargo, mediante el desarrollo de una sólida base industrial, el Estado prusiano fortaleció a la clase media y al mismo tiempo al movimiento nacionalista. La integración económica incrementó la conciencia nacional entre los Estados germanos y permitió concebir la unión política como un escenario igualmente posible e igualmente fructífero, siendo lo más importante y atractivo para la burguesía las consecuencias que esto acarrearía respecto a su participación y representación política.

Fue entonces cuando la unificación de *Alemania* se presentó como un proyecto viable y, hacia 1848, momento hasta el cual se había mantenido una estabilidad política y social relativa –pues la burguesía había relegado su participación política ante su capacidad de enriquecerse–, la aristocracia terrateniente encontró en crisis su base económica dado que el *Zollverein* implicó, además de un progreso económico claro y una distracción temporal a los intereses políticos burgueses, un incremento súbito en la importancia de la clase media, que era su vez la base social del nacionalismo y el liberalismo que la aristocracia prusiana intentaba detener.

Por otro lado, mientras que con el ferrocarril el movimiento y los viajes se facilitaron y aceleraron –así como se abarataron–, los “alemanes” empezaron a ver aspectos comunitarios más allá de los económicos.

La cultura compartida en la región comenzaba a llamar la atención pública ya que, con obras como “El Grimm”¹⁹, se hacía explícita la existencia de un paralelismo entre las historias y fábulas compiladas en diferentes regiones de habla alemana, engrosando el sentimiento de comunidad.

Por otro lado el aumento en la importancia social del idioma crecería en paralelo con el número de estudiantes universitarios que participaron en el movimiento nacionalista. Hobsbawm hace énfasis en la fuerza que tendrían los estudiantes en los movimientos

¹⁹ El fabulario y antología de cuentos de los hermanos Grimm.

nacionalistas a partir de 1840²⁰, que coincide con la consolidación de una “identidad universitaria” y se establece igualmente (en la universidad) una línea entre la importancia del lenguaje nacional y la oposición a las élites gobernantes extranjeras.

Sin embargo, podemos afirmar que la importancia del sector estudiantil en el caso de Prusia es un poco más antigua, pues el *Festival de Wartburg* de 1817, fue convocado y realizado por estudiantes universitarios, y en éste se enfatizaba ya la idea de unión e identidad nacional a partir de diversos aspectos²¹: para ellos la unidad no se limitaba sólo a una cuestión lingüística, pues se veía también que en la geografía los puntos de coincidencia eran fundamentales y tanto en canciones, en poesías y en pinturas. Wartburgo sirvió para observaba una marcada tendencia a enaltecer la importancia de la patria, la *fatherland* y el *Volk*.

De hecho el papel que adquiriría el paisaje para los universitarios, en particular el Rhin, es vital para comprender la formación del discurso nacionalista que ya para 1834 se sustentaba en bases que, si bien todavía no terminaban de cuajar, no dejaban de fortalecerse. El hecho de que no se reconozca la importancia del movimiento estudiantil sino hasta 1832 se debe a que los *Decretos de Karlsbad* de 1819²² disolvieron las fraternidades estudiantiles, instalaron inspectores en cada universidad y censores en gran parte de la Confederación, lo que debilitó mucho la rama universitaria que nutría al movimiento nacionalista al reducir drásticamente su producción artística en sus diferentes formas de expresión como principal método de intercambio de ideas.²³

En realidad los *Decretos de Karlsbad* partían del mismo miedo a la revolución que se tuvo al fundar la Santa Alianza; el mismo miedo que desencadenó el *terror blanco* en el reinado de Luis XVIII de Francia (1755-1824); el mismo miedo a que sucedieran cosas

²⁰ Cfr. Eric Hobsbawm. *Op cit La era de la revolución...* p. 141

²¹ Hay que tener muy en cuenta la importancia simbólica del Festival de Wartburg para el movimiento nacionalista, pues, además de ser una de las primeras congregaciones masivas con motivos de unión, esta última se justifica a partir de elementos históricos: Es en el castillo de Wartburg donde Lutero tradujo la biblia; los estudiantes que ahí confluyeron, lo hicieron utilizando un vestido germánico; elementos que recordaban la tradición medieval fueron constantes. Es en Wartburg donde la unidad nacional trasciende aspectos de confesiones religiosas, pues a partir de ésta protestantes y católicos acuden a un mismo servicio. Finalmente, sería la liturgia cristiana de la que se valdrían los movimientos nacionalistas para darle estructura a sus congregaciones. *op. cit.* Mosse, George, *The Nationalization of the Masses...* p. 34, 43, 77.

²² Impuestos por Metternich *cfr.* Koselleck *Op cit.* p. 208

²³ *Idem*

similares al *Habeas Corpus Act* de Inglaterra durante 1817. El miedo a la revolución seguiría presente, y daría pie a lo que en Alemania se llama *Vorsmärz*²⁴, el periodo “antes de marzo” de 1848, previo a las revoluciones de ese año, y que se caracterizó por un fuerte control policiaco, tanto en Prusia como en Austria, además de estar marcado por una censura constante, y que tuvo como resultado la radicalización y asentamiento del liberalismo que buscaba reformas en asuntos económicos, sociales y políticos, tales como la unificación nacional, una fuerte inclinación hacia el establecimiento del capitalismo industrial y el derecho al voto masculino general.

Aunado a este fortalecimiento liberal, también había un renacimiento del movimiento estudiantil en 1832 con el Festival de Hambach, integrándose un movimiento nacionalista mucho mejor definido, en el que el culto nacional había sentado sus bases sólidamente, pues representa el primer movimiento cuya iniciativa central era la unión nacional: mientras que Wartburg sólo había logrado reunir a un puñado de jóvenes estudiantes y algunas organizaciones atléticas, resultaba casi insignificante frente a los treinta mil “alemanes” que se reunieron quince años después en las ruinas del castillo de Hambach, cuyas filas se nutrían tanto de estudiantes y atletas, como de trabajadores de la industria, campesinos, burgueses y algunos burócratas.²⁵

A pesar de la notable fuerza que el movimiento nacionalista había adquirido, las medidas que se utilizaron para aplacarlo serían casi igual de efectivas que las de los decretos de Karlsbad. De hecho Klemens von Metternich (1773-1859), quien se esforzaba para mantener el absolutismo vigente, y al cual se podría nombrar uno de los máximos líderes de la restauración, promulgaría entre 1832-34 los “Seis artículos” que reafirmaban la autoridad monárquica, y se nutrirían de otros diez artículos votados en la Asamblea de Frankfurt (1848, que desembocaría en la creación del Parlamento de Frankfurt)²⁶ que respaldaban (si no es que copiaban) los acuerdos de Karlsbad, reiterando la censura a las organizaciones políticas y limitando algunas actividades públicas similares mediante actos

²⁴ *Idem*

²⁵ *Cfr. Op cit.* George Mosse . *The nationalization of the masses...* p. 82-3.

²⁶ *cfr.* Guy Palmade. *La época de la burguesía.* 18 ed. Trad. Santiago Puga. México, Siglo XXI Editores, 2003. p. 43-47.

de espionaje e infiltración. Quizá la mayor diferencia es que en esta ocasión se enviaron elementos militares para vigilar y castigar cualquier objeción.

El resultado de tales acciones, más allá de las sociales implicaron una disminución del número de estudiantes hasta casi un tercio, así como un estado de miedo constante en todos aquellos vinculados directa o indirectamente con alguna de las manifestaciones nacionalistas, sería el de un debilitamiento en la supremacía austriaca en la Federación Germánica, además de una disminución de su popularidad ante la opinión pública, pues tales acciones eran un ataque directo a algunas de las garantías de la constitución federal, ya que minaban la cuestionada autonomía de sus miembros más pequeños al suplantar algunos de sus derechos de legislación regional por un control directo de Federación²⁷.

Así, el papel que Prusia jugaría sería vital, pues como ya hemos visto antes con la exposición de la importancia del *Zollverein* iniciado y promovido por este Estado, la consecuente “alianza” con la burguesía alemana –así como con los pequeños estados que ahora veían la máxima violación a sus derechos como miembros de la Federación–, pues con la unión aduanera y la cooperación económica, la necesidad de leyes, moneda y medidas comunes impulsaría las ideas de unión política y, finalmente, nacional, ya que el territorio de lo que más adelante se convertiría en Alemania parece responder en la delimitación de sus fronteras a las propias del *Zollverein*.

Sumados a los problemas políticos, durante las décadas de 1830 y 1840 también existieron en el centro de Europa condiciones climáticas muy duras: en los años treinta varias temporadas de sequía se sumarían en la década siguiente a problemas como el “hongo de la papa” (*potato blight*) y la migración de campesinos hacia los trabajos industriales²⁸, lo que en consecuencia llevaría a un despoblamiento de los campos y una disminución en la capacidad de producción alimentaria.

²⁷ Koselleck *op. cit.* p.267

²⁸ A pesar de que la visión de Pierenkemper sobre el papel de la industria en la vida cotidiana, en el empleo y en la economía familiar, es optimista, sólo lo es en tanto que se observa a “largo plazo”. Si bien “la industria no causó la miseria de las masas, la suprimió” (p.109), esto sólo es claro en el índice de salario real semanal neto a partir de 1940, que es cuando crece constantemente y prácticamente sin interrupciones; durante los años que nos atañen, 1820-1920, los salarios en realidad se mantienen casi estáticos. Para constatar esto se puede ver la tabla que el mismo Pierenkemper presenta. *vid.* Toni Pierenkemper *Op cit* p.

Estos “desplazados” pronto se encontraron fuera de lugar, no sólo geográficamente, sino social y políticamente, llevándolos a la conclusión de que a sus gobernantes no les importaban. Se generó así un enfrentamiento que ni la censura, el encarcelamiento o las multas podrían detener y, que con el impulso de las clases más bajas a la burguesía se serviría para exigir más derechos políticos. La misma burguesía que Prusia había ayudado a crecer con la unión aduanera, pedía ahora la implantación de representantes en el parlamento²⁹. A partir de 1840 con la coronación de Guillermo IV de Prusia (1795-1861) y tras los constantes cambios en los ministerios del gobierno, así como la inestabilidad social y política y el impulso e influencia de la *Rheinische Zeitung* con Marx (Karl Marx, 1818-1883) como editor, llevarían a otro nivel la exigencia de un gobierno constitucional.

Lo más curioso es que, a pesar de que en la Confederación existían ya todos los elementos para una revolución desde hacía tiempo, sería la crisis de Suiza de 1848 lo que detonó la revolución y a partir de la cual los Estados alemanes tomarían ejemplo para unificarse más adelante. El porqué del conflicto generalizado lo explica Koselleck de la siguiente forma:

[...] con la nueva constitución federal, surgió una constitución nacional unitaria –ambas de Suiza-, conseguida en lucha con la Iglesia y las grandes potencias conservadoras. El constante cerco internacional en torno a Suiza y la guerra civil habían provocado así doblemente la unidad de la nación: desde entonces el concepto de neutralidad fue asociado en primer lugar a la autonomía nacional, sustrayéndose así la presión conformista de viejas potencias. Antes de que éstas pudiesen intervenir, se vieron inmersas en la revolución de 1848.³⁰

107-109. La presencia de la crisis y la evolución de la misma son también observados por Koselleck. *Op. cit.* p. 307.

²⁹ *Idem.* p. 269

³⁰ *Idem.* p.272

Es particularmente interesante que para los revolucionarios del 48 las congregaciones celebradas eran todo menos célebres. Mosse señala que, a diferencia de Wartburg y Hambach, durante la revolución de 1948 los mítines masivos carecían de la carga emocional, simbólica, de identificación y comunidad que caracterizó los dos primeros movimientos por la unificación nacional, lo cual resulta muy curioso porque la cantidad de propaganda en periódicos, panfletos y canciones indicaría todo lo contrario.³¹

Lo cierto es que, en el 48 la meta se estableció desde un principio de una forma más clara y la importancia que tenía la unificación sobrepasaba la de la identificación, misma que parecía pasarse por alto dada su obviedad: la unión y la comunidad eran un hecho para los liberales, ahora les importaba convertir la unificación en una realidad y, por primera vez, el programa constitucional sobrepasó claramente al congregacional.

Quizá debería observarse cómo para ese momento la opinión pública había alcanzado ya una fuerza impresionante, pues es también cuando las agrupaciones de sectores específicos comenzaron a diferenciarse y la prensa empezó a tomar una u otra posición de acuerdo a estos grupos, misma que de momento se centraba en la unificación, pero que más adelante se distinguiría de acuerdo a los proyectos singulares de tales congregaciones. Así, las asociaciones que prevalecían hasta ese momento: atléticas, estudiantiles, científicas y obreras³², que habían sido constantemente censuradas, iban transformando poco a poco sus opiniones y expresiones de acuerdo a intereses de clase y, por consiguiente, su apego a uno u otro partido sin que se minara el interés general en conseguir la unificación.³³

El programa liberal más ambicioso, representado por el Parlamento de Frankfurt (1848), esperaba que con la constitución que había realizado con su fundación los Estados de la Federación germánica establecieran, además de la unificación alemana, el sufragio universal masculino, un parlamento nacional y el ofrecimiento del título de Kaiser del Imperio Alemán al rey de Prusia (Guillermo IV). Ninguna de estas peticiones se logró satisfactoriamente, pues fueron rechazadas por el rey y otros intereses: la unificación no se

³¹ Mosse, George *Op cit The nationalization of the masses...* p. 86.

³² *cfr.* Koselleck *Op cit.* ... p. 289.

³³ *Ibidem* p. 305

logró porque todavía se le oponían intereses económicos, religiosos y una compleja red diplomática entre los principados involucrados. En cuanto a las razones diplomáticas estaban las de otros Estados poderosos que buscaban mantener su balance de poder, y es que Austria, Inglaterra, Francia y Rusia ejercerían una gran presión para mantener las esferas de influencia establecidas en 1815.

En 1850 se fundó la *Unión de Erfurt* que intentó competir y sustituir a la *Confederación Alemana*, pero que no adquirió ninguna repercusión real ya que ni siquiera tuvo tiempo de actuar –sólo duró un mes– y que culminaría con la *Pronunciación de Olmütz* en la que se restableció la Confederación de 1815, el liderato de Austria sobre todos los territorios adscritos a la misma, así como se obligaba a Prusia a abandonar el cuestionamiento del poder austriaco y sus intentos por sustituirlo con el propio.

Olmütz implicó la restauración del dominio austriaco en la Confederación; sin embargo el rechazo a la corona fue un poco más hostil, pues para una monarquía que fundaba su derecho en la tradición histórica y la gracia divina, ocupar el trono por elección popular resultaba aceptar “una corona de barro, un collar de acero de la servidumbre”. El resentimiento de los liberales ante los acuerdos establecidos en el tratado de *Olmütz* fueron tales, que en adelante se referirían a ellos como “*La Humillación*”.

A pesar de que el rey disolvería casi por completo el Parlamento, se pueden rescatar algunas consecuencias muy importantes de estas presiones liberales, y es que gracias a la insurrección del 48 se lograron grandes avances en acuerdos y reformas entre los principados para la obtención de una constitución común y se convocarían una serie de elecciones, cuyos criterios de acceso al voto no están del todo claros, pero que generaron un sistema electoral estratificado en tres clases, que se mantendría vigente hasta 1918, dándole a algunos grupos (sobre todo el de los *Junkers*, conformado por los más ricos terratenientes) mayor poder representativo.³⁴

La consecuencia del movimiento unificador del 48 resultaría en un antecedente primordial en la formación del Estado-nación de 1871. Fue en ese año cuando se vieron ya completamente desarrollados los valores nacionales del programa liberal que se intentaban

³⁴ Cfr. Guy Palmade. *Op cit.* p 46-47

expresar en Hambach, en Wartburg y en el mismo 48; programa que incluía diversas propuestas tales como programas educativos más completos, un derecho y acceso al voto más amplio, así como un cierto grado de seguridad social, pero que además implicaba algo más importante: minaba las bases de los acuerdos de balance de poder establecidos en 1815. Y es que la posibilidad de que existiera una unificación alemana implicaría la modificación y desaparición de las esferas de influencia establecidas entre Francia, controlando la península ibérica y algunos territorios italianos; Rusia con parte de Europa central y los Balcanes; Austria casi toda Europa central; y finalmente Inglaterra, que controlaba de forma total los mares.

El sistema de balance de poder establecido en el Congreso de Viena dependía de la fragmentación de los Estados sometidos a la influencia de las grandes potencias (como los alemanes y los italianos), no en su consolidación. De forma que la idea de un solo Estado-nación germánico implicaba muchas preguntas que constituían la esencia misma del nacionalismo: “¿Dónde está Alemania, quiénes son alemanes, quién los debe gobernar?”. Asimismo plantaba un fuerte cuestionamiento al dominio austriaco.³⁵

Sumado a la crisis de la dominación Austriaca –y en general de cualquier dominio extranjero– que el nacionalismo alemán generaría en 1848, la Guerra de Crimea 1854-55 y la guerra de liberación italiana en 1859 resquebrajarían casi por completo las relaciones entre Inglaterra, Francia, Rusia y Austria, dando oportunidad a la diplomacia prusiana, liderada por Otto Von Bismarck (1815-1898), de restablecer y reorganizar el balance de poder europeo. Así, mediante una reestructuración en la línea de comando del ejército, en la estructura administrativa y en la diplomacia, Prusia se establecería como una potencia económica con una sólida administración y un respaldo militar envidiable. Para 1860 superaba a Austria en casi todos los aspectos y la mezcla de pragmatismo y conservadurismo que caracterizó a la *realpolitik* alemana, trazaba nuevas alianzas, jerarquías de poder y líneas diplomáticas.

En 1859 Federico Guillermo IV abdicaría por razones de incapacidad mental y su hermano Guillermo (que adquirió el nombre de Guillermo I, 1797-1888) se convirtió en regente. A diferencia del conservadurismo de su hermano, él no era del todo opuesto a

³⁵*Ibidem.* p. 15

algunas propuestas liberales, al grado que por primera vez se realizarían elecciones sin presión administrativa o manipulación y se permitió la entrada de liberales al *Landtag* (el parlamento prusiano), de forma tal que los liberales que en el 48 se habían sentido traicionados, volvían a ver la posibilidad de una Alemania unificada y la posibilidad de hacerlo a partir de la protección prusiana.³⁶

Sin embargo, a pesar de este espíritu liberal renovado y de que la simpatía hacia una nueva actitud del gobierno había renacido, los proyectos de reforma militar de 1860 promovidos por Guillermo y su ministro de guerra von Roon (Albrecht von Roon, 1803-1879), pero ejecutados por Helmuth von Moltke (1800-1891), que consistían en la disolución de la milicia y el establecimiento de un servicio militar de tres años para formar la reserva permanente del ejército regular, la reorganización de los protocolos defensivos y la optimización de la línea de comando; se ocasionaría la oposición liberal puesto que estas transformaciones iban contra la concepción tradicional del ciudadano-soldado, además de que presentaron grandes cuestionamientos sobre su posible financiamiento.

Este conflicto llevaría a la disolución del *Landtag* (el parlamento) por decisión regia, pero tras las elecciones de 1861 se demostraría que el descontento que provocó la disolución del parlamento había causado una desaprobación general pues, de 352 votos sólo obtendrían 68. Fue entonces cuando se nombró a Otto von Bismarck como canciller con la doble misión de conciliar al gobierno con el *Landstad* y de sacar adelante las reformas militares en menos de tres años, cosa que logró a favor de von Roon y Guillermo I.³⁷

En 1862, ya coronado Guillermo y fungiendo Bismarck como presidente de gobierno, Prusia era uno de los Estados europeos más poderosos, pues a pesar de la crisis constitucional que tenía, la dinámica económica y social no se veía afectada, situación que para Austria resultaba muy negativa, pues la debilidad económica, el retraso militar y productivo, así como una estructura social feudalizada, habían rezagado e impedido una modernización paralela a la de otros Estados europeos. Las reformas militares de von Roon, el nuevo diseño operacional de von Moltke y la capacidad diplomática de Bismarck probaron su efectividad en los siguientes quince años, pues gracias a su desarrollo, se

³⁶ *Ibidem* p. 256.

³⁷ *Ibidem* p. 256.

redefiniría completamente el balance de poder, las fronteras y las alianzas de toda Europa a partir de la unión que Prusia podía ahora lograr³⁸. No había mejor forma para ocasionar la unificación alemana a partir de Prusia que provocando una declaración de guerra austriaca a uno de los estados alemanes de la Confederación.

En 1866 Bismarck, con la ayuda de la recién unificada Italia –pues se había firmado en Florencia un tratado de ayuda mutua entre Prusia e Italia en caso de una guerra contra Austria–, había creado un ambiente propicio para que Austria le declarase la guerra a Prusia. Y es que los tratados que vinculaban uno con otro los estados germanos confederados para que se unieran en una guerra se basaba en la existencia de una acción hostil en contra de ellos, situación que no tardaría en suceder pues en Frankfurt, en las sesiones de la Confederación Germánica, las discusiones sobre el dualismo germano y el derecho de uno y otro de sus protagonistas para presentarse como representante de las aspiraciones y necesidades germanas, revolvía los ánimos y amarraba discordias al cuestionar el tradicional dominio austriaco.

Aprovechando la crisis interna de Austria, Prusia presentó un plan que convocaba a una constitución y a una dieta nacional mediante la convocatoria a elecciones con sufragio universal lo que establecía la posibilidad de que sucediera aquello que varios grupos habían estado buscando en los últimos veinte años: la participación política general.

A pesar de las ventajas los liberales pensaban acertadamente que era una táctica para establecer la supremacía prusiana con los mismos principios absolutos con que Austria ejercía su poder. A lo anterior se debe sumar la desconfianza generada por el relaciones entre el ir y venir de persuasiones amables y enfrentamientos acalorados entre el *Landtag* y el ejecutivo prusiano. El debate por la constitución nacional se rezagó con la declaración de guerra entre Austria e Italia, a lo que Prusia (aliada con Italia) respondería mediante una movilización militar total iniciando, en mayo de 1866, la Guerra Austro-Prusiana.

En el congreso de la Confederación Germánica, la mayoría de los Estados se rehusaron a la movilización de Prusia y de hecho lograron que no existiera convocatoria militar dentro de sus fronteras, sin embargo no sería suficiente para detener a ésta, cuyo

³⁸ *Ibiem.* p. 256-57

único apoyo venía de los archiducados de Schwerin y Strelitz, de quien sus fuerzas militares y políticas eran casi nulas y su único respaldo en el extranjero era Italia. De hecho, la oposición a las acciones militares de Prusia se extenderían en casi todos los miembros de la Confederación y la opinión pública expresó un repudio hacia la promoción de violencia incitada desde Berlín, pues veían en el dualismo germano un conflicto entre dinastías cuyas razones no afectaban el interés civil.

Los vínculos religiosos también marcarían el apoyo en la guerra y de hecho las comunidades de tradición católica a lo largo del Rin apoyaban a los Habsburgo, y resultaron ser las principales palancas políticas (dada su fortaleza económica) para que la orientación de la opinión pública no cambiara su neutralidad. Sería así que, a pesar de los intentos liberales del parlamento prusiano por conseguir la unificación mediante la negociación y el respeto, el gabinete de guerra cambiaría sus tácticas, a veces amables, por un ejercicio de la fuerza constante, y lo que antes se trataba de forma diplomática, no tardó en convertirse en una serie de amenazas respaldadas por una fuerza militar incuestionable e impresionante.

Prusia estaba sola, pero no parecía necesitar a nadie más, y las palabras de Bismarck sobre “sangre y hierro” nunca antes habían sido más certeras³⁹, ya que no sólo enfatizaba la capacidad de los territorios alemanes para producir hierro y acero, sino la voluntad para utilizarlos cuando fuese necesario.

Tal necesidad se presentó en ese momento y el éxito en su utilización no deja espacio para dudas ya que si bien la introducción de los rifles de brecha durante la guerra de Crimea (1854-1856) fue notable, para la guerra austro-prusiana (1870-1871) fue decisiva, pues permitía a los soldados prusianos disparar hasta cinco veces sin tener que recargar cartucho, permaneciendo pecho tierra y sin exponer su cuerpo, mientras que los

³⁹ *Vid.* Hobsbawm, Eric. La era del imperio: 1875-1914. Trad. De Juan Faci Lacasta, Barcelona, Crítica, 2001, p. 200. Bismarck había hecho un discurso en el Landstad en 1862, cuando el comité de presupuesto no aceptara las reformas al ejército por razones de presupuesto, y en el que decía que “...las necesidades de nuestro tiempo no serán resueltas por discursos y decisiones mayoritarias –haciendo referencia a Wartburg, Hambach y las revoluciones del 48- sino por sangre y hierro”.

austriacos tenían que levantarse y recargar con cada descarga⁴⁰. La voluntad de usar el acero o el hierro se expresaba en este tipo de innovaciones técnico militares.

La guerra entre Austria y Prusia terminaría con la firma de un tratado de paz en Praga ese mismo año (1866), en el que se reordenaron las relaciones diplomáticas con Italia y llevaría a Austria un año después, a aceptar un tratado con los territorios húngaros en los que se les daba un estatus igual que a los territorios austriacos, generando así la monarquía de Austria-Hungría. La derrota significó para Austria un necesario replanteamiento de toda su estructura burocrática y administrativa, la necesidad de cierta autonomía local dentro de sus territorios y la aplicación de algunos principios liberales, especialmente en economía.

Para Prusia, a pesar de haber vencido a su enemigo más cercano y haberse establecido como la principal potencia en Europa Central mediante la destrucción del círculo de influencia de 1815 instaurado para tal región, que parecería haber tenido como consecuencia una facilitación para el establecimiento de su poder sobre todos los Estados germanos, en realidad, generó en la mayoría de éstos un resentimiento ante el dominio forzado de Prusia, lo que de cierta forma resquebrajó el espíritu pangermánico de unidad y que le generaría ciertos enemigos alemanes, sin contar los enemigos extranjeros que habían perdido algunos privilegios al ser Austria su principal aliado en la región.

Particularmente Francia se convertiría en el principal enemigo de Prusia, pues al haber sido vencida por ésta en la batalla de Sadová, el sentimiento de revancha y rechazo a Prusia se expresaría abiertamente en la economía, en la cultura y en la diplomacia y llevaría tres años después a un nuevo enfrentamiento armado entre Francia y Prusia, la cual, para disgusto de Francia y de Austria, resolvería muchas de las diferencias entre ésta y los Estados alemanes: mediante la manipulación de la información y de la situación se establecería una relación más sana en pro de la unificación.

La guerra entre los protagonistas del dualismo germano generó tres lecciones que hicieron vibrar a todos los estados europeos, tanto viejas potencias como nuevos gobiernos y naciones en vías de independencia: primero, que a través de un ejército poderoso se podía cuestionar, retar y modificar los círculos de influencia establecidos en 1815; segundo, que

⁴⁰ *Apud.* Javier Cisa, “La cuenca del Ruhr”, *Historia y Vida*, Barcelona, Prisma publicaciones, v.1, n. 502, 2010, p. 72-79, ils. y mapas.

la diplomacia podía generar ambientes provechosos para situaciones aparentemente imposibles, estableciendo alianzas a partir de falsas víctimas y agresores; y tercero, que Prusia era la nueva potencia en Europa central y la única verdaderamente capaz de proteger de agresiones extranjeras a los estados alemanes más pequeños.

Si bien en 1866 muchos de los estados se oponían al forzado dominio prusiano, característica principal de la *Confederación Germánica del Norte* fundada ese mismo año, para 1870, gracias a la diplomacia de Bismarck, los estados germanos se encontraban en una red de cooperación muy sólida y estaban conectados por alianzas de protección mutua (respaldadas y vigiladas casi todas por Prusia), en las que se establecía que en caso de que se le atacara o declarase guerra a cualquiera de los países, implicaría que todos los demás estados entrarían en guerra en defensa de la víctima. Tal situación sería forzada por Bismarck y una vez más Francia se convertiría en el agresor; los estados alemanes encontrarían renovado el sentimiento de unificación, siendo aceptada Prusia como la protectora de los derechos, las libertades y los intereses alemanes⁴¹.

I.3 La guerra Franco-Prusiana

Para empeorar la delicada situación diplomática, en 1868 se produjo una revolución en España en la que Isabel II (1830-1904) fue destituida dejando el trono español sin ocupar. Buscando a un posible candidato (católico), se había ofrecido la corona a tres individuos con posibilidad de acceder, a los que Napoleón III (1808-1873) se oponía –pues no hay que olvidar que el círculo de influencia de Francia incluía la Península Ibérica–.

Finalmente, en 1870, la regencia española le ofrecería la corona a Leopoldo de Hohenzollern (1835-1905), lo que levantó revuelo en casi toda Europa, pues mientras Bismarck animaba a Leopoldo a aceptar la corona, para crear así un vínculo territorial que encerraba a Francia y, de conseguirlo, le otorgaba un acceso directo al Mediterráneo –así como el control del acceso a este mar siendo España la boca del mismo–. Napoleón se oponía a esto fervientemente y ocasionaría una crisis en la que se le daba un ultimátum a

⁴¹ Lo que se logró gracias a la crisis de Luxemburgo, en la que Francia pretendía anexionar tal territorio a su dominio y, a pesar de que no era un territorio perteneciente a la Confederación germánica, la opinión pública lo consideraba tal, situación que Bismarck supo aprovechar oponiéndose al acuerdo entre Francia y Holanda (pues Luxemburgo era un territorio holandés) e imposibilitando la posibilidad de tal anexión a Francia. *Cfr. Op. cit* Palmade p. 266.

Guillermo de Prusia que le advertía que si algún príncipe de la dinastía Hohenzollern aceptaba la corona de España, la respuesta de Francia no se haría esperar y no sería leve en lo absoluto⁴².

Así, a pesar de que Leopoldo se retiró como candidato, lo que habría significado el fin de la crisis –hasta cierto punto–, Francia también le exigió a Guillermo que hiciera una declaración pública en la que se comprometiera a nunca consentir o permitir el establecimiento de un Hohenzollern en el trono español, a lo que el Kaiser no accedió.

Guillermo entonces le envió a Bismarck un telegrama describiendo lo sucedido, Bismarck utilizaría tal telegrama, conocido como el *Despacho de Ems*, para publicarlo en la prensa. Tras varias modificaciones y dándole un tono que resultaba insultante para Francia, el telegrama una vez traducido y publicado en el país galo generó, sumado al sentimiento de revancha por la derrota de Austria, una demanda pública inmediata de una guerra para escarnecer a Prusia. La declaración se hizo formalmente en julio de 1870.

Al declararse la ofensiva Napoleón pensaba que Austria se uniría al conflicto por el mismo sentimiento de revancha, y que de igual forma lo harían los estados que simpatizaban y habían apoyado a Austria en la guerra de los cuatro años antes. Sin embargo, el tratado germano de ayuda mutua surtió el efecto que Bismarck esperaba y que Napoleón no había considerado, de modo que todos los estados alemanes estuvieron, no del todo felices, unidos militarmente para combatir a Francia, ésta última se encontraría sola en una guerra en la que planeaba se unirían varias potencias.

Por primera vez los países alemanes encaraban una unión económica, militar y política y, una vez más la superioridad militar prusiana sería clara, no tanto en cuanto a tecnología se refiere, pues los rifles de repetición del ejército francés eran similares a los Dreyse prusianos, sino en una línea de comando muy adaptable que permitía una más rápida toma de decisión y por lo tanto una acción más precisa. La red ferroviaria también jugaría un papel muy importante en este conflicto ya que, a través de su utilización eficiente, permitía una mayor capacidad de movilización y concentración de fuerzas en lugares específicos, pues las tropas alemanas podían ser trasladadas a los sitios de batalla

⁴² *Idem*

descansados y listos para combatir, mientras que las francesas tenían que marchar para llegar a tales lugares.

Tras varias batallas los alemanes vencieron y avanzaron a la ciudad de Metz y de ahí a París, donde capturarían a Napoleón III el 1 de septiembre de 1870. Esta derrota significó la caída de Napoleón y, tras una revolución relativamente pacífica, la proclamación de la *Tercera República Francesa* con la que los alemanes esperaban la inmediata firma de un tratado, negociación a la cual los galos se negaron, por lo que el asedio a París continuaría hasta el siguiente año.⁴³

El 18 de enero de 1871 se fundaría, con la firma del Tratado de Versalles (1871), el Imperio Alemán. Guillermo sería proclamado *Deutscher Kaiser* (Emperador Alemán) y el 28 del mismo mes se firmaría el tratado de Frankfurt en el que se cedían a Alemania los territorios de Alsacia y Lorena, así como una indemnización calculada de acuerdo a la población afectada –suma que casualmente resultó ser la misma que Prusia pagó a Napoleón Bonaparte en 1807–. El desalojo de las tropas de los territorios franceses se haría conforme esa indemnización se pagara.

I.4 Los proyectos neocoloniales

La rivalidad entre las grandes potencias de acuerdo a la reorganización de los círculos de influencia se exacerbaría a partir de la década de 1880, años en los que la lucha por territorios coloniales en África y Asia–que llevaría a un dominio europeo de tales regiones en los años siguientes–, así como la competencia mercantil, tanto de recursos importados –principalmente materias primas– desde colonias como de bienes producidos en la misma Europa, generaría un endurecimiento en las relaciones internacionales entre los Estados más fuertes, misma que parecía impensable en años anteriores dadas sus antiguas alianzas y que desencadenaría problemas entre Francia e Inglaterra en un primer momento y unos años después con Rusia.

No es raro que Alemania impulsara tales rivalidades de forma indirecta, pues le permitiría alejar la atención del contexto europeo y centrarlo en otros lugares en los que los intereses de sus enemigos generaran disputas entre ellos, e incluso forzaran alianzas con los

⁴³ *Ibidem* p.207

germanos. Sin embargo hacia 1890 y hasta los años previos a la Primera Guerra mundial, esta actitud alemana de intrigas diplomáticas sería “descubierta” por los otros países ocasionando una crisis en la credibilidad de Alemania.

Por el otro lado, aunque Bismarck no era del todo partidario de la idea de expansión imperial, puesto que la consideraba peligrosa en tanto que implicaba una distracción del gobierno en el territorio nacional –que era justamente lo que él buscaba en sus enemigos–, sí la realizó con el fin de conseguir más apoyos políticos en Alemania, cubriendo los intereses de muchos conglomerados mercantiles, puesto que los límites de los recursos naturales empezaba a alterar el balance comercial, lo que obligaba a buscar territorios con una mayor fuente de explotación.

Con lo anterior, las relaciones entre ingleses y alemanes se complicarían más dados los intereses de los segundos en África y el Pacífico asiático. Debido a la actitud diplomática proteccionista de Bismarck y la mala opinión que comenzaba a generar en los otros países, sería forzado a renunciar por el nuevo Kaiser Guillermo II, siendo nombrado Leo von Caprivi (1831-1899) como su sucesor. Caprivi lograría calmar las relaciones con Inglaterra hasta 1894, cuando abandonaría su puesto y los problemas que se habían sembrado con la política de intriga de Bismarck empezaban a germinar. El problema era que Bismarck quería evitar un enfrentamiento general causado por los nacionalismos rivales bajo la suposición de que existiría una acción de los Estados independiente a tal nacionalismo. Sin embargo, ya desde finales de los 70 la fuerza que tenía la opinión pública, así como la presión que ésta ejercía en los gobiernos, superaba por mucho las expectativas de Bismarck, ocasionando que las relaciones interestatales en las que tanto confiaba se vieran alteradas por las demandas populares, haciéndoles perder la confianza en un ejercicio del poder del cual el pueblo no tomaba parte.

Como hemos visto, a lo largo del siglo XIX las grandes potencias europeas habían intentado generar un balance de poder a partir de círculos de influencia, trazando una intrincada red de alianzas políticas y militares en todo el continente. Iniciando en 1815 con la Santa Alianza, ésta sería descompuesta por completo en 1870 con la unificación alemana, a partir de la que no sólo se reorganizó el control y el poder en Europa Central al convertirse Alemania en la nueva potencia de tal región, sino que generó una nueva forma

de relación diplomática entre el Imperio Alemán y el resto de las potencias, en concreto Inglaterra, Francia, Rusia y Austria-Hungría.

Alemania se convirtió entonces en el eje central de la política europea, pues sería la principal interesada en mantener alejada la posibilidad de una guerra de dos frentes: Francia en el oeste y Rusia en el este (lo que se repetiría en la Primera Guerra Mundial). Para 1873, Bismarck intentó crear una triple alianza entre Alemania, Rusia y Austria-Hungría, pero los roces generados por la cuestión balcánica entre los dos últimos miembros, llevaría a Rusia a abandonar el tratado tres años después, mientras que para 1882, sería Italia la que se uniría al pacto, relacionando directamente a Alemania con los problemas balcánicos.

En 1892, dos años después de que Guillermo II fue nombrado Kaiser, se estableció una alianza entre Rusia y Francia que buscaba contrarrestar la Triple Alianza alemana. Para 1904, con otro pacto entre Inglaterra y Francia, se generaría la Entente Cordial en la que se estipulaba el auxilio mutuo entre ambas naciones en caso de que Alemania les declarase la guerra, vinculando directamente a Inglaterra con Rusia dado que la alianza franco-rusa de 1892 estableció un acuerdo anglo-ruso de no agresión y cooperación similar al francés, cosa que era aparentemente imposible dados los enfrentamientos coloniales entre británicos y rusos, así como los roces generados por la guerra Ruso-Japonesa en la que Inglaterra había apoyado a Japón y en la que se dejó ver la magnitud de los avances técnico-bélicos que se aplicarían por completo en 1914. Sería así como se establecería la Triple Entente.

En 1912 las fricciones en los Balcanes llegarían a su clímax con la fundación de la Liga Balcánica, cuyos miembros –Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro respaldados por Rusia– aprovecharían la crisis generada por la Revolución Turca de 1908, así como el malestar de Rusia ante la frustración de sus pretensiones paneslávicas tras la intervención y anexión de Bosnia y Herzegovina por Austria-Hungría, desestabilizando por completo el ligero balance que mantenía la paz en la región.

Con las Guerras de los Balcanes desarrolladas entre 1912 y 1913 cuyos principales actores fueron las pequeñas naciones unidas en la Liga Balcánica enfrentadas a un Imperio Otomano en desintegración, se debilitaron las relaciones diplomáticas de las potencias que apoyaban a estos Estados: Rusia y Austria-Hungría como los directamente implicados, pero

dadas la nueva red de alianzas establecidas en los años previos, se enredaron en la disputa los países más poderosos del mundo, en particular Alemania e Inglaterra. El final aparente del conflicto balcánico vendría con el Tratado de Londres y la creación del Estado Armenio; la desintegración de la Liga Balcánica tras la guerra de los 33 días, en la que Bulgaria atacaría a sus antes aliados Serbia y Grecia, lo que dejaría sin una conclusión verdadera los problemas de la región, así como una tensión diplomática sin precedentes en la red de alianzas, tanto europeas como mundiales.

Desde 1870 y tras la unificación del Imperio Alemán, el crecimiento industrial y económico de esta nación se multiplicó casi cinco veces en los años siguientes. Esto permitió que a partir de 1890 se destinara una gran parte de esos recursos a la construcción de la Marina Imperial Alemana, estableciendo una carrera armamentista con la Real Marina Inglesa y cuestionando la hegemonía marítima anglosajona. La carrera sería verdaderamente incansable. Las constantes mejoras que se hacían a los barcos impulsaría a varias naciones a desviar recursos de la misma forma, al grado que entre 1904 y 1913, el presupuesto bélico europeo en general se había duplicado, fortaleciendo la producción militar industrial y estableciendo las bases técnicas, en equipo y armamento, que serían utilizadas en la Primera Guerra Mundial.

I.5 De la Realpolitik a la Kulturkampf

Alemania pasó de ser una Confederación a una nación federal mediante la colaboración legal proveniente de una estructura tradicional originada en el Sacro Imperio Romano Germánico; la unión económica mediante el *Zollverein*; los diferentes intentos de unificación a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, en los cuales siempre se pretendía rectificar los errores y faltas de los anteriores; el impacto de los liberales durante las revoluciones del 48 y las reformas estructurales que probaron su efectividad durante la década anterior a la unificación del 71. Decir que este proceso fue la obra maestra de un solo hombre, sería un error grave y se dejarían de lado los esfuerzos de muchos otros que lo antecedieron.

Para consolidar el proceso de unificación de varios Estados se necesitaban mucho más que la victoria militar, pues requería también un replanteamiento de actitudes y comportamientos culturales, sociales y políticos, así como la construcción de un discurso

que comunizara y generara un “nosotros” nacional. De manera que la nueva Alemania terminaría adquiriendo una serie de características democráticas, sobre todo en la *Dieta Imperial* que, a diferencia del Parlamento prusiano (el *Landstad*), le daba a todos los ciudadanos –hombres con 25 años cumplidos– representación igualitaria en las elecciones, mismas que ya no eran manipuladas por el gobierno, lo que le dotaba de una gran credibilidad y críticas favorables de la opinión pública.

En un principio se tomaría la constitución de la Confederación Germana del Norte y para evitar problemas de supremacías se hicieron concesiones a los Estados más grandes como Baviera, en los que se incluían el derecho a seis votos en el *Bundesrat* –Prusia tenía diecisiete–, autonomía en correos y comunicaciones, así como la posibilidad de mantener un ejército propio en tiempos de paz, el cual estaba sometido a las decisiones de la *Dieta Imperial*. De la misma forma, también hubo amenazas de exclusión del *Zollverein* en caso de no aceptar, lo que habría implicado su aislamiento económico.⁴⁴

Quizá se deba al hecho de que la unificación alemana se realizó a partir –hasta cierto punto– de la fuerza militar prusiana, que existiera un particular apego al elemento bélico en el nacionalismo alemán. Y es que, hasta antes de 1871 el mismo Bismarck veía el nacionalismo como algo ajeno a la política, algo que no era necesario para la actividad diplomática y se reservaba a la práctica discreta de una izquierda heredera de la tradición de Hambach y Wartburg (acontecimientos ignorados a propósito dada su inconsistencia y su “fracaso”). De hecho el idealismo y el espíritu romántico que marcaban al nacionalismo, resultaban contrarios al pragmatismo de la *Realpolitik*, lo que hace más curioso que, a pesar de las objeciones anteriores, el nacionalismo sería adoptado por el Estado, no sólo como el elemento básico para lograr la unificación general de los estados alemanes, sino como la esencia misma en la que se reflejaba la necesidad y naturalidad de la unión de sus individuos, así como la única forma de combatir los regionalismos más profundamente arraigados.⁴⁵

⁴⁴ *Idem.*

⁴⁵ . Guy Palmade *Op cit* p. 271

Sin embargo, es precisamente con el elemento bélico que el Estado se ve “obligado”⁴⁶ a utilizar el discurso nacionalista y lo hace justamente con el ideal medieval del caballero, otorgándole al soldado las mismas virtudes y cualidades que los héroes medievales, con la excepción de que ya no pelean por la fe en Cristo, sino por la fe en la nación y su engrandecimiento.

El “deber ser medieval” se convierte en el nuevo deber ser nacional y de hecho el soldado se convierte en un nuevo cruzado: ¿no es el mismo principio retórico el que martiriza a los héroes nacionales de la misma forma en que el cruzado muerto en batalla se convierte automáticamente en mártir de la fe; no se empiezan a hacer monumentos al soldado de la misma forma en que se hacen altares a los mártires? La introducción del elemento medieval en el discurso gubernamental de legitimación marca el inicio de lo que más adelante llamaremos “la nueva religión”.

Si bien las experiencias unificadoras de 1817 y de 1848 no tuvieron éxito en generar un aparato administrativo y una constitución, tal problema sería resuelto entre 1867 y 1871. Durante los siguientes años se descubriría que, a pesar de que existían grandes discursos, banderas, una unión política, administrativa y económica, la confianza o fe en la existencia de una nación con características comunes era un problema mucho más complejo y, por lo tanto, los elementos que establecían tal comunidad deberían ser encontrados e inclusive inventados para que la masa se reconociera como una sola Alemania.

La fe en la existencia de una cultura común era una necesidad que debía ser resuelta lo antes posible, y la idea de una *Kulturkampf* se enfrentaría a cuestiones de lenguaje, educación y religión que, con la intención de generar un pasado común e incluyente entre todos los habitantes de la “nueva” Alemania, ocasionaba una serie de contradicciones constantes entre distintos grupos sociales. Como consecuencia de la *lucha cultural* en pro de la “germanización” de la sociedad, surgió un ataque a grupos minoritarios de la población como polacos y daneses, ya que mediante un nuevo programa de educación histórica impartido en las escuelas, la diferenciación de “lo nacional” adquirió una mayor

⁴⁶ Aunque también ve la oportunidad para utilizar el nacionalismo como una herramienta de propaganda y manipulación de masas.

profundidad y por lo tanto una mayor agresividad hacia los elementos considerados ajenos a Alemania.⁴⁷

El miedo a una insurrección de las minorías era constante, sin embargo no sólo se temía a éstas, pues de los católicos, por ejemplo, se temía tuvieran una lealtad mayor al papado que a la nación, lo que ocasionó que entre 1873 y 1875 se establecieran una serie de reformas que limitaran la influencia del Papa en las iglesias católicas alemanas mediante la reducción del número de sacerdotes, la desaparición del subsidio estatal a la Iglesia, la supresión de las órdenes religiosas, así como la posibilidad de protección religiosa en procesos judiciales. Tales reformas serían mal percibidas ya que el partido católico no sólo representaba intereses de este grupo, sino de otras minorías como la francesa en la región de Alsacia y algunos grupos polacos al este del territorio, sin embargo, tras un largo proceso sí se lograría la inserción definitiva de los católicos al Reich, pues para 1885 las reformas se abandonaron y el partido católico se volvió uno de los más grandes respaldos del Estado.⁴⁸

Por otro lado, existía igualmente un miedo al internacionalismo comunista, por lo que a partir de 1878, se aplicaron de fuertes sanciones y represalias contra cualquier agrupación socialista o comunista que cuestionara o atacara de alguna forma el Estado o el orden social que éste buscaba. Acompañando a tales prohibiciones se sumaron una serie de censuras a cualquier tipo de publicación de corte socialista o con vinculación comunista. Sin embargo el mayor ataque al socialismo alemán vendría entre 1883 y 1890, cuando Bismarck sostuvo una serie de reuniones con la *Centralverband des Deutschen Industriellen* (Liga Central de Industriales Alemanes), en las que establecían acuerdos para debilitar la influencia de los sindicatos en las industrias mediante diferentes concesiones directas a los trabajadores como: seguros de enfermedad, seguros de accidentes y una pensión de jubilación. Este disfraz hizo que los logros de los sindicatos no parecieran tan grandes y la participación de los trabajadores en los mismos no se presentara como necesaria e indispensable.⁴⁹

⁴⁷ Cfr. Hobsbawm, Eric. *Op cit. La era del Imperio...* p. 109.

⁴⁸ Palmade, Guy. *Op. cit.* . p. 285-290.

⁴⁹ *Ibidem* . p. 283

La aparente seguridad que ofrecían esas concesiones aumentó la satisfacción de los trabajadores a pesar de que “...eran leyes que no ponían ninguna limitación a los poderes del patrón dentro de su empresa en lo referente a condiciones de trabajo, la duración de la jornada laboral y el trabajo de mujeres y niños.”⁵⁰

Si bien la estrategia de Bismarck no funcionó, puesto que tras su dimisión las leyes anti socialistas se derogaron y el partido socialista pudo participar abiertamente; la realidad es que a partir de 1895 ese grupo político de hecho comenzó a abandonar sus postulados originales para integrarse a una sociedad burguesa con la que se fundiría paulatinamente para convertirse en una socialdemocracia alemana extremadamente inmovilista.

I.6 Las oposiciones al nacionalismo.

Pensar en que cualquier ideología, por poderosa que sea, puede llegar a ser absoluta es un error. El nacionalismo no rompe esa regla.

A pesar de que, gracias a su adopción por el Estado, el nacionalismo fue la corriente ideológica que gobernó los ideales políticos de Alemania (incluso antes de que ésta se unificara), existieron otras propuestas de organización social y administración del poder.

Las principales corrientes antinacionalistas son precisamente aquellas que pretendieron ser internacionalistas –que todavía lo son–. El anarquismo y el socialismo estuvieron presentes a lo largo del siglo XIX y el XX de forma paralela al nacionalismo/imperialismo capitalista, lo que no quiere decir que fueran menos importantes ya que su impacto social es todavía muy profundo, sino que muestra el simple hecho de que abogaban por una finalidad opuesta a la de los unificadores prusianos-alemanes. Debido a la búsqueda de una unión supranacional no terminaron siendo la ideología promovida por el gobierno alemán, ni la adoptada por la mayoría de los ciudadanos.⁵¹

A partir de 1880⁵² los grupos socialistas europeos comenzaron a separarse y a discernir sobre las formas que había que adoptar para un sólido establecimiento del

⁵⁰ *Ibidem* p. 289.

⁵¹ *Apud.* Mommsen, Wolfgang. *La época del imperialismo: Europa 1885-1918*. 22ed. Trad. Genoveva y Antón Dietrich. México, Siglo XXI Editores, 2003. p. 24-27

⁵² *Ibid.* p. 22

movimiento obrero. A pesar de ello, en 1889 se convocó *La segunda Internacional Socialista*, en la que se excluirían a los anarquistas y a aquellos que se oponían a una lucha parlamentaria.

Esta última exclusión era una influencia directa de la socialdemocracia alemana, la cual se caracterizaba por su pasividad. A pesar de que no otra que Rosa Luxemburgo propulsó la huelga como uno de los medios más eficaces para la consolidación del proletariado en la lucha revolucionaria, lo cierto es que la inacción establecida por la *Segunda Internacional* debilitaría a tal grado la unión europea obrera que, para 1906, año en el que Luxemburgo publicara *Huelga de masas, partido y sindicatos*, la diferencia entre los proyectos ruso, alemán y francés (por poner algunos ejemplos), estaban completamente desvinculados y desarticulados. La misma Luxemburgo, que había sido en un principio más moderada, adoptaría una posición más cercana a la que Lenin había propuesto en 1902, en la que la revolución socialista debía estar operada por un grupo de revolucionarios profesionales.⁵³

Sería esta moderación extrema la que llevaría finalmente a la socialdemocracia alemana a unirse a otros proyectos políticos; su apego a la legalidad parlamentaria la transformaría en una facción de apoyo a otros intereses y terminaría por minar sus principios originales e internacionalistas.

Si bien la permanencia de un ala socialista en la política alemana estuvo presente desde 1848 y continuó creciendo e intercambiando propuestas con el movimiento obrero internacional, lo cierto es que debido a su incapacidad para actuar más allá de los medios legales—mismos que excluían gran parte de su posible acción—, la socialdemocracia alemana terminó siendo absorbida por el ajeteo político germano, casi desapareciendo durante la Primera Guerra Mundial. De hecho, el posicionamiento de Rosa Luxemburgo vuelve a ser muy representativo del socialismo “verdadero” alemán, al calificar la participación de la socialdemocracia en la Primera Guerra Mundial, como un acto imperialista. La búsqueda parlamentaria y conciliadora de la izquierda alemana durante la segunda mitad del siglo XIX, ocasionó que, a diferencia de Rusia por ejemplo, no tuviera mayor impacto.

⁵³ *Ibidem.* p. 32-34

CAPÍTULO II

La tradición medieval y su materialización en el proceso de construcción de la nación alemana

II.1 Los orígenes medievales de la nación alemana

De acuerdo con los objetivos y límites de mi trabajo, sólo refiero el discurso de Alemania desde el siglo XIX y hasta principios del XX, ya que si bien el sentimiento medieval fue algo extendido en casi todos los nacionalismos europeos, el alemán, como dije antes, resulta el más sencillo para trabajar pues, desde la unión de los países “germanos” en la década de 1870, se revivió la idea del Reich (promovida en gran parte por el propio Bismarck a pesar de que los principios de la *Realpolitik* fuesen contrarios), lo que facilita la tarea de ubicar y localizar aquel lejano momento fundacional.⁵⁴

La historiografía nacionalista alemana ha establecido el “nacimiento” de la nación germana a partir de la coronación de Otón I, al ser éste el primer emperador del Sacro Imperio Alemán y con quien se generó el primer Reich. A pesar de ello, el discurso fundacional no excluye otras figuras significativas, algunas mucho más poderosas que las ligadas directamente al Reich, ya que ello implicaba una idea de unidad alemana mucho más intensa, mucho más antigua y más centrada en los individuos y su contexto. Un ejemplo claro es el caso de *Arminio*, un jefe cherusco que en el año 9 D.C. derrotó a las legiones romanas lideradas por Quinctilius Varus, consiguiendo unir a todas las tribus germánicas para este propósito⁵⁵. Sin embargo, no se tienen abundantes referencias historiográficas sobre este personaje, cosa que para el nacionalismo y los fines que éste persigue eso no fue relevante ya que su figura (popularmente conocida como Hermann) simbolizaría no sólo la unión alemana, sino que marcaría el tipo ideal del soldado alemán para el cual la patria, la nación se antepone a cualquier otra diferencia, elementos que no

⁵⁴ Vid. Hobsbawm, Eric (editor), *The invention of tradition*, 2a. ed., Cambridge, Canto, 1992. p. 278-279.

⁵⁵ Cfr. *Op cit.* Hagen Schulze. p. 98

necesitan ser respaldados por una fuente, sino por el establecimiento de una voluntad general.

Si bien este trabajo se centra en la utilización e introducción del concepto de “nación” en un discurso, es necesario hacer una reseña de la trayectoria de los términos con los que se refiere al pueblo germano.

El término *natio* se deriva tradicionalmente de Roma y originalmente significaba “nacimiento” o “descendencia”, al tiempo que se utilizaba para distinguir diversos grupos que podían encontrarse dentro de la sociedad (como aquellos vinculados o caracterizados por una actividad productiva o un estrato específico). Por otro lado, también era una oposición al concepto de *civitas* refiriéndose como *natio* a un grupo ajeno o extranjero, a una tribu sin una estructura política o social regular. Estos grupos—los bárbaros de Isidoro de Sevilla, las tribus germánicas (francos, longobardos, burgundios)—eran también descritos como naciones debido a la inexistencia de una constitución o una regla social similar a la de Roma.⁵⁶

Junto con términos como *gens* o *populus*, *nationes* llegó a la Edad Media como una forma de referirse a la mayoría de los pueblos europeos. El hecho de que se vinculase el término con el de patria se debe a que la primera denotaba una comunidad a cuya ley el individuo se adscribía por su nacimiento: la patria es el circuito jurídico por el que el sujeto se convierte en parte de algo, de forma tal que la patria vinculaba al sujeto a la *natio* por el hecho de haber nacido en el seno territorial de una comunidad determinada.

En el caso particular de Alemania este proceso se observa con gran facilidad, en especial a partir del siglo IX, ya que con el colapso del Imperio Carolingio se hizo explícita la inexistencia de una tribu alemana o de una *natio germanicae* como tal. Lo que existía eran una serie de Ducados los cuales habían surgido y evolucionado a partir de los distritos administrativos creados por Carlomagno. Estas regiones eran *ducatus*, adscritas a un duque, a un oficial franco y no a un jefe o líder tribal. Cuando vino la desintegración del Imperio a partir del siglo noveno y con su transformación, que no es otra cosa que la translación de su poder a familias poderosas, se generaron una serie de vínculos políticos de cierta solidez

⁵⁶ *Idem.* p.99.

hacia el este del Rin. Pero no serían las tribus alemanas o germánicas las que se considerarían como *natio*, sino a una aristocracia estructuralmente franca que reconocía el gobierno de Luis “el piadoso”, quien se convertiría en *rex germaniae*, es decir Rey de Germania, y cuyo reino comprendía aquellos territorios imperiales al este del Rin. Luis no puede ser considerado “rey de los alemanes” o germanos como usualmente se le conoce (Luis el Germánico).⁵⁷

En el siglo XI tanto los territorios al este, como los del oeste del Rin, se consideraban reinos francos cuyas tradiciones ligaban su origen a Roma y a Troya a través de la mitología Carolingia y Merovingia. De hecho, con la coronación de Otón I por Juan XII en 962, el concepto de Germania sería olvidado casi por completo, pues la casa real intentaba heredar la tradición de Carlomagno y del Imperio Romano, sobrepasando las pretensiones de un título real cualquiera. A partir de la dinastía ottoniana, el Reich se perfilaba más hacia una Roma idealizada que hacia una Germania particular.

El vínculo de la *natio* con la lengua es un proceso más complejo y es que, ya desde las primeras invasiones germánicas en el norte de Italia, el miedo que inspiraban estos grupos de personas era notable. Los “italianos” se referían a ellos como “*teutonicus*” lo que responde directamente a una cuestión lingüística en la que el nombre del dialecto de estos grupos de personas designó la forma en que se les llamaba: la palabra “*thiutisk*”, en los siglos VIII y IX, no significaba otra cosa que “el lenguaje de la gente”, distinguiéndolo del latín y de otras lenguas romance, pero que no representaba una lengua en sí, sino una mezcla de dialectos tribales con cierto parecido estructural. El vínculo de esta lengua con las tribus germánicas es simplemente un acto de generalización, de identificación y simplificación del extranjero desde que Otón I se autodenominó sucesor y heredero de la grandeza del Imperio Romano. Fue el papa Gregorio VII quien se referiría a Enrique IV en 1076 como “*rex teutonicus*”, introduciendo por completo el concepto a la jerga política, pero sin que perdiera un sentido despectivo hacia su origen bárbaro.⁵⁸

Sería en el siglo XI cuando el término *teutonicum* se empezó a relacionar políticamente con el Sacro Imperio Romano para distinguirlo de los francos del oeste, sin

⁵⁷ *Idem*

⁵⁸ *Ibidem* p. 101

que esto tuviera mucho éxito ya que, a pesar de que la idea de la mítica grandeza heredada del Imperio Romano seguía abrumando a los emperadores germanos—cosa que no sucedía del todo en Francia—la utilización de símbolos de poder y legitimación como la santa lanza, el trono de Carlomagno en Aquisgrán, o la corona imperial, generaban confusión al ser referencias que seguían incluyendo todos los territorios del Imperio Carolingio, lo cual perjudicaba toda posibilidad de distinción.⁵⁹

Más allá de eso, afectaba la idea de pertenencia en la gente y generaba una crisis de identidad, pues la mayoría de las personas entendía su existencia a partir de su patria, de la tierra en que habían nacido y cuyo gobernante local era el *pater* o *patriae*, por lo que toda vinculación con el Imperio era sólo a partir de estos gobernantes locales; si se intentara ver una nación germánica para ese momento, se tendría que haber hecho —y de forma incompleta y virtual— sólo en una aristocracia, en una serie de príncipes imperiales que junto al emperador constituían el Imperio.

Para que un individuo fuese considerado parte de la nación debía tener un grado de participación, representación o estatus político. La *natio* sólo incluía a aquellos con una relación directa con la corona, representados ante ella de alguna forma y que para fines prácticos constituía sólo a la aristocracia. En el caso particular de Germania, por ejemplo, su estructura representativa se componía del *Reichsadel* (aristocracia o cortes imperiales), de la *Reichskirche* (Clero o Iglesia Imperial) y de los *Reichsstädte* (ciudades imperiales), los cuales se reunían en el *Reichstag* (parlamento o dieta imperial). Resulta claro que hasta finales del siglo XVIII, la nación estaba sólo compuesta por la nobleza y el clero y sólo en raros casos en los que la representación regional variaba, se podía incluir a mercaderes y campesinos ricos.

Si bien en el siglo XV el latín continuaba siendo el modo de comunicación prevaleciente en la Iglesia, en la política y en las universidades, la realidad plurilingüística del continente europeo se había ya extendido a casi todo su territorio. Sería en el Concilio de Constanza de 1414 donde por primera vez se hizo referencia a un vínculo político entre diferentes naciones a partir de su lengua, nombrando como *natio germanica* a los representantes del Sacro Imperio Romano; sin embargo, lo cierto es que dentro de esta

⁵⁹ *Idem.*

denominación también se incluían representantes del clero de Inglaterra, Hungría, Polonia y Escandinavia. A pesar de ello lo importante es que por primera vez se hizo una vinculación entre la *lingua*, la *natio* y la *patriae* en un ámbito político-eclesiástico, indicando una característica básica de casi todo nacionalismo: la de la generación de un “nosotros” a partir de la distinción del extranjero⁶⁰.

Fue a través de la erección de fronteras, la hostilidad y conflicto constante con sus vecinos que los europeos descubrieron su identidad. Situación que, si bien había sido por mucho tiempo concerniente sólo a la aristocracia, a la nobleza y al clero, se extendió al resto de la sociedad hacia el final del siglo XVIII, cuando esta disputa empezó a involucrar al grueso de la masa poblacional. Hasta ese momento la nación era un concepto vago, eran entidades nebulosamente definidas sólo en los lugares que requerían tal distinción a causa de necesidades legales –como los concilios eclesiásticos o las universidades–. La nación existía, incluso antes de que se auto-comprendiera como tal, mediante la presencia de un sentido de comunidad, de emociones colectivas, de un lenguaje o de una serie de tradiciones compartidas. En pocas palabras la nación existía mediante todo aquello que pudiese ser rastreado en la historia, ubicado en la realidad social y que se perfilara a permanecer anclado en ella.⁶¹

Si bien la revolución francesa fue el primer movimiento moderno donde la gente se adoraba a sí misma fuera de un contexto dinástico o cristiano, y en el que la voluntad general se convierte en una nueva especie de culto –a pesar, o quizá a consecuencia, de sus objetivos de secularización–; para el caso de Alemania, el pietismo, sus ideas religiosas y patrióticas, tuvieron un efecto profundo en el desarrollo del nacionalismo y por lo tanto, en el culto y la liturgia que el movimiento construyó, por lo que no se puede desvincular la adoración nacional de la adoración religiosa.

⁶⁰ *Ibidem* p.104, 248, 259.

⁶¹ *Apud.* Mosse, George. *The crisis of german ideology: Intellectual origins of the third reich.* London, Howard Ferting, 2001. p. 32-33, y Hobsbawm, Eric (editor) *op. cit.* *The invention of tradition...* p. 278-279. Si bien Mosse mantiene la existencia de la nación incluso antes de que se le entendiera como tal, creo que debería considerarse sólo a partir de un auto-reconocimiento. La “nación” implica una conceptualización de la comunidad que no le es inherente: una comunidad no es nación sino hasta que se auto-reconoce como tal.

Aunque originalmente en el siglo XVII el pietismo era un movimiento interiorizado en el cual la nación y el Estado se desvanecían, a finales del siglo XVIII, igualmente influidos por las ideas de la Revolución, los pietistas empezaron a incluir visiones de la nación en su ideal del espíritu y el amor cristiano, lo que para 1774 se expresaba de diversas formas: “aquél que no ama la madre patria (fatherland) que puede ver, ¿cómo puede amar la Jerusalén celestial que no puede ver?”⁶². Así, la nación se convirtió en una nación cristianizada que para principios del siglo XIX se encontraba rodeada de una mística que generaba una vinculación constante y obligada entre el carácter nacional y el espíritu interior: “la patria está en ti, un lugar sagrado en el alma de cada hombre”. El resultado que se intentaba producir era el del establecimiento de un vínculo fraternal, una hermandad entre los hombres mediante su *mythos*, una unión que surgía a partir del amor a la nación.

De forma tal que para entender la utilización del concepto moderno o contemporáneo de nación, lo que resulta básico para los fines de este trabajo, tenemos forzosamente que remitirnos al siglo XIX momento en el que, como bien señala George Mosse⁶³, es en el que se genera una nueva forma de hacer política. A partir de ese momento se integró al discurso la idea de nación como algo que debe ser venerado: en ella el pueblo se convierte en la parte esencial del cuerpo nacional y el nacionalismo se convierte en la parte esencial de la vida cotidiana de los individuos adscritos que lo conforman.

Así, la nueva política surgía de la noción de soberanía popular, entendida como una sustancia común a todos los ciudadanos, a todos los integrantes del *populum*, un atributo al que todos tenían acceso y en el que todos podían participar, la gente, su unidad misma, ya no sólo surgía de la ciudadanía como elemento común, sino que se generaba a partir de una conciencia nacional, la cual, siendo el elemento básico de la nación, se fundamentaba en el pueblo mismo, en “sus deseos” y ya no se localizaba y concentraba en una dinastía monárquica establecida.⁶⁴

De cierta forma, mediante conceptos como conciencia nacional y soberanía popular, la nación se volvió el objeto de adoración del pueblo y la nueva política adquirió la

⁶² Cfr. Mosse *op. cit. The nationalization...* p.14-15.

⁶³ *Ibidem* . p.1.

⁶⁴ Cfr. Hobsbawm, Eric. *Op cit. La era del imperio...* p. 102-103.

estructura de una verdadera religión, de un culto el cual todavía hoy en día y particularmente observable en nuestro contexto, se practica fervientemente. De hecho, en el culto nacionalista, mediante la idea de voluntad general, se generó una serie de mitos y símbolos, de ritos, una liturgia en sí, en la que la nación era el objeto de culto y la nación se homenajeaba a sí misma: lo que hasta el siglo XVIII conformaba la turba caótica del pueblo, se ordenó en torno a la creencia de unión basada en una mística nacional; se organizó en torno a festivales y rituales, símbolos y mitos. La voluntad nacional adquirió no solo una expresión concreta, sino una objetivación similar a la que la religión cristiana tiene.

Hacia 1882 Ernest Renan se preguntaba ¿qué es una nación?⁶⁵ y contestaba argumentando que una nación no podría ser una raza, pues todos los pueblos europeos estaban obviamente mezclados; tampoco puede ser definida por un lenguaje, pues entonces, ¿cómo podría ser entendida la separación de Estados Unidos del Imperio Británico, o la de Latinoamérica de España?; tampoco puede ser establecida por la fe religiosa; intereses económicos o políticos comunes pues éstos tampoco implican un país, o una nación; tampoco puede ser definida como lo adscrito a un territorio geográfico, pues el espacio de los actuales países no es el mismo que el de antes y cambia constantemente.

Renan concluye su ensayo diciendo que una nación no es sino un estado mental, una comunidad que se establece a partir de la aceptación individual de una serie de tradiciones, prácticas sociales y recuerdos compartidos con otras personas, siendo aquello que se comparte lo que marca un presente, generando un interés y un deseo por continuar dicha “comunidad” en el futuro para asegurar el bienestar de los miembros de la comunidad. Esta definición me es personalmente aceptable, pues en un universo cultural como es México, con todas sus diferencias (raciales, geográficas, tradicionales, etc), tratar de delimitar “lo nacional” en una serie de características cerradas, nos llevaría a la exclusión y separación absoluta.

⁶⁵Cfr. Ernest Renan. ¿Qué es una nación? París, 1882. Versión digital en: <http://www.paginasprodigy.com/savarino/renan.pdf> (consultado el 14 de agosto de 2011)

La nación se genera mediante aquellos elementos que se adoptan por un grupo para establecerse como diferente y particular. Sin embargo, no puede establecerse como un algo constatable o asequible de alguna forma.

La nación no es un hecho, es un estado mental. Implica la unión de un grupo heterogéneo de personas cuya comunidad se establece en el momento que deciden que el objetivo de sus actividades cotidianas está marcado por la meta de un bienestar general, ésa es la verdadera nación. Sin embargo, el que sea una construcción mental, que no se debe vincular con ninguno de los elementos que el mismo Renan menciona, no implica que todo el mundo lo aceptara en el siglo XIX, ni que lo acepte hoy en día.⁶⁶

En el caso de Alemania la vinculación nacionalista con cada uno de los elementos que se consideran en parte ajenos a la definición nacional es clara, pero para entender el nacionalismo alemán –y virtualmente cualquier arenga nacionalista– es necesario observar la integración de estos elementos a un discurso, cuestión que resulta verdaderamente atractiva cuando se hace en un momento de crisis como lo fue gran parte del siglo XIX: ante la invasión napoleónica la unión internacional aparecía como una forma de defensa, lo que llevaría a la identificación de elementos comunes entre estados diferentes, fortaleciendo así la idea de una nación más amplia.

Prusia aprovecharía ésta idea para mostrar que la unión nacional era la mejor opción para todos los germanos, excluyendo hábilmente de esta definición a sus enemigos políticos. La aplicación de la nueva política es clara a partir de la Confederación alemana, la Deutscher Bund de 1815, es obvia durante las revoluciones de 1848 y hasta el momento de la unificación general en 1871, a partir del cual se fortaleció cada vez más, dadas las rivalidades con otras naciones en diferentes ámbitos, principalmente económicos o militares.

II.2 Alemania: ¿una nación? Fichte y su Discurso sobre la nación alemana

Iniciamos este trabajo hablando de la revolución francesa, las ocupaciones e invasiones napoleónicas y las consiguientes guerras de liberación. No es raro que el impacto que estos

⁶⁶ *vid.* Anderson, Benedict. *Imagined communities: reflexions on the origin and spread of nationalism*. 3a. ed. Londres, Verso, 2006. p. 199-201.

sucesos tuvieron, afectara lo más profundo de la sensibilidad de los individuos que los vivieron directamente, en la misma forma en que nosotros vivimos afectados por los acontecimientos que nos rodean. Tal es el caso de una de las mentes más prominentes de la filosofía alemana, cuyo nacionalismo surgía como una reacción natural a la invasión francesa.

Johan Gottlieb Fichte (1762-1814) fue uno de esos hombres que imprimieron en su pensamiento parte de sí; de esos pensadores que dejan en sus escritos parte de su personalidad, de su vida y las cosas que consideraban más importantes. Por tal razón es que el análisis de Fichte viene tan bien a este trabajo, ya que al haber vivido en plena ocupación napoleónica, el nacionalismo que él cultivó podría calificarse como “primigenio”; y dado que una de las partes esenciales de este trabajo es la de observar el recorrido del elemento medieval en el nacionalismo alemán, hacerlo con un autor que marca y remarca la importancia de la edad media en uno de los escritos de mayor impacto en la historia alemana.

Los discursos a la nación alemana de 1808, escritos en plena ocupación francesa, tienen como objetivo explicar los sucesos que desembocaron en la realidad que se vivía en esos años, una realidad que sólo podía explicarse a partir de la descripción e interpretación de su pasado y que se ordenaba de acuerdo a un ideal alemán para asociar y saldar las posibles diferencias que existiesen en una “germania” que *debía* estar unida: Fichte veía en el pasado, en el estudio, la interpretación y la *enseñanza* histórica, las vías para fijar el destino y la modernidad de su nación, en la que cada miembro debía ver en su destino el mismo que el de los demás.

Al mismo tiempo intenta sacudir a los alemanes, despertarlos de una especie de letargo; los motiva a unirse, a no abandonar la libertad por pura apatía porque la historia propia peligra, el pasado nacional será suplantado por el pasado de aquella potencia extranjera invasora y si eso sucede, advierte Fichte a los alemanes, tal potencia será "dueña

de sus destinos... su personalidad quedará absorbida por esta potencia... nos arrebatara toda influencia real sobre la marcha de los tiempos, y sólo nos deja la gloria de obedecer.”⁶⁷

De manera que Fichte, preocupado por el peligro que ve en la ocupación francesa, apremió a todos los “alemanes” a iniciar una nueva era, una época en la historia universal en la que la nación alemana se desenvuelva de acuerdo a sus propios designios. Esa nación, ese pueblo, esa raza que marcaría el principio de la nueva era, es justamente la que Fichte trata de describir, y cuya principal característica –la esencia misma de lo que él llama *alemanismo*– consiste en que es “infusionable” con cualquier pueblo extraño.

Fichte insiste en que el egoísmo ha sido la razón por la cual los alemanes se encuentran sometidos por Francia:

[...] el Estado abandonó el conjunto al que pertenece para no ver turbado su cobarde reposo; su egoísmo lo ilusiona hasta el punto de hacerle creer que vive en paz en tanto que no ve atacadas sus propias fronteras, mientras en el interior se nota esa blanda y afeminada dirección que indican las palabras extranjeras ‘humanidad, liberalidad, popularidad’, pero que, en buen alemán, sólo cabe llamar relajación y conducta indigna... Un pueblo puede estar completamente corrompido, es decir, ser egoísta, puesto que en el egoísmo está la fuente de toda conducta indigna, y sin embargo permanecer en pie y hasta hacer actos brillantes, con tal de que su gobierno no esté corrompido... La nación se ha separado traidoramente del cuerpo de que forma parte, y, a su vez, sus propios miembros lo abandonan, no reteniéndoles ya el temor, sino temiendo, en primer término, al extranjero.⁶⁸

Como señala él mismo, cuando se es egoísta cada quien mira por su propia conveniencia, todo se disloca y la capacidad de unirse se inhabilita. Fichte ve que tal

⁶⁷ Vid. Fichte, Johann Gottlieb. *Discursos a la nación alemana*. Trad. Ricardo Casal. Buenos Aires, Pleamar, 1964, p.34

⁶⁸ *Ibidem* . p. 38-39.

situación ya es una realidad entre los alemanes, que no hay otra forma de solucionarlo sino la de iniciar la ya mencionada nueva era. Él creía que la situación que se vivía se debía a que los lazos de temor, esperanza y confianza entre nación y gobierno se habían roto; que lo que unía a la nación con el Estado era el temor a un castigo y la esperanza de las recompensas, pero que al no ser los primeros efectivos, ni los segundos posibles, la confianza entre esas dos partes había desaparecido. El primer paso para “restaurar” un orden era el de regenerar la relación entre la nación y el Estado, fundada no sólo en el temor y la recompensa, sino por convicción por un destino común, un destino grandioso.

Para Fichte, los conceptos de orden, de aprobación y desaprobación moral, de eficiencia y del bien general debían ser introducidos a todos los individuos de la sociedad, al grado de que ellos mismos al ver algún elemento fuera de lugar, lo cambiaran o denunciaran por convicción, sin esperar una recompensa más allá que la del bien general. Lo que proponía era una nueva educación alemana que imprimiera la grandeza en la búsqueda del futuro y resaltara la gloria del pasado; una dogmatización del individuo que generara grandes personalidades sí, pero las cuales no perderían de vista la esencia nacional, misma que existía desde hace mucho y cuyas características podían ser observadas desde la antigüedad.⁶⁹

La nueva educación, a diferencia de la antigua, debía tratar de penetrar en el individuo más allá de mostrarle los límites entre el bien y el mal; ya no confiaría en la voluntad individual de entender y hacer lo que interpretara como bueno o malo, sino que debía incluso sustituir la voluntad por la necesidad de las determinaciones. Ésta incluía una serie de concepciones que quizá hoy nos parezcan relativamente normales, pero que para Fichte eran inexistentes: conceptos como el amor por el bien para sustituir el egoísmo material y lograr la satisfacción interior de los individuos; el espíritu crítico en el que el hombre es capaz de cuestionar y comprobar las cosas que se le presentan, tanto en el mundo como en la escuela.

Quizá resulta muy curioso el hecho de que la nueva educación de Fichte coincide con lo que George Mosse describe como la nueva política ya antes mencionada, en la que la nación aparenta ser la que autodetermina su realidad y su destino. Para Fichte, el individuo

⁶⁹ *Ibidem* p. 42-43.

dentro de esta nueva educación, de esta nueva política, no sólo sería miembro de la sociedad humana y temporal, sino que “formará también un anillo en la eterna cadena de la vida suprasensible, de un orden social superior.”⁷⁰

Así, da incluso la impresión de que lo que se plantea no sólo es una nueva educación inmersa en una nueva política, sino que es de hecho una nueva religión en la que Dios no es sustituido, sino que el mecanismo para contactar y comprender sus designios se traslada al promovido en la nueva política: la inmersión y fusión del individuo con el todo nacional es una forma de superación espiritual. La fusión de la raza, la pertenencia al *urvolk*.

No es coincidencia que hace algunas páginas mencionáramos la influencia del movimiento pietista en el pensamiento nacionalista iniciado a finales del siglo XVIII, de hecho Fichte es un claro ejemplo de cómo tales ideas penetraron en el sentimiento nacional.

El concepto del *urvolk*, el de un pueblo primitivo, el de, como dijo Fichte mismo, “...un conjunto de hombres que viven en sociedad y se forman unos a otros espiritual y naturalmente, obedeciendo una ley de desarrollo especial y cierta: la de la divinidad”⁷¹. De manera que el *urvolk* no es entonces otra cosa que la agrupación de personas que se reconocen como parte de esa ley, como parte de un plan superior eterno, el cual, si bien no conocen, tienen fe en su existencia. El *urvolk* (y por lo tanto la nación), se conforma por aquellos que creen en la eternidad de su carácter nacional particular.

Es justamente esta ley la que genera el carácter nacional; “una ley que preside el desarrollo de lo primitivo y lo divino”⁷²; que conjuga la esencia de un pueblo y el plan divino de éste; la ley en la que la fe de todo el *volk* se sustenta; la ley en la que la eternidad del pueblo se apoya. Es justamente el carácter nacional, la confianza en la ley que lo genera, lo que permite el establecimiento de un pueblo primitivo, un pueblo antiguo y original, un pueblo eterno. De un *urvolk*.

El hecho de que Fichte enfatice que la nueva educación debe poner especial atención en la enseñanza de la edad media alemana no es casual, pues es en el medioevo donde él

⁷⁰ *Ibidem* p. 62

⁷¹ *Ibidem* p. 138.

⁷² *Ibidem* p.139.

observa el máximo esplendor del *urvolk*; es donde para él, el pueblo primitivo alcanzó un nivel de cohesión sin precedentes; en el que la ley del destino profundiza en el carácter nacional alemán el cual, al estudiarlo, permitiría a todo individuo reconocerse como parte del *urvolk*.

Resulta entonces muy curiosa la conjugación que se puede hacer entre los conceptos de *mythos* de Richard Wagner –que se expondrá más adelante–, el de nación de Renan y el de *urvolk* de Fichte (incluido el *carácter nacional*), ya que todos presentan un carácter suprasensible, mental o espiritual, pero finalmente unificadores de ciertas particularidades: Si, como ya hemos dicho, la nación no es un hecho sino un estado mental en el que un conjunto de personas se unen en pro de un bienestar general, entonces el propósito de todo nacionalismo es aquel de alcanzar y generalizar tal idea. Los argumentos para convencer de la existencia de esa comunidad intersubjetiva son igualmente etéreos y por lo tanto, la utilización del *urvolk* y, posteriormente, del *mythos* como principales herramientas en la construcción del ideal nacional son válidas para que los “alemanes” se definan como diferentes del resto de los europeos.

Si bien la pertenencia al *urvolk* se hace mediante una argumentación histórica, para formar parte de algo primero debe existir la voluntad de aquellos que se incluyen, por lo que la concepción de Fichte no va en contra de la de Renan: el *urvolk* existe en tanto que la gente se reconoce –mediante cultura, tradición y lenguaje– como parte de él y entonces cree en su unidad.

Los objetivos de Fichte al realizar los discursos sobre la nación alemana son muy claros: definirla, identificarla y glorificarla. Sin embargo, la nación gloriosa la que se refiere a lo largo de sus reflexiones, no es su nación contemporánea, sino aquella que vivió en el periodo en el que se creó y definió el carácter nacional alemán: la edad media, pues para él, dicha época es la única de la historia alemana en la que la nación brilló como raza de estirpe; en la que un espíritu de honorabilidad, de modestia y de sacrificio comunitario guiaba a los ciudadanos en el goce de sus riquezas⁷³.

⁷³ *Ibidem* . p.116

De hecho, como dijimos antes, Fichte aboga por la creación de una historia de los alemanes que exalte la edad media, al grado de que tal *libro* se convirtiera en una suerte de biblia nacional popular; un libro que no sólo contase las cosas y sucesos de acuerdo a un orden cronológico, sino que transportara al hombre al seno mismo de la vida cotidiana de esa edad, fusionándose con esos ancestros, encontrando sus similitudes. Descubriendo el carácter nacional alemán⁷⁴.

Pero entonces ¿qué es un alemán? ¿Qué define a un alemán?

Fichte respondería que aquello que define a los alemanes como tales es su carácter nacional particular, su cualidad de *urvolk* inmortal. Pero ¿cuáles son las características de los alemanes? Es justamente aquí donde la idealización del medioevo es más clara, pues ya no son características enunciadas al aire, características que cualquier otra nación podría tener. No: cerca del final de los discursos Fichte menciona una figura, un personaje de leyenda, mitificado y martirizado a través de los años como un símbolo de resistencia y verdadera germanidad: Arminio.

Como veremos más adelante Arminio sería una imagen constante tanto en monumentos y pinturas, como en otras manifestaciones nacionalistas. Para Fichte, Arminio es la conjugación del espíritu alemán, es en él en quien las tradiciones germánicas se oponen a las de los invasores con una voluntad de hierro. Es con Arminio con quien se define la libertad como la esencia del carácter nacional:

La libertad, para ellos, consistía en permanecer siendo alemanes, en conservar su independencia para la dirección de sus intereses conforme a su carácter original, en transmitir esa autonomía a sus futuros descendientes; la esclavitud hubiera consistido para ellos en aceptar los beneficios que los romanos les ofrecían, y que los hubiera convertido en no-alemanes, en medio de romanos... todo alemán

⁷⁴ Más adelante se verá cómo Wagner intenta hacer lo mismo: mediante la teatralidad buscó sumergir al espectador en un mundo atemporal, un mundo en el que el *mythos* permite a los alemanes reconocerse con sus antepasados.

verdadero debe querer vivir solamente para ser y permanecer alemán y preparar a los suyos a lo mismo.⁷⁵

Así, más allá del espíritu de sacrificio por el bien general y de la voluntad cotidiana de auto superación, el alemán debía amar *ser* alemán y anteponer la vida, de ser necesario, al ataque de su nación. Es eso lo que haría que los alemanes se uniesen con sus antepasados; era por medio de la búsqueda de su libertad que el individuo llegaría a entender y conectarse con el verdadero carácter nacional. Es buscando y luchando por la libertad alemana como los miembros de la nación se encontrarán frente a frente con Arminio y podrían llamarse “alemanes”. Para Fichte la patria y la nación se convierten, en el momento en el que un pueblo se reconoce como su parte esencial, en el fundamento y la garantía de la eternidad en la tierra⁷⁶.

Si bien algunos años más tarde de la publicación de los Discursos de Fichte, Arminio fue finalmente inmortalizado en uno de los monumentos más impresionantes de Alemania⁷⁷, Fichte es de los primeros autores nacionalistas que hace referencia directa a Arminio como una figura netamente germana; un personaje a partir del cual los alemanes podían definir una actitud, no sólo de defensa, sino de identificación y participación. Es con Fichte que Arminio⁷⁸ pasa a ser un alemán y deja de ser una figura popular; es gracias a Fichte que “Herman” deja de ser un susurro legendario y se consolida como una figura histórica con todo lo que eso implica⁷⁹.

Y es que, para Fichte, la invasión francesa partía de la misma razón por la que en el año 4 d.C. los romanos habían invadido y derrotado a los pueblos germánicos: era la desunión que el mismo Arminio trató de superar lo que marcaba la posibilidad de que Germania fuese invadida por Francia. La solución que Fichte planteaba era de alguna forma la consolidación del sueño de Arminio, Fichte veía en la unión no sólo las vías para superar

⁷⁵ Johann Gottlieb Fichte, *op. cit.*, p. 145

⁷⁶ *Ibidem* p. 140

⁷⁷ El “Hermandenskmal”, mismo que trabajaré algunas páginas más adelante.

⁷⁸ Cabe resalta el hecho de que Fichte le atribuye a Arminio los mismos valores que se observan en los héroes de las gestas medievales, siendo el cherusco un personaje anterior a la edad media. Esta aparente inconsistencia es un claro ejemplo de lo innecesaria que resultaba una justificación histórico-científica en la construcción del discurso nacionalista.

⁷⁹ Johann Gottlieb Fichte *Op cit* p.144

la invasión francesa, sino para fusionar una nación a la que sólo parecía restarle entenderse como tal. Aceptar la presencia francesa habría sido aceptar la esclavitud y, como los alemanes de antaño, la única forma de evitar eso era permanecer siendo alemanes, no tratar de ser medio-franceses, no acceder a sus gustos y modas, sino abrazar las tradiciones propias. Abrazar a Germania significaba abrazar la libertad, abrazar el carácter nacional, a la nación misma y, de acuerdo a Fichte y otros, abrazar la inmortalidad.

Fichte es uno de los máximos exponentes del idealismo alemán y sus discursos, así como su noción del nacionalismo, no carecen de esa interpretación filosófica.

La autoconsciencia es un principio elemental del romanticismo, es mediante éste que se marca la diferencia con el *Sturm und Drang* pues establece la transformación de la razón como un concepto de fuerza humana finita, destinada a confrontarse con la realidad que intenta cambiar⁸⁰. Con la autoconsciencia se genera un concepto de razón infinita y por la que el mundo se conforma elementalmente; por lo que el individuo, al estar conectado a esta autoconsciencia, al estar fusionado con la esencia del mundo, puede entenderlo y modificarlo. Es un contacto con el infinito, mismo que es tal en consciencia o potencia y no en cuanto a extensión o duración. Al relacionar la razón con la autoconsciencia –que no es otra cosa que el Yo infinito– se genera una fuerza que tiene como resultado la totalidad del mundo⁸¹.

A diferencia de Kant, para quien la autoconsciencia (o el *Yo puro*) es finita, carente de poder creador, de naturaleza funcional o formal y que se encuentra supeditado a la presencia de material que ordena y unifica, Fichte lo transforma en un elemento sustancial, infinito y creador. Es con Fichte que la autoconsciencia se convierte no sólo en el principio de la consciencia, sino en el principio mismo de la realidad:

Produciéndose a sí mismo el Yo produce al mismo tiempo el No Yo, es decir el mundo, el objeto, la naturaleza... No se puede pensar en absolutamente nada sin pensar al mismo tiempo en el propio Yo como

⁸⁰ Apud. Nicola Abbagnano. *Diccionario de Filosofía*. 4ed. Trad. del italiano por José esteban Calderón et al. México, Fondo de Cultura Económica, 2004. p.929

⁸¹ *Idem*

consciente de sí mismo, no se puede nunca abstraer de la autoconsciencia.⁸²

Los discursos de Fichte desembocan en aquello en lo que él ve la forma de acceder a un estado superior: en la educación. Es en la reforma del método educativo, en su modificación, como implementaría el acceso de todo individuo a un nivel moral superior –a la autoconsciencia en sí–. Pero cuyos cambios principales no son sólo en un “programa de estudios”, sino en un método de vida en el que el individuo se ve guiado por el idealismo.

El mismo Fichte hace una aclaración acerca de la necesidad de pertenencia a una sociedad para alcanzar una plena autoconsciencia.

Para que un sujeto complete su trayecto hacia la autoconsciencia es necesario el reconocimiento por parte de otro sujeto como entidad racional mediante una exhortación (*Aufforderung*).

Cuando un sujeto exhorta –invita o evoca– a otro a ejercer su libertad, le aprueba y reconoce como una entidad racional y autoconsciente. Es una relación de reconocimiento en la que el ser exhortado es confirmado por el ser que lo invoca como un sujeto en condiciones de ejercer su autoconsciencia. Es así como Fichte entiende a la sociedad: como un dar y recibir consentimiento, un confirmar y ser confirmado como una entidad racional, como un sujeto autoconsciente. Proceso que aplicado a la educación implica un desarrollo de las facultades racionales reconociendo a la humanidad a partir de uno mismo.

La educación nueva... considera el mundo del pensamiento como el único verdadero, y trata de conducir hacia él al alumno desde los primeros pasos. A ese mundo y no a otro, quiere ligar todo el amor y satisfacción del discípulo, de manera que la vida de éste se eleva y desarrolla completa y necesariamente en ese solo mundo del espíritu... El espíritu cuya formación hemos anunciado, lleva en sí, a título de elemento esencia, el patriotismo, en el sentido elevado de la palabra, mirando necesariamente su vida como una vida eterna, y su patria como

⁸² *Idem* p. 115

el soporte de esa eternidad... uno de los elementos esenciales de ese espíritu será el amor de nuestra patria alemana, que producirá la defensa valerosa de nuestro suelo y creará buenos ciudadanos, pacíficos y justos.⁸³

El estado de autoconsciencia es el principal objetivo de la nueva educación que se plantea en los discursos: es el estado espiritual al que todo alemán debe llegar. La autoconsciencia del individuo como tal, en cuyo espíritu habita la idea de patriotismo, de patria y de nación; en cuyo espíritu, una vez reconocido y consciente, es en donde vive el amor a la nación y se sustenta el acceso a la eternidad, misma que surge del reconocimiento de todas sus partes como conscientes y racionales. Como alemanes.

Para Fichte El estado de autoconsciencia es el principal objetivo, es a lo que todo alemán debe llegar una vez que se reconoce como parte del *urvolk*. La enseñanza de la Edad Media la principal herramienta para acceder a él.

II.3 La música. Richard Wagner: *mythos* y *Volk*.

El ascenso del nacionalismo en Alemania, la exaltación de la voluntad general como bien supremo, fueron procesos ambos basados en el *Volk*. Este concepto era entendido como una entidad unida y conformada por sus mitos y símbolos históricos; fundamentándose en el ascenso de movimientos políticos masivos, se generó una comunidad en donde eran las masas –mas no la turba–, las que comenzaron a ser consideradas políticamente y tomaban parte en los festivales y rituales de los movimientos nacionalistas. Y, aunque las generaciones cambiaran, la meta principal y la estructura de la masa permanecieron.⁸⁴

Ahora bien, para comprender la estructura del *Volk* es necesario entender algunos de sus elementos, para lo que probablemente el mejor expositor de los mismos resulta ser Richard Wagner (1813-1883), pues fue quien generó el concepto de *mythos* entendido

⁸³ Que resulta muy cercana a la idea de *Volksggeist* de Herder. Johann Gottlieb Fichte *Op cit...* p.154
Que resulta muy cercana a la idea de *Volksggeist* de Herder.

⁸⁴ *vid.* Hobsbawm, Eric. *Op cit. La era del imperio...* p. 272-273.

como una “eterna verdad alemana”: era a partir de este término que el sentimiento y programa de unidad nacional que él mismo representaba nacía, se sostenía y fundamentaba. Y es que para él, el problema de la división de la sociedad moderna podía resolverse a través del arte y de su estética: el arte podía reunir a los hombres y mostrarles un objetivo o un propósito superior. Wagner, creía que en este “nuevo mundo”, regido por dicho propósito superior—el *mythos* en sí—, la estética se alejaba del arte burgués que se había desarrollado desde el renacimiento, buscando su inspiración en un arte más antiguo, más “puro”.⁸⁵

Para el artista —no sólo Wagner, sino el artista alemán nacionalista— la utilización del *mythos* implicaba que su obra debía ser construida mediante intuición, una intuición que se definía como el esfuerzo del alma para elevarse más allá del presente, flotar hacia una unidad superior a través de la exploración de memorias ancestrales —no olvidemos que gran parte del romanticismo surgía del redescubrimiento del pasado—, por lo que al rescatar baladas, cuentos de hadas y leyendas, que en general provenían de la edad media, se idealizaba ésta como una época original y utópica.

Con lo anterior aunado al deseo de bienestar de la clase media, no nos resulta extraño que tuviera como resultado que en la literatura surgieran valores asociados tanto al pasado ideal como al hombre ideal que en éste vivía y la llamada intuición del artista nacionalista alemán, regida por el *mythos*, no fuera otra cosa que la interpretación ideal del medioevo.

Así, tenemos por ejemplo que las virtudes, primero monacales, que tras la *Tregua de Dios* en el siglo XI, se asociarían a las órdenes militares, se pudieron trasladar a un ámbito cotidiano, en donde los hombres solo eran considerados “buenos” en tanto que practicaran y aplicaran dichas virtudes en su vida diaria, en su actividad económica, profesional e intelectual, resultando por ejemplo en que en la mayoría de las expresiones artísticas de los movimientos que llevaron a la revolución de 1848 —en particular Wartburg y Hambach—, se expresaba el sueño sentimental de un mundo y una población regidos por la virtud medieval, expresión claramente romántica, pero adoptando casi por completo las propuestas nacionalistas de Wagner.

⁸⁵ *cfr.* Mosse, George. *Op. cit.* *The nationalization of the masses.* p. 101-102

Otro de los puntos esenciales para la comprensión del *mythos* es que el mismo Wagner creía que los alemanes se caracterizaban por una “sustentación interior” que nunca había cambiado, una especie de extensión del alma presente en todos los individuos de la nación; que por lo tanto, dada su inmutación, las sagas del Cantar de los Nibelungos eran también una expresión del presente: ¿No es con Lohengrim cuando el caballero se convierte en un símbolo de pureza germánica que lucha contra las tentaciones de un mundo corrupto? ¿No representa la voluntad alemana que sobrevivirá por siempre? Resulta entonces muy interesante e importante constatar cómo el culto a la nación se mezcla y apropia de elementos del culto religioso, del culto cristiano (proceso que ya he expuesto en líneas anteriores), pues en gran parte del mundo occidental, se valora al individuo de acuerdo a una moral particular. Parecería que lo que define a un buen cristiano también define a un buen nacionalista.

Así, la importancia del *mythos* para el concepto de *Volk* (es decir el del pueblo, la masa, que a partir del siglo XIX y la “nueva política” es el componente principal de la nación) es que el primero representa la esencia misma del segundo, en tanto que es mediante la posesión del *mythos* que se puede establecer una unión superior entre los integrantes del *Volk*. Las exclusiones y anexiones de grupos específicos como parte de este grupo, como por ejemplo el de los judíos, comienza con la consolidación del *mythos* como esencia del *Volk*, lo que se lograría mediante su vinculación con otros dos de los elementos básicos del romanticismo, como son la unión con la naturaleza y la autodefinición desde “lo diferente”, a partir del extranjero. Ambos elementos básicos para un discurso nacionalista.

El judío, dice Wagner, al ser un individuo que pertenece a un pueblo sin tierra, no puede tener unión con la naturaleza dado que el *mythos* está profundamente vinculado a ésta a través de la noción de patria, de la misma forma en que lo está al “hábitat” (fatherland & landscape). La expresión “buscar sus raíces” surge de la analogía que vincula a un hombre con su tierra que, al igual que un árbol, hunde sus raíces en la tierra obteniendo de ella no sólo los nutrientes que le permiten vivir, sino el espacio vital para desarrollarse plenamente dentro de un bosque (junto a otros árboles). Curiosamente, lo anterior resulta similar a la referencia que Bismarck hacía al hablar de sangre y hierro, pues el hierro es un producto que se extrae de la tierra, de su tierra, mientras que la sangre

representa los esfuerzo que tal extracción implica. Esta expresión es común a casi todos los nacionalismos del mundo, de hecho, la comparación entre los “hombres de luz” alemanes (Lichtmenschen) y el judío se hace mediante el elemento natural:

[...] los judíos siendo gentes del desierto, errantes en el mismo, son áridos, superficiales, secos, carentes de profundidad y de creatividad. Debido a la desolación del desierto, los judíos están espiritualmente desolados... En contraste, el alemán que, viviendo en el oscuro y neblinoso bosque, es profundo y misterioso. Como el alemán está constantemente expuesto a la oscuridad, lucha hacia el Sol, hacia su luz, y son verdaderos Lichtmenschen.⁸⁶

Resulta obvio que muchas de las características del romanticismo alemán parecen nutrir el movimiento nacionalista, quizá incluso exista una alimentación inversa. Sin embargo, antes de seguir con tal exposición nos hace falta exponer un último elemento de vital importancia para comprender de forma básica la vinculación entre el *mythos* y el *Volk*: la soledad.

¿Cómo puede existir soledad en un mundo masificado? Las demandas de una sociedad industrial en crecimiento, con sus nuevas oportunidades y restricciones, llevaba a intensificar un sentimiento de aislamiento en el individuo. La inmersión de éste en un cuerpo nacional, su participación en el culto y en el ritual nacionalista es probablemente el gran éxito de la nueva política, del nacionalismo masivo: el culto nacional establecía una sustancia que perduraba a pesar del constante cambio e innovación de la industria, ofreciéndole al individuo no sólo un espacio para escapar de su soledad, sino un refugio cuya inmortalidad imaginaria superaba el incesante e inestable cambio de “lo nuevo”. Sólo a través de su unión con el *Volk*, con la naturaleza, con el resto de los poseedores del *mythos*, con el cosmos y con la verdad absoluta es como el hombre podría encontrar su individualidad. No resulta entonces extraño que el nacionalismo alemán—en general casi cualquier nacionalismo—guarde una estructura “coherente” con una adoración religiosa, al

⁸⁶ Cfr. Mosse, George L. *op. cit. The Nationalization of the Masses...* p.4

grado de que se podría considerársele igualmente un culto, con la diferencia de que las religiones son en su gran mayoría incluyentes⁸⁷, mientras que el nacionalismo no lo es.

Al estudiar un nacionalismo, al igual que en el análisis de un culto, tenemos que poner mucha atención en los mitos y símbolos de esta religión secular, misma que se volvió operativa en la vida política alemana como parte de los movimientos masivos y que acompañó la entrada de las masas nacionales a la política de su tiempo.

Dado que una parte fundamental de la conformación de la unión nacional a través del *mythos* es la de un deseo de escapar a las consecuencias de la industrialización, los mitos y símbolos del nacionalismo alemán también responden a tal propósito pues, con la acelerada mecanización de la segunda mitad del siglo XIX, se leía la atomización de cosmogonías tradicionales y la destrucción de los lazos interpersonales que penetraban en la conciencia de gran parte de la población. Los mitos nacionalistas estaban destinados a completar el mundo de nuevo, a restaurar el sentido de comunidad a la fragmentada nación, al ubicarse fuera del devenir histórico presente y formando una nueva conciencia nacional. Los mitos generados a partir de y para nutrir el nacionalismo, son el resultado que tiene éste sobre la masa: una vez atribuida la existencia de una idea, la mente quiere verla viva y sólo lo puede lograr al personificarla y objetivarla.

Es precisamente aquí donde Wagner encontró a su mayor opositor: Nietzsche. La objeción de Nietzsche (Friedrich Wilhelm Nietzsche, 1844-1900) sobre la forma de hacer arte de Wagner, viene en tanto que utiliza el arte para algo más que sólo *hacer arte*. Para él, cuando el “artista” intenta hacer algo que trasciende –en el sentido de que intenta ir más allá de lo que puede ir con aquello que el arte es– el hecho de hacer arte, de hacer algo estético, de crear algo “bello”; cuando se intenta perseguir otros fines se vuelve una aberración y cualquier rastro de belleza es reemplazado por lo grotesco.

[...] No toda música ha necesitado hasta ahora de la literatura...

Wagner pasó toda su vida repitiendo una frase: ¡que su música no significaba sólo música! ¡Sino más! ¡Infinitamente más!... ‘No sólo música’: así no habla ningún músico. Lo repito: Wagner no sabía crear

⁸⁷ Son incluyentes en tanto que aceptan a casi todo el mundo siempre y cuando “accepte” o se “convierta” a sus postulados. Sin embargo, no dejan de excluir a aquellos que se encuentran “fuera de su luz”.

en conjunto, de modo que no tenía elección. Le fue forzoso crear fragmentos, motivos, gestos, fórmulas, duplicaciones y centuplicaciones, y así, como músico siguió siendo un retórico: por eso le resultaba forzoso, por principios, llevar al primer plano el ‘eso significa’... Wagner tenía la necesidad de literatura para persuadir a todo el mundo de que se tomara su música con seriedad, con profundidad, ‘porque significa lo infinito’ [...] ⁸⁸

No es extraño que Nietzsche encuentre en Wagner un claro ejemplo de lo “grotesco”, ya que el músico veía en su arte, en la ópera, una vía para el mejoramiento social y la trascendencia: Wagner representa una contradicción al nihilismo europeo, intentando retornar a o restablecer valores supremos. Nietzsche ve en el retorno al pasado de Wagner una traba al establecimiento de los valores del superhombre. Wagner trata de revivir a Dios y los valores cristianos mientras que Nietzsche los consideraba ya muertos o en proceso de superación.

De hecho la crítica de Nietzsche va mucho más allá de la utilización de la música que Wagner hace, él llega a cuestionar los objetivos mismos del idealismo alemán y, aunque su crítica en éste sentido se concentra en Hegel, ataca directamente a otro filósofo del que ya hemos hablado en éste trabajo: Fichte.

[...] durante toda su vida –Wagner– fue el comentador de la Idea... Wagner fue joven en la época en que Hegel y Schelling seducían a los espíritus; que atisbó, que pudo palpar lo que sólo el alemán se toma en serio: la Idea... No es con la música con lo que Wagner ha conquistado a los jóvenes, es con la idea: es la riqueza de enigmas de su arte, su juego de escondite tras cien símbolos, las irisaciones del ideal, lo que seduce y conduce a esos jóvenes a Wagner [...] ⁸⁹

Es la Idea de Hegel el equivalente a lo que Fichte llama el Yo, la entidad infinita que genera y compone la realidad; esa unidad en la que se sustenta todo el pensamiento político

⁸⁸ Cfr. Nietzsche, Friedrich. *El caso Wagner y Nietzsche contra Wagner*. 2ª ed., trad. de José Luis Arántegui, pról. de Begoña Lolo. Madrid, Ediciones Siruela, 2005. p. 41-42 (Biblioteca de ensayo, 19)

⁸⁹ *Ibidem* p.42

del nacionalismo. Toda su teatralidad. Y que de hecho no es una mala crítica pues la noción fichteana de que un estado de autoconsciencia sólo es posible cuando es “compartido” resulta bastante ambiguo. El hecho de que se resuelva a partir del reconocimiento pone en duda la potencia de la autodefinición implícita en la autoconsciencia.

De hecho Nietzsche resalta muy bien la importancia de lo que Wagner llamaba “arte total”, que no es otra cosa que el proceso de inmersión absoluta del sujeto en la realidad de una obra teatral; el proceso en el que el sujeto se fusiona con el resto de los individuos observando la representación; el proceso en el que la masa adquiere su principal característica: la inexistencia del sujeto en sí.

[...] Uno se deja a sí mismo en casa cuando se va a Bayreuth, renuncia al derecho de voz y voto propios, al propio gusto, incluso a la gallardía que uno tiene y sostiene frente a Dios y el mundo entero entre sus cuatro paredes. Nadie se lleva al teatro los sentidos más finos de su arte, y menos que nadie el artista que trabaja para el teatro; falta soledad, y la perfección no admite testigos... en el teatro se vuelve uno pueblo, hueste, mujer, fariseo, rebaño votante, patrón, idiota... wagneriano: ahí, hasta la más personal de las conciencias se somete a la magia del gran número que todo lo nivela; ahí rige el prójimo, ahí se vuelve uno prójimo. [...] ⁹⁰

Cuando un individuo se integra a la masa, que es también la masa nacionalista que Fichte promueve, no puede existir un estado de autoconsciencia verdadero porque las decisiones y percepciones de la realidad, que el individuo se supone realiza, son definitivamente afectadas por aquellas que la masa formula. Cuando se es parte de la masa la negación del sujeto autoconciente es irremediable.

Quizá para mantener esta especie de “objetividad” al analizar la obra de Wagner sería necesario encontrar otro individuo que pensara con cierta similaridad, y que de hecho existe:

⁹⁰ *Ibidem* . p. 81

[...]; Y ahora, qué fuerzas hay en el mundo para oponerse a Alberich, nuestro enano, en su nuevo personaje de plutócrata jurado? Él está pronto en manejar el poder del oro. Por su beneficio, multitudes de sus prójimos son condenadas a la esclavitud miserable, sobre la tierra y bajo ella, amarradas a su trabajo por el látigo invisible del hambre... nunca lo ven, no más que las víctimas de nuestros “negocios peligrosos” ven a los accionistas cuyo poder está, sin embargo, en todos lados, llevándonos a la destrucción. La misma riqueza que crean con su esfuerzo nutre la fuerza que los empobrece; pues tan rápido como la generan pasa de sus manos a las manos de sus amos, haciéndolos incluso más poderosos.

Puede verse este proceso en cada país civilizado, en donde millones de personas trabajan en medio de carencias y enfermedades acumulando más riquezas para nuestros Alberichs, sin que esto deje nada para ellos mismos excepto horribles y agonizantes enfermedades, así como la certeza de una muerte prematura. Toda esta parte de la historia es terriblemente real, terriblemente presente, terriblemente moderna; y es que sus efectos en nuestra vida social son tan horribles y ruinosos que ya no conocemos suficiente felicidad para no ser descompuestos por estas manifestaciones. Tan sólo el poeta, con su visión de lo que la vida podría ser, es quien resulta invulnerable a estos sucesos. Si fuéramos una raza de poetas, podríamos acabar con tales injusticias antes de que este miserable siglo concluya. Pero siendo una raza de enanos morales, las creemos altamente respetables, cómodas y adecuadas, y permitimos que crezcan y reproduzcan su maldad en todas direcciones. Si no hay en el mundo un poder mayor para enfrentar a Alberich, la destrucción absoluta es inevitable. [...]⁹¹

⁹¹ Esta es una sección del prólogo a “Un Wagneriano perfecto” *cfr.* George Bernard Shaw. *The perfect Wagnerite: a Commentary on the Niblung's Ring*. Londres, 1889. Version digital en: http://emotionalliteracyeducation.com/classic_books_online/sring10.htm (consultado el 12 de junio de 2011)

Al ver las líneas anteriores, ¿no es Wagner quien escribe, no es un alemán el que enuncia todo esto? No, es George Bernard Shaw (1856-1950), quien compartía con Wagner una visión del mundo industrializado un tanto devastadora, en la que nadie tenía una felicidad verdadera y en la que todos trabajaban en pro de los propios Alberichs.

Si bien Nietzsche hizo una crítica general a la utilización del arte como fin político, que es en realidad una discusión muy larga y todavía vigente, es un poco exagerada, ya que, siendo un hecho que Wagner veía en el arte un medio, no era en principio sólo un medio político, sino una vía personal e individual de superación. Una forma de trascender una realidad que lo espantaba; una realidad que le parecía una aberración a ciertos principios que para él eran “sagrados”; un ataque a su humanidad.

Observemos el mundo por medio del desprecio pues sólo eso vale; si encontráramos en él alguna esperanza estaríamos engañando nuestros corazones. Es malo, malo, profundamente malo: tan sólo el corazón de un amigo y las lágrimas de una mujer pueden disipar su maldición. No respetamos el mundo, su honor, su gloria, o por cualquier nombre que esas farsas puedan ser llamadas, nada son para nosotros. Le pertenece a Alberich y a nadie más.⁹²

No es extraño que Alberich venga mencionado en esta carta de una forma tan real pues, para Wagner como para muchos otros, los procesos de industrialización y reorganización social, cultural y económica representaban un verdadero infierno⁹³. De manera que el retorno a la antigüedad como momento fundacional e ideal, idealizado o no, servía también como una forma de autoprotección: aferrarse a aquello que estaba bien plantado, de aquello que no se movería, en un mundo cuyo cambio debió haber sido

⁹² Fragmento de una carta de Wagner a Franz Lidtz. *Carta n° 165 enviada entre julio y septiembre de 1854*. La versión digital de las misivas se encuentran en la siguiente página: <http://gutenberg.readingroo.ms/etext03/cwlv211.txt> (consultado 12 de junio de 2011)

⁹³ Más adelante veremos y hablaremos de la expresión gráfica de ese infierno cuando se observe *The rolling mil* de Adolph Menzel.

verdaderamente vertiginoso, es un medio de trascendencia, y quizá la crítica de Nietzsche no estuvo tan bien planteada.⁹⁴

Existen dos corrientes interpretativas de las óperas de Wagner. Por un lado está aquella que argumenta que el trabajo del músico sólo puede ser entendido a partir de su contenido simbólico, haciendo énfasis en la “introspección” de la obra a la hora de analizarla; es decir, la observa de acuerdo a sí misma, conforme a sus límites, motivos y, obviamente, símbolos, pero deja de lado su impacto externo, sus pretensiones y la relación de la misma con su creador.

Por el otro, está la corriente que ve el trabajo de Wagner como una alegoría a la situación en la que las óperas fueron creadas, estableciendo una correspondencia entre los acontecimientos históricos de la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX, con los que suceden en el mundo “sin tiempo” de las óperas.

La interpretación alegórica permite ver y entender con mayor amplitud los matices de la obra wagneriana, no sólo porque permite ver la función de los elementos dentro de la obra en sí, sino porque además permite reconocer la faceta social de Wagner: aquella en la que el artista intentó trascender el ámbito artístico pretendiendo establecer una solución a lo que para él era “el ocaso de la sociedad”.⁹⁵

Es a partir de una visión alegórica que Wagner adquiere importancia para el nacionalismo, pues es él el primero que intenta “completar el mundo”, e inclusive ir más allá de sólo completarlo, también tratándolo de explicarlo.

Para Wagner, el ciclo del anillo representó su mayor crítica a la industrialización alemana en beneficio del aumento económico y militar, al marcar el sacrificio de principios básicos de identidad social: la industrialización implicaba un ataque a la integridad del *mythos* ya que desvincula al hombre con la tierra. La solución de Wagner es la de transformar el *mythos* y hacerlo dependiente de la mente de los alemanes: la ópera es una

⁹⁴ Lo más curioso es el hecho de que Nietzsche fuese tan cercano a Wagner y la ruptura con él no sea sino una consecuencia de la crítica al idealismo. Si bien la utilización política del arte es muy cuestionable, atacar a un hombre por defenderse —y es que así lo muestran las cartas de Wagner a su amigo Lidtz— es igualmente debatible.

⁹⁵ Cfr. Steinberg, Michael P. *Escuchar la razón: cultura, subjetividad y la música del siglo XIX*. Trad. de Teresa Arijón. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008. p. 240.

de las formas en que Wagner le da permanencia al *mythos*, hace de la contemplación artística un principio de comunidad, un vínculo más fuerte entre los elementos del *Volk*. Wagner es el claro ejemplo del concepto de “completar el mundo” que expuse antes

En el ciclo del anillo, la renunciación al amor implica un abandono de la divinidad, de la belleza y de la verdad. Alberich es la representación de ese proceso, pero no sólo él sino sus productos: cuando el mismo Wotan toca el oro, cuando es seducido por el poder del anillo, queda maldito. Es a partir de esa seducción que inicia el ocaso de los dioses, queda sujeto a la maldición de tener que renunciar y abandonar a aquellas cosas que más ama.

Cuando se lee esto en un ámbito social se puede ver que la búsqueda de poder de Alberich, sus trabajos en las minas, destruyendo las bases de la tierra; en su forja, manipulando todo en mecanismos y artilugios superfluos –y donde forja el anillo en sí–, son la negación verdadera de la belleza. Alberich representa la violación a los vínculos divinos del amor, de la misma forma en que la industria representa la violación a la naturaleza⁹⁶.

De acuerdo con Michael Steinberg, la visión alegórica del ciclo del anillo, así como de la idea de decadencia en estas óperas de acuerdo a un marco temporal correspondiente a la vida de Wagner –es decir de 1813 a 1883– está marcado por la implementación de un motivo heroico, sobre todo porque el mismo Wagner se proclamaba el heredero de Beethoven e intentó mezclar la sinfonía musical con el libreto “poético” de la ópera.⁹⁷

Uno de los puntos en los que me quiero enfocar es precisamente lo heroico pues, aunque no es el único aspecto nacionalista en la obra de Wagner, marca el tono y la actitud de un deber ser nacional. Es mediante la introducción de este elemento como se logra unir al público, no sólo en la contemplación de la obra en sí, sino en la voluntad: si la audiencia se identifica con el personaje, si entiende y justifica su historia y su lucha, la voluntad de que consiga lo que quiere –en el ciclo del anillo sería la de retornar el oro al Rhin– se

⁹⁶ *Ibidem* . p. 241-242.

⁹⁷ *Ibidem* . p. 47.

generaliza y es adoptada por los espectadores. La *obra total* wagneriana es la objetivación de la voluntad general.⁹⁸

Si bien el efecto al que las óperas de Richard Wagner aspiran es a ese estado de *obra total*, su mejor herramienta son los *leitmotifs*. Es mediante éstos que se logra establecer el “momento heroico”, el *drama musical*. Con ellos es que el espectador puede saber lo que el personaje hace, piensa y siente, incluso antes de que el personaje en sí lo experimente.

Es mediante los *leitmotifs* que se establecen los momentos en los que el público sabe o espera algo; marcan el instante en el que la audiencia se fusiona, marca la unión de su voluntad. Es con ellos que sucede lo que Fichte llamaría completar la autoconsciencia: el individuo se observa y se reconoce dentro de un grupo de individuos que también lo reconocen como tal, pero que a la vez se reconocen como un todo. Se consigue, así, una sinfonía mental.⁹⁹

Si bien la sinfonía se adscribe a un ámbito netamente sonoro, en el que “las voces se unen”, Wagner compartía con Beethoven un gusto por lograr un estado sinfónico, pero incluso llegándolo a superar, ya que para Wagner lo importante no sólo era la unión de las voces, sino la fusión absoluta de los elementos dentro de una obra: orquesta, escenario, vestuario, actores y el recinto que incita a la disciplina del espectador, toman parte en el desenvolvimiento de la historia y alcanzan un sincronía como un todo general.

Steinberg¹⁰⁰ señala cómo este todo general, esta “absolutización” de la música, lleva a su nacionalización: lo absoluto nacionaliza lo abstracto y termina por significar la voz de la nación.

Cuando Wagner fusionó la idea de una música pura –es decir que le daba a la música un papel más importante sobre cualquier otro elemento de una obra total– con el de sinfonía absoluta, consiguió crear una ilusión completa, una forma de unificar a los espectadores en pro de un objetivo. Para Wagner lo abstracto es nacionalizado por lo

⁹⁸ *Ibidem* . p. 262.

⁹⁹ *Ibidem* . p. 276.

¹⁰⁰ *Ibidem* . p. 119-122, 245-247.

absoluto de una obra, relegándolo a un segundo término y estableciendo la música como una expresión de esa totalidad y como una representación de la voluntad.¹⁰¹

Había mencionado antes un elemento interesante dentro del ciclo del anillo: la forja de Alberich como la alegoría del deterioro social que parecía implicar la industrialización ante la observación de Wagner. Resulta muy interesante cuando se observa el hecho de que la vía aparente para recuperar el balance del mundo –tanto mítico como histórico– es mediante la utilización de la forja, ya que la espada de Siegfried, la única herramienta capaz de recuperar el oro y vencer el mal, sólo puede ser reconstruida en la representación misma del mal. ¿Cómo es esto posible; cómo puede ser la fragua la única vía para vencer el mal?¹⁰²

Cuando Siegfried toma el martillo y re-hace la espada en la forja de Mime, debería perder todas sus virtudes al verse contaminado por el símbolo de la industria: Siegfried forja la espada de la misma forma y en el mismo lugar en que Alberich y Mime forjan sus artefactos. En ese momento Siegfried queda “manchado”, forma parte del mismo gremio que los enanos y su ascendencia welsunga no parece ser suficiente para contrarrestar la mancha de los nibelungos. Sin embargo, el beber la sangre del dragón Fafner parece convertirse en un acto de purificación, un retorno a la naturaleza. ¿No escucha a los pájaros y entiende sus consejos; no es capaz de descifrar la maldad en las palabras de Mime y de Alberich?

A pesar de que Steinberg señala este cambio en la utilización de la forja como un reflejo de la evolución misma de Wagner en pro de la industrialización, en pro del *Günderzeit* –la explosión industrial iniciada en 1840, pero que aumentaría debido a la subsecuente industrialización y con la indemnización económica de la guerra francoprusiana–, y que va de acuerdo a la distancia temporal entre las obras, pues diez años separan *El oro del Rhin* (1869) y *Siegfried* (1876), por lo que Wagner podría haber cambiado su posición acerca de la actividad industrial.¹⁰³

¹⁰¹ *Idem.*

¹⁰² *Ibidem* . p. 277-278.

¹⁰³ *Idem* p. 272-273.

Sin embargo, creo que esa interpretación no es del todo correcta ya que en la correspondencia personal de Wagner¹⁰⁴ la opinión expresada acerca de la industria se mantiene constante y contraria, además de que la interpretación de la obra en sí puede ser diferente: Wagner nos habla de la utilización de la industria de una forma particular, de una forma responsable; del empleo de los bienes de la industria con respeto absoluto de la *fatherland*, del uso necesario de sus herramientas, pero sin dejar de lado u olvidar que hay una verdad más grande en la práctica y conservación de ciertas virtudes y de ciertos lugares.

Son dichas virtudes las que marcan el carácter nacional que Wagner trataba de infundir a través de los héroes de la saga del anillo¹⁰⁵; en *Parsifal* quien mantiene su pureza ante la presencia de tentaciones o maldad, en pro de un bien mayor, de un pacto con su pueblo¹⁰⁶. Cuando se observan dichas obras, el espectador se puede dar cuenta, si es que logra salirse de la historia en que se encuentra inmerso, de que la generalización, que la “absolutización” de las obras de Wagner es muy precisa; que se logra efectivamente fusionar al auditorio con lo que sucede en el escenario por el hecho de que no sólo sucede en el escenario, sino que se puede transportar a cualquier ámbito de la vida personal de cada individuo. Es así que para Wagner el sujeto trasciende su voluntad al fusionarla con la general. Es así como el principio de unión se establece para un público mayor. Es así como se fusiona la nación alemana con Wagner: a través del reconocimiento, el heroísmo y las virtudes de personajes, historias y ambientación medieval.

¿Por qué son las obras de Wagner una representación medieval? Porque es en esa época en donde tradicionalmente se asociaban las virtudes que él buscaba difundir y oponer a la realidad industrial. Si bien nunca lograría sustituir la industrialización, definitivamente logró establecer un balance entre la mentalidad mecánica y la mentalidad heroica. La nación alemana de Wagner debía poseer una mente medieval que contrarrestara los efectos de un cuerpo dedicado a la producción mecánica. Era, en cierta forma, lo que establecía un

¹⁰⁴ Cfr. La versión digital de las misivas se encuentran en la siguiente página: <http://gutenberg.readingroom.ms/etext03/cwlv211.txt> (consultado entre junio y julio de 2011)

¹⁰⁵ En la siguiente dirección se pueden consultar todas las óperas de Wagner utilizadas en éste trabajo: <http://www.kareol.info/autor.htm#W> (consultado entre junio y julio de 2011)

¹⁰⁶ vid. Wagner, Richard. *Parsifal*. Trad. de Eduardo Almagro, recurso electrónico en: <http://www.kareol.info/obras/parsifal/parsifal.htm> (consultado el 25 de junio de 2011)

balance entre los engranes de la máquina en que Alemania se había convertido durante la segunda mitad del siglo XIX.

II.4 La literatura (Goethe)

Quizá la obra de Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), así como toda la literatura alemana, esté marcada por *Fausto* como aquella de máxima introspección individual, sin embargo, hacemos aquí referencia a una menos conocida pero cuya importancia, como se verá, no debería ser menospreciada: el drama de *Götz von Berlichingen*.

Escrito en 1773 y siendo su primera obra dramática seria, Goethe logra hacer un cruce de elementos de definición alemana por excelencia, mismos que serían reinterpretados más adelante por el mismo Bismarck para lograr la unificación definitiva de Alemania como Imperio. Pero no sólo eso, este drama es un análisis histórico de la edad media.

La obra narra la vida de Götz von Berlichingen, un noble que se opone a la voluntad del obispo de Bamberg debido a la acumulación injusta de riquezas. Aunque en realidad se tratase de un caballero en decadencia que buscaba riqueza por medio de la fuerza, Goethe lo presenta como un protector de la justicia, al grado que no sólo se opone a la tiranía del obispo, sino también al emperador, sentando la búsqueda de la justicia como el fin último de todo hombre.

Al leer la obra inmediatamente se ve que Götz es un héroe representativo de la Alemania feudal, de los revueltos tiempos imperiales, con cuya muerte Goethe marca el término de esa era. Su *término*, no su muerte; y es que el mismo Goethe presenta en uno de los personajes más cercanos a Götz al fraile Martín, que no es otro que Lutero¹⁰⁷: es él – Martín–quien posee la herencia moral de la edad media, de Götz; es Lutero quien

¹⁰⁷ Si bien no lo llama Lutero, sino simplemente Martín, es un hecho que la búsqueda de la justicia de Götz basándose en las leyes, imprime la forma en la Lutero busca la justicia mediante un estricto apego a la biblia *cfr.* Goethe, Johann W. *Goetz von Berlichingen: el de la mano de hierro*. Pról. de, en Johann W. Goethe, *Grandes clásicos*. 4 v., pról. de Rafael Cansinos Asséns. México, Aguilar, 1991. p.990 IIs. (Grandes clásicos – Johann W. Goethe, IV)

continuará la lucha por el advenimiento de la ley verdadera, la ley divina. Es con Lutero que se lee el apego de Götz a la ley imperial, luchando por el Emperador, por regresarle su legítimo poder. Es con Lutero que se lee el apego a la biblia y por lo tanto a la justicia divina.

Götz se ve a sí mismo como parte del pueblo y cree firmemente en los beneficios del Emperador. Para él, los males que le suceden a la población provienen de la pérdida de poder de la cabeza imperial, de hecho después de ser enjuiciado, sentenciado y ejecutado parece dar su bendición a los tiempos que vendrán, pues en ellos reinará la verdadera justicia, en los que se verán los frutos de sus acciones, los frutos del apego a la igualdad absoluta y el establecimiento de un Imperio futuro. No es raro que el mismo Bismarck hablara de un “puño de hierro” cuando se trataban asuntos de unión imperial.¹⁰⁸

Lo interesante del drama en general es que, al asociar a Götz ciertas actitudes que lo muestran como alguien cercano al pueblo, se establece una actitud hacia su figura con la que todos se pueden relacionar y en la que todos pueden confiar. Es Götz el arquetipo del héroe inquebrantable que busca la justicia verdadera, y es al mismo tiempo un individuo de a pie con necesidades y gustos que todo el mundo tiene. Marca un deber ser del alemán, por un lado místicamente justo, y por el otro mundanamente feliz y lo convierte en un deber ser ideal, pero al mismo tiempo realizable. El *deber ser* como Götz es un grito que exalta a los alemanes a unirse en beneficio de la justicia, a unirse en esa estructura imperial, a poner confianza en un proyecto que se veía muy lejos, pero que, si bien como un susurro, se había mantenido constante.

En la obra de Goethe Martín es el personaje más cercano a los postulados sociales de Götz. Por demás, Lutero ha sido adaptado al nacionalismo alemán como un personaje de suma importancia para la identificación nacional, después de todo: ¿No es con Lutero que los alemanes se convierten en el verdadero pueblo elegido, no son ellos quienes viven con estricto apego a la palabra de Dios? La fuerza que la “independencia” luterana imprime al pensamiento alemán es verdaderamente suprema: es la independencia espiritual de Alemania. Es Lutero el abanderado de una mística propia, de una mística nacional.

¹⁰⁸ *Ibidem* p. 998

La independencia y unión por medio de la fe es un tema que tocaría a muchos otros pensadores, filósofos, escritores y pintores en los años posteriores a la publicación de las 95 tesis: “Si no somos parte del catolicismo, ¿de qué somos parte? Si no somos católicos, ¿qué somos?”. No resulta raro que la respuesta que se daría a estos cuestionamientos sería “Somos Alemania, somos alemanes”.

Las figuras de Götz y Martín señalan los cimientos de un deber ser, las bases para una integridad moral nacional, por lo que Goethe los transforma en referentes centrales para el discurso nacionalista alemán.

II.5 La pintura

Hemos mencionado la existencia de una cierta incompatibilidad entre el discurso idealista y la realidad industrial. Sin embargo a pesar de la aparente oposición de los programas, la realidad fue otra, pues sí se encontraría una forma para introducir las diferentes aproximaciones nacionalistas en un mismo discurso en el que el *volk* podía erigir un edificio institucional y político moderno en el que se expresaran su carácter y sus actitudes internas, inherentes a todos los alemanes. La fe germánica podía sustituir el materialismo moderno, y las instituciones que surgieran a partir de tal fe serían la representación perfecta, profunda y duradera del espíritu alemán, del *volk* y de su *mythos*.

La función de las artes, sobre todo pintura, música y arquitectura en la construcción del nacionalismo, es presentar a la nación como un objeto de veneración. Éstas materializan elementos cuya abstracción es sumamente compleja y los simplifican en cosas con las que los sujetos pueden identificarse. Así, la figura de una Valkiria resguardando símbolos como el roble, el escudo y la corona imperial; elementos arquitectónicos propios de una tradición gótica que elevan las puntas de las iglesias en un intento por rozar el cielo; personificaciones de leyendas y personajes históricos; o simplemente la introducción de elementos que aluden a la tradición popular, se vuelven herramientas útiles para la

justificación, identificación y legitimación de un grupo social determinado como el portador de la soberanía popular.¹⁰⁹

Cuando hablamos de pintura alemana romántica se nos viene a la cabeza el cuadro que representa casi a la perfección la actitud romántica hacia la vida. Pensamos en “El viajero frente al mar de niebla” de Caspar David Friedrich. Sin embargo, pensar en Friedrich implica pensar en muchas otras cosas, entre ellas la fe.

Es innegable que Friedrich introduce el elemento de la fe en casi todas sus obras. Iglesias góticas, monjes en contemplación, imágenes de Cristo son constantes, pero sobre todas esas creaciones humanas se levantaba la más grande. La naturaleza.

Friedrich creía que Dios habitaba en la naturaleza, que era el deber de todo hombre encontrarlo en ella, lo que se traduce en que todos los individuos pertenecientes a un lugar están conectados espiritualmente entre ellos al estar vinculados a tu tierra. El pintor confiaba en que la unificación de Alemania se lograría a partir de la fe, de la creencia en la conexión espiritual alemana, en la unión del pueblo de Dios.

Para él, la edad media era un periodo en el que el contacto con lo divino había sido logrado por casi todo el mundo, cuya única traba fue colapsada por Lutero quien, manteniendo una actitud de contemplación y estudio de “la obra de Dios”, había concluido la emancipación espiritual de los germanos. El pintor ve en el gótico el intento por elevarse hasta lo divino, de comprender a Dios y, aunque él hace eso al observar, oler, caminar en *su obra* –la naturaleza– alaba el hecho de que sus antepasados intentaran contactar a Dios con el mismo sentimiento en que él lo hacía. Por eso es que muchos de sus cuadros presentan catedrales e iglesias góticas, elevándose por encima de la naturaleza, retratando el incesante deseo humano por “tocar a Dios”.

Las representaciones de edificios en la obra de Caspar David Friedrich son casi en su totalidad, edificaciones góticas, por lo que es posible constatar la idealización que el artista tenía de ese estilo y de la época en que se desarrolló.

¹⁰⁹ *Apud.* Campos Pérez, Lara. *Los relatos de la nación : iconografía de la idea de España en los manuales escolares, 1931-1983.* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010. p. 145.



Fig. 1.- Caspar David Friedrich (1777-1840)
Neubrandenburg por la mañana, 1816-17
Óleo sobre tela, 91 x 72 cm.
Museo estatal de Pomerania



Fig. 2.- Caspar David Friedrich (1774-1840).
Prados cerca de Griefswald, 1822
Óleo sobre tela, 34.5 x 48.3 cm.
Centro de las artes de Hamburgo



Fig. 3.- Caspar David Friedrich (1774-1840)
Tarde: Puesta de sol detrás de la iglesia de Dresde, 1824
Óleo sobre tela, 21 x 25 cm.
Colección privada.



Fig. 4.- Caspar David Friedrich (1774-1840)
Invierno: Ruinas de claustro y camposanto frente al mar, 1819
Óleo sobre tela

En las anteriores pinturas se pueden observar diferentes paisajes, cada uno con ciertas particularidades de espacio, color, atmósfera y ambiente. Sin embargo, lo importante en todas ellas es que son una muestra representativa del paisaje que Friedrich veía, con el que intentaba identificar a su Alemania.

En todos está presente una constante, casi impulsiva, búsqueda de Dios en el mundo, a veces sombrío, cuando la exploración resultaba infructuosa; o bien, llena de luz y color cuando era exitosa. Si bien, dicha búsqueda alteraba la cantidad de luz y color en la composición del cuadro, no afectaba otro elemento: la arquitectura.

Como hemos dicho antes, el elemento gótico en la obra de Friedrich es algo constante y establece un punto de referencia para la identificación de un paisaje nacional por medio de su fe. Para el pintor, la fe alemana, la fe germánica, no podía ser desvinculada del elemento gótico: el alemán, a pesar de que debía buscar a Dios en la naturaleza, en su obra de Él, no podía salir de la iglesia, de la casa de Él, por lo que la introducción del gótico en todos su cuadros de paisaje responde no sólo a la búsqueda personal e incesante de Dios por parte del mismo Friedrich, sino a un código de identificación nacional a partir de una fe de la misma naturaleza.



Fig. 5.- Philipp Veit (1793-1877)
"Germania", 1836
Fresco, 285 x 192 cm.
Instituto de las artes Städelsches, Frankfurt.

En esta pintura de Philipp Veit tenemos una de las más famosas representaciones de “Germania”, la personificación de la nación alemana con varios de sus diferentes símbolos y conceptos.

En primer plano tenemos una base de roca con los diferentes escudos de los principados electores del sacro imperio donde se empotra el trono en el que Germania se encuentra sentada. Los escudos se ordenan de izquierda a derecha: Mainz, Colonia, Trier, Bohemia, Sajonia, Palatinado y Brandemburgo. A su derecha reposa la corona imperial y sobre sus piernas se ve un libro que hace referencia a la Constitución y las leyes que deben regir el orden del pueblo –que expresa perfectamente la preocupación del proyecto liberal de unificación bajo una misma Constitución–. Sobre la Carta Magna está una espada que significa la fuerza de la justicia que implica la ley inscrita en el libro. Con su mano izquierda sostiene el escudo del Sacro Imperio con el águila bicéfala. Toda esta escena se lleva a cabo bajo la sombra de un roble que es el árbol alemán por tradición, que simboliza la lealtad, la fuerza y la personalidad alemana (pues se considera que su madera posee esas mismas características “alemanas”); pero que además tiene otras connotaciones como una representación del pasado pagano al ser el roble el *Irmisul* y el *Árbol de Thor*, además de una vinculación con el cristianismo pues la cruz de Cristo se creía era del mismo árbol.¹¹⁰

En segundo plano se observan distintos elementos que hacen referencia al espacio vital nacional, al territorio que Germania habita, incluyendo el Rhin, la selva negra y lo que parece ser el Castillo de Wartburg.

Sin embargo, resulta muy interesante cuando se compara la obra de Veit con una imagen en la que aparecen los mismos escudos pero 400 años antes.

¹¹⁰ *cfr.* Jack Tresidder. *The complete dictionary of symbols in myth, art and literature*. Londres, Duncan Baird Publishers, 2004. p. 348.



Fig. 6.- Miniatura de la crónica ilustrada de Enrique VII
“Los siete príncipes electores eligiendo a Enrique VII como emperador“
Tinta sobre pergamino.

1341

Aunque no se puede establecer una absoluta correspondencia entre la imagen de Veit y la de los electores de Enrique VII, sí se puede interpretar que Veit hiciese énfasis en el pasado medieval por el hecho de introducir los mismos escudos en un orden casi idéntico. Aunque no es posible establecer una correspondencia, sí podemos afirmar que Veit conocía esta imagen, por lo que el establecimiento de un diálogo podría ser tema para una investigación más profunda. Comprobar eso implicaría un trabajo quizá más amplio que el presente, por lo que sólo enfatizaré el hecho de que Veit remarca la estructura del sacro imperio de la misma forma en la que se hace en la imagen de la crónica¹¹¹ mediante los escudos de los principados electores.

Mientras que en el pergamino del siglo XIV los escudos se encuentran sobre las cabezas de los personajes, designando el principado, reino o arzobispado que representan, la idea de separación se resalta en tanto que estos varios electores se unen para designar un nuevo emperador, mismo que no aparece. Es decir, que los diferentes integrantes del

¹¹¹ Es una ilustración de la crónica ilustrada de la elección de Enrique VII como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. “Bilderkronich Heinrich VII” recurso electrónico: http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Balduineum_Wahl_Heinrich_VII.jpg

imperio se tienen que juntar, superando todas sus diferencias e intereses particulares, para designar una cabeza imperial que no llegará a controlarlos por completo. No hay unidad más allá de un emperador cuyo poder es ya muy dudoso.

Por el otro lado, quizá en respuesta, la de Veit muestra un proceso absolutamente contrario, en la que a partir de las diferencias parece nacer la unidad; de esos muchos se generan los cimientos en los que Germania se asienta y ésta misma –por la posición triangular que termina formando– parece conjugar e igualar los valores de las varias regiones en la Constitución que porta en el brazo. Da la impresión de transmitir una gran confianza en la unificación, reconociendo el pasado en el que todos los principados conservaban sus particularidades dentro de la estructura imperial, pero transformándolo en una entidad (Germania) que iguala a todos a través de la ley: sólo a través de ésta los intereses generales pueden velar por un bienestar de la misma naturaleza.



Fig. 7.- Philipp Veit (1793-1877).

Germania, 1848.

Fresco.

Instituto de las artes Städelsches, Frankfurt.

El mismo Philipp Veit realizaría este óleo sobre tela en 1848, conmemorando una vez más los movimientos por la unificación, los elementos son casi los mismos que en la obra anterior: el roble en la corona vegetal que Germania lleva; la espada como símbolo de la fuerza de la justicia; el escudo del águila bicéfala; el Rin a sus espaldas. Sin embargo, también presenta elementos “nuevos”, como la bandera tricolor, la cual ya había sido utilizada en el festival de Wartburg y que ahora se extendía por todo lo largo del Rin como símbolo de unidad, siendo todo lo anterior respaldado por un amanecer en el horizonte reforzando la idea de una nueva era a partir de las revoluciones del mismo año. Al lado izquierdo del observador, a un costado de su pie, se encuentra un grillete roto como símbolo de liberación contra la opresión. Sin embargo, resulta muy interesante la posición de las fronteras que presenta esta pintura pues si bien en la anterior el Rin es la frontera en el oeste, en esta ocasión se presenta en el Oeste, haciendo referencia a que “Alemania” también se extiende más allá del Rin, hacia los territorios de Alsacia y Lorena.



Fig. 8.- Christian Köhler (1809-1861)

El despertar de Germania (Erwachende Germania), 1849

Óleo sobre lino, 220 x 285 cm.

Sociedad Histórica de Nueva York

Después de Veit, vendría Christian Köhler quien le impregnaría un espíritu de lucha a la dama alemana, una actitud de combate ante la injusticia, ya presente en la segunda obra

de Veit, pero que ahora adquiriría una seriedad mayor: Köhler introduce un sentimiento de injusticia mucho más fuerte haciendo referencia a las cadenas del absolutismo. Para este artista, es justo y necesario que la nación alemana despierte de su letargo, grite y actúe contra el dominio, ya que la justicia está de su lado. Köhler realizaría su versión de la personificación nacional titulada *El despertar de Germania*, manteniendo los mismos símbolos que en la de Veit del 36, el roble, la espada, la corona imperial, el escudo, la bandera y el paisaje. Sin embargo, en esta representación se incluye una visión de la justicia bastante particular: por encima de Germania vuela la Justicia, una justicia que no tiene los ojos vendados, sino que mira comprensivamente a Germania, su espada se esgrime sobre los opresores que huyen despavoridos con sus látigos todavía en la mano, mientras que su balanza se inclina a favor de Germania quien ya está a punto de tomar su espada para defenderse por ella misma de sus represores.



Fig. 9.- Herman Wislicenus (1825-1899)
Germania cuidando el Rhin, 1873
(Localización desconocida)

Después de la victoria alemana sobre los franceses en 1871, Hermann Wislicenus haría su propia versión de la nación, conservando los mismos elementos simbólicos ya

vistos con Khöler y Veit, pero a la vez introduciendo la idea de *fatherland* como parte del *Folk*: el hecho de que todos los elementos simbólicos se encuentren depositados en la personificación de la nación ya es de por sí significativo, pero además que ésta se encuentre “vigilando” –relajadamente, como si nadie pudiera perturbarla– el Rhin, es fascinante, pues otorgándole ésta característica de protección del espacio vital nacional a la propia nación hace el protegerla un deber ciudadano, una responsabilidad cívica.

Hasta el momento el estilo nacional podría parecer la exageración de un clasicismo académico tradicional, sin embargo estaríamos equivocados pues, como casi todo en la vida, la creación del nuevo estilo, de la nueva estética, debe ser entendida como un proceso, proceso que en sus inicios se nutría mucho de elementos grecolatinos surgidos de un academicismo, pero que con el impacto de otras corrientes artísticas, principalmente de la influencia romántica, tendría una transformación constante que nunca se detuvo. Podemos entonces hablar de una “segunda fase” en la estética nacional, la cual se define mediante el rescate de los postulados de la Hermandad de San Lucas¹¹², mejor conocido como el grupo de los *Nazarenos*.

Este grupo se creó en 1809 y se caracterizaba en su expresión de una nostalgia por las tradiciones, los métodos técnicos, así como los estilos de dibujo de la baja edad media y del temprano renacimiento, lo que generaría una especie de devoción hacia una creación artística casi mística y marcadamente apegada al cristianismo medieval¹¹³. Si bien no fue un movimiento cuyo impacto se dejó notar de inmediato –de hecho, se podría catalogar como “fugaz” –, entre 1860 y 1875, existió un rescate de sus postulados artísticos para la conformación de la nueva estética (sobre todo los de Peter von Cornelius y Phillip Veit) y las imitaciones de la antigüedad medieval eran utilizadas para crear un *místico espíritu germánico*¹¹⁴. El resultado de esta renovación nazarena en el estilo nacionalista, es un arte más “germánico”, una expresión en donde el elemento gótico tiene una mayor presencia y

¹¹² Fundada en 1809 por Friedrich Overbeck y Franz Pforr, adquiriría en 1810 el nombre de “Nazarenos” cuando el grupo de artistas originales se mudó a Roma y ocupó el monasterio de San Isidoro.

¹¹³ De hecho es la primera comunidad de artistas fundada como una orden religiosa. A partir del culto a la amistad del romanticismo, tomarían el nombre de la Hermandad de San Lucas, al ser éste el patrono de los pintores. Y tendrían su base en el convento de San Isidoro en Roma, en donde no buscaban la antigüedad clásica, sino la sacralidad de la edad media. *cfr.* Norbert Wolf. *Romanticismo*. Madrid, Taschen, 2007. p.15-16.

¹¹⁴ Mosse, George *op. cit.* *The nationalization of the masses...* p. 58

se combina con diseños y temas “nativos”, así como tipos ideales netamente medievales; pero que tampoco olvida los elementos de reverencia, devoción y monumentalidad del clasicismo, conjugándolos con varios símbolos que juegan un papel muy importante ya que, algunos de éstos, serán constantes en las producciones arquitectónicas, escenarios de festivales y otras muchas expresiones nacionalistas con un público masivo.



Fig. 10.- Friedrich Overbeck (1789-1869)
Italia y Germania, 1828
Óleo sobre tela, 94 x 104 cm.
Pinacoteca de Neue

La épitome del rescate medieval en la pintura vendría con *La hermandad de San Lucas*, y aunque hemos visto ya con Phillip Veit a uno de sus más grandes exponentes, no se debe dejar pasar una de las obras más famosas del fundador original del grupo: Friedrich Overbeck.

Como dijimos antes, cuando Overbeck fundó la Hermandad de San Lucas, buscaba un retorno a la pureza de la pintura medieval; se oponía a la contaminación del renacimiento e intentaba cumplir la “purificación” de la producción artística de una forma absoluta. Así, cuando en 1810 ocupó junto con otros artistas el Monasterio de San Isidoro en Roma, adquirieron un modo de vida monacal y la temática de sus cuadros se impregno de ese ambiente.

Sin embargo, es en *Italia y Germania* (fig. 11) en la obra que me quiero enfocar pues en ella se observa, no sólo el retorno técnico en las formas y los colores de influencia prerrafaelita, sino una definición mucho más clara: la de Germania como *Germania*.

Lo que Overbeck intenta mostrar aquí trasciende la utilización simplificada y pura de colores; supera la composición de la obra y la utilización básica de profundidad y volumen; en ésta obra se observa a la izquierda a Italia y a la derecha a Alemania y, aunque suene muy simple, es en esto en lo que hay que poner atención: Overbeck está definiendo el carácter de una y otra nación mediante la identificación de un elemento “racial”, pues una y otra mujer se presentan arquetípicamente: Italia con el pelo negro tostado por el Sol del Mediterráneo y Alemania cuyos cabellos son tan rubios como sólo el de las mujeres del norte puede ser; el tradicional, al también poner hojas de laurel en la corona de Italia y hojas de roble en el de Alemania; y finalmente en el del paisaje, en el que se define a una y otra de acuerdo al entorno tradicionalmente asociado a cada nación: Italia con la típica escena de la Toscana y Alemania, con las iglesias góticas cuyas agujas se elevan en un esfuerzo por lograr un contacto divino.



Fig. 11.- Adolph Menzel, (1815-1905)

La laminadora de hierro, 1873

Óleo sobre tela, 158 x 254 cm.

Galería nacional de Alte.

Hablábamos antes de cómo Wagner veía en la industrialización un proceso terriblemente triste, y que ese proceso era compartido por muchos como algo enajenante y adverso. Adolph Menzel no era distinto.

Aunque la obra de Menzel es netamente realista, continuó teniendo una crítica a la sociedad actual que se camuflaba con el entorno general de sus cuadros. En “La laminadora de hierro” (*The iron mill*) no vemos otra cosa que el proceso de laminado industrial para producir diferentes productos como rieles o partes de maquinaria, y a primera vista no es sino una imagen descriptiva. Pero veamos de nuevo porque no sólo eso es lo que Menzel ha querido plasmar, también ha ilustrado un lugar en el que los tiempos y lugares para el descanso son mínimos: ¿no está el grupo de personas en la esquina inferior derecha completamente apartadas del proceso, no devoran sus alimentos como animales, no pierden su mirada ante el cansancio y el infierno que les espera?

Incluso los hombres en la escena central de la imagen no parecen ser hombres, exhalando humo de sus pipas: ¿no se asemejan a las mismas máquinas cuyas partes están produciendo, qué autoconsciencia podría haber visto Fichte aquí: ¿quién es el maestro, quiénes son los aprendices? ¡No los hay! Es ni más ni menos que el infierno. ¡Ésta es la forja misma de Alberich! Si no es lo suficientemente claro, simplemente hay que mirar al extremo izquierdo del cuadro, donde los hombres parecen secar su sudor, pero no son sino señas de enloquecimiento, de aflicción y de dolor.

Es muy curioso el hecho de una entrada tan avasallante del realismo en el arte alemán. Nos habla de un cambio en los efectos mismos del Estado sobre la producción artística: la época de Wagner se ha tranquilizado, la gente entra a las fábricas por completo y la pintura deja de realizar las hasta entonces “constantes” representaciones de Germania. El realismo es más importante porque va de acuerdo al proyecto de modernización que el mismo Bismarck perseguía, lo *representa* a la perfección. No dejó de lado la crítica oculta, pero pretendió olvidar por completo el ideal.

Sin embargo, al mismo tiempo que se pretendió olvidar el ideal y la sutileza en que la pintura plasmaba esto, su necesidad se volvió indispensable, por lo que los intentos por establecer una *realpolitik* absoluta, se vieron forzados a incorporar cierto sentimentalismo y

cierto idealismo en sus discursos y presentaciones. Si bien no lo hicieron con la pintura con la misma promoción que lo habían hecho antes, encontraron en los monumentos una herramienta mucho más efectiva para plasmar e inmortalizar lo que Alemania era, o debía ser.

El sentimiento de enajenación que provenía de la labor industrial es la razón por la que los hombres miraban hacia las ideas, por eso se voltea hacia algo en lo que de hecho se pueden posar los ojos, en lo que se puede descansar tanto el cuerpo como el espíritu. El pasado, la celebración de la comunidad alejada del vertiginoso movimiento de las fábricas; la comunidad de algo bello, inmutable, relajante. El incesante intento de asemejarse a los antepasados en la medida que las necesidades del presente lo permitieran. De ahí la peregrinación a verdaderos templos a la masa; de reunión para la auto-celebración de una masa que no encontraba su identidad en el presente.

II.6 Los lugares de memoria

Los símbolos nacionalistas, al ser la objetivación de mitos populares, le daban a la gente diversos elementos de identificación. El nacionalismo, que al principio coincidía con el romanticismo, hacía de los símbolos la esencia de su estilo político y se expresaba en todas sus representaciones: en la arquitectura, por ejemplo, donde la utilización del monumento nacional como aquello en lo que se cimentan o fijan los mitos y símbolos nacionales en la conciencia de la gente.

De manera que cuando hablamos de un estilo político nuevo, no sólo nos referimos al mecanismo destinado a reemplazar el concepto de una propuesta de gobierno específica –como el proceso de unificación promovido por Prusia–, o para ilustrar la realidad del mito. No, el estilo se basaba en presuposiciones artísticas, en una estética que resulta esencial para dar coherencia y unidad a la simbología nacionalista. Esta estética, el criterio que implicaba, no sólo delimitaba los festivales y rituales (y por lo tanto los símbolos dentro de éstos), sino que determinaba su forma y su estructura pues, la “belleza” que unificara la política no podría haber sido juguetona, tenía forzosamente que simbolizar orden, jerarquía y la restauración de un mundo hasta el momento incompleto, un mundo “roto”. Justamente aquello que el Estado pretende juntar, ordenar y representar.

La importancia del monumento resulta obvia cuando se considera su función, y es que para manipular a una masa siempre es más fácil englobarla en un marco de ideas establecidas como comunes y en torno a la cual el orden forma parte esencial de las mismas. Dentro del ceremonial que le permite a un grupo funcionar en una forma ornamentalmente simbólica y aparentar o presentar un universo ordenado, cada partícula alcanza una identidad por su interdependencia con todas las demás. Esta interdependencia se cimenta en acciones simbólicas: participación en festivales periódicos, asociación a grupos especiales o con actividades específicas, en la construcción y “peregrinación” de y hacia monumentos nacionales, no sólo por su valor simbólico, representativo y estético, sino porque al ser la expresión física de un ideal, el monumento se vuelve el sitio de peregrinaje mismo.

Esta estructura se puede observar perfectamente hoy, no sólo en el discurso estatal y en sus propias instituciones, sino en otro tipo de organizaciones que siendo ajenas al Estado, presentan una estructura y un funcionamiento, sobre todo en estos rituales de inclusión, casi iguales. George Mosse hace una aclaración importante en cuanto a que no hay que interpretar la nueva política, el nuevo estilo de hacer política basado en las masas, como los antecedentes u orígenes del tercer Reich o a otros regímenes tiránicos: “aquellos atraídos a él (el nuevo estilo político) no sólo fueron nacional socialistas, sino también miembros de otros movimientos que encontraron este estilo atractivo y útil para sus propósitos particulares”. La estigmatización que se hace a la utilización del estilo está, usualmente, fuera de lugar.

El éxito del nacionalismo al crear la nueva política se debió en gran parte a que se basaba en la exaltación de las emociones; sin embargo, esta emoción no producía una multitud en éxtasis simplemente porque razón y lógica estaban ausentes, sino porque los esfuerzos cuidadosos de los movimientos nacionalistas se dirigían hacia la disciplina y dirección de las masas, lo que evitaba el caos que vencería la creación de un movimiento masivo exitoso, mediante la generación y apropiación de un propósito y un sentido de superación y mejoramiento general.

Los símbolos y mitos políticamente cargados necesitan de un culto basado en su excepcionalidad, el hecho que se encuentran fuera del curso ordinario de la historia y sólo

puedan ser entendidos por aquellos que los defienden heroica y apasionadamente, genera una necesidad por “elevarse” mediante experiencias fuera de la vida diaria, fenómeno muy extendido desde finales del siglo XIX y principios del XX. De hecho en gran cantidad de novelas mostraban un fuerte interés en una mística existencial para vivir la vida al máximo mediante experiencias que generaban un vínculo entre los hombres que se las apropiaban. Si bien la respuesta que se dio en países como Francia, Inglaterra o Rusia fue la del orientalismo como una nueva forma de entender y experimentar la vida dado lo atractivo de su exotismo, en Alemania básicamente se generó un historicismo medievalizante igualmente idealizado e igualmente desconocido.

Lo anterior tuvo un efecto directo en el ideal de belleza, pues permitía hacer sentir a los hombres “como en casa”, los alejaba de un mundo presente dominado por la industrialización y los transportaba a un lugar o un momento ideal. La nueva estética nacionalista romántica (y hasta cierto punto neoplatónica), partía de la búsqueda de la “idea general” de las cosas, la búsqueda de su esencia, exploración en la que el análisis de un presente se vuelve innecesario —¿acaso indebido?—, pues no se puede observar detenidamente: el presente se encuentra atomizado, es imperceptible y presenta errores, mientras que el pasado se vuelve un refugio ideal donde se observa el curso general y bello de las cosas.

Es así como se explica el que una gran cantidad de monumentos y edificios tuvieran una forma externa griega, ya que dicha forma era importante al personificar el funcionamiento del alma humana: la apariencia externa se vinculaba con el estado del alma, un vínculo que para el observador evocaba un tipo ideal. De hecho, el estereotipo del “germano ideal”, basado en el perfil y las proporciones griegas, se fundiría con todas las teorías raciales y llevaría más tarde al “tipo ario”, de la misma forma en que algunos edificios parecían griegos, pero “esencialmente” eran germanos.

La importancia de la arquitectura monumental para el movimiento de masas es que lo regulariza, unifica y representa en un edificio tan grande y glorioso como el grupo mismo. La combinación de elementos como lo monumental, sacado principalmente de la arquitectura romana como el Coliseo; lo griego, como un antecedente ario, además de representar los tipos ideales dentro de sus proporciones; y lo medieval, a través de un

“neogótico”, que evocaba al pasado original de la nación alemana y su fusión con el cristianismo, representan una mezcla de nostalgias típicamente romántica.¹¹⁵

De manera tal que la idea de belleza en el nuevo estilo artístico nacional se originaba en patrones griegos, que mediante la implantación de tipos ideales, podía coexistir con el romanticismo nacionalista sin ningún problema: magnificaba los sentidos de gloria y celebración con lo monumental de la arquitectura romana, y le daba sentido, mientras que mantenía su esencia a partir del pasado medieval.¹¹⁶

No hay que olvidar la a veces sobre-explotada caracterización del romanticismo como “sentimiento sobre razón”, puesto que dicha evocación sentimental no siempre requiere de una justificación racional; por lo que, a pesar de que en un ámbito racional-lógico y académico el romanticismo implicaba una negación del clasicismo en la mayoría de sus postulados, algunos elementos compartidos fueron utilizados por el estilo alemán para generar un discurso estético verosímil. De hecho, los románticos compartían con el clasicismo monumental la idea de acercarse a maximizar los efectos de la naturaleza utilizando diversos elementos en la arquitectura y el paisaje como grandes espacios abiertos, la disposición de árboles, rocas, montículos y prados, para simular un paisaje que impresionara al espectador de la misma forma que una pradera, una montaña y un bosque lo hacían, pero con una radical diferencia: mientras que para el romanticismo la naturaleza supera al hombre, para el discurso nacionalista lo hace parte de ella, lo incluye y lo vincula como parte de su hábitat. Lo integra al orden que éste implica.

Quizá uno de los casos más extraordinarios en cuanto a monumentos se refiere es el del Nationaldenkmal auf dem Kreuzburg que fue diseñado por Friedrich Schinkel. En 1918 se elevó sobre una colina que en ese entonces se llamaba “Tempelhofer Berg”¹¹⁷, un monumento que conmemoraba la victoria sobre Napoleón tras las Guerras de Liberación y la sexta coalición.

¹¹⁵ Mosse, George *Op cit. The nationalization of the masses...* p. 49.

¹¹⁶ *Ibidem* . p. 24, 35, 43.

¹¹⁷ La traducción correcta sería algo cercano a “Monte (berg) del patio (hof)” o “huerto (hofer) del templo”



Fig 12.- Karl Friedrich Schinkel, (1781-1841)
Nationaldenkmal auf dem Kreuzberg, 1817-1821.
Kreuzberg, Berlin.

A primera vista, el monumento nos recuerda a la torre de las catedrales de Viena y Estrasburgo, adelgazándose conforme se eleva, da la impresión de que está estirándose, casi como si quisiera rozar el cielo. Y sí, en verdad que el diseño de la construcción es netamente gótico, sin embargo, a diferencia de sus muy similares construcciones religiosas, su objeto de alabanza es completamente distinto: mientras las primeras se elevan para “tocar” a Dios y colocar la cruz cristiana por encima del paisaje, el monumento nacional busca poner la *crux nacional* por encima del mundo.

Tomando elementos del escudo de armas de la orden teutónica, esta cruz, la Cruz de Hierro; la cruz de Schinkel y Guillermo; la cruz de Prusia y Alemania; la cruz de la *nación*

alemana, es sin duda alguna la clara transformación de lo que ya hemos mencionado como “la nueva religión”. Es el cambio en la forma de hacer política, en el que se toma la fe de un pueblo y la adoración que ésta implica, y se redirige –aparentemente– hacia sí misma. Se toman los valores y rituales de la fe cristiana y se aplican a la adoración de la nación. La cruz no es otra cosa que la representación, bajo la visión de Guillermo, de lo que Prusia debería ser: sagrada y de hierro.

El monumento es un templo al poder militar que grita a todos aquellos que la ven: “Esto es Germania. ¡Adórenla!”¹¹⁸. El *Viktoriapark* es la materialización de la idea de victoria prusiana; de la potencia bélica en la que ésta quería convertirse, viendo en la fuerza todos los medios para obtener su autonomía y establecer el liderazgo de los “alemanes”. Es un altar a la guerra, es ésta el cimiento del poder prusiano y sería la exitosa transmisión al pueblo de la fe del Estado en la tecnología militar.

El hecho de que en la base del monumento se encuentren doce terrazas con los genios victoriosos de los personajes más importantes de las guerras de liberación (entre ellos algunos no prusianos) parece perder importancia ante lo que sostiene a todas estas figuras: las guerras.

A partir de su inauguración el montículo sobre el que se eleva se conoce como Kreuzberg (Monte de la cruz), de la misma forma en que hoy se conoce ese distrito de Berlín.

Si bien el gótico era una parte esencial de la mentalidad medievalizante del nacionalismo, no hay que dejar de considerar que el *estilo alemán* está también marcado por la idea del tipo ario que mencionábamos antes. Esta raza –la aria– tiene los mismos orígenes que los griegos y algunos pueblos del norte de Europa, eran ubicados por los nacionalistas alemanes como los ancestros de los antiguos germanos y, por lo tanto, como una parte esencial de sus orígenes: para los nacionalistas, cuando la tradición aria se mezcló con la clásica y continuó su desarrollo a lo largo de la historia –en particular al fusionarse con las tradiciones de la edad media– sentó los orígenes del alemán actual.

¹¹⁸ Andrew Graham Dixon hace un extraordinario análisis de este monumento en sus documentales sobre arte de Alemania. Graham Dixon, Andrew. *The art of Germany 2: Dream and machine*. Londres, BBC, 2010. 60 minutos. (The art of Germany, 2)

El estilo germánico generado por esta fusión, podía ser representado en monumentos cuya arquitectura presentaba una mezcla de características clásicas, románicas y góticas que, sin dejar de ser románticas¹¹⁹, tampoco presentaban una contradicción en sí. Para ilustrar un poco esta fusión entre estilos, una de las construcciones más representativas son las de las *Torres Bismarck*.

Diseñadas por el arquitecto Wilhelm Kreis, quizá no sean las mejores representaciones de lo monumental de la nueva política, pero son definitivamente una clara representación del estilo germano que se generó de acuerdo al discurso nacionalista. A pesar de su “reducido” tamaño, la cantidad lo compensa pues para 1910 (a partir de 1893), ya se habían construido más de setenta en todo el territorio del imperio alemán –para 1934 serían más de 250–. En cada una, el sentido romántico es claro, ya que todas tienen elementos románicos medievales ubicados en ventanas, puertas y algunas columnas, ilustrando esa singular nostalgia por el pasado; al mismo tiempo la presencia de sus equivalentes clásicos son casi igualmente constantes en columnas y bóvedas. El estilo nacional alemán es una mezcla en donde los elementos se comparten y fusionan.



Fig. 13.- Wilhelm Kreis (1873-1955)
Torre Bismarck, 1883
Tufstein

¹¹⁹ En tanto que pudiesen ser entendidas como un neoclásico.

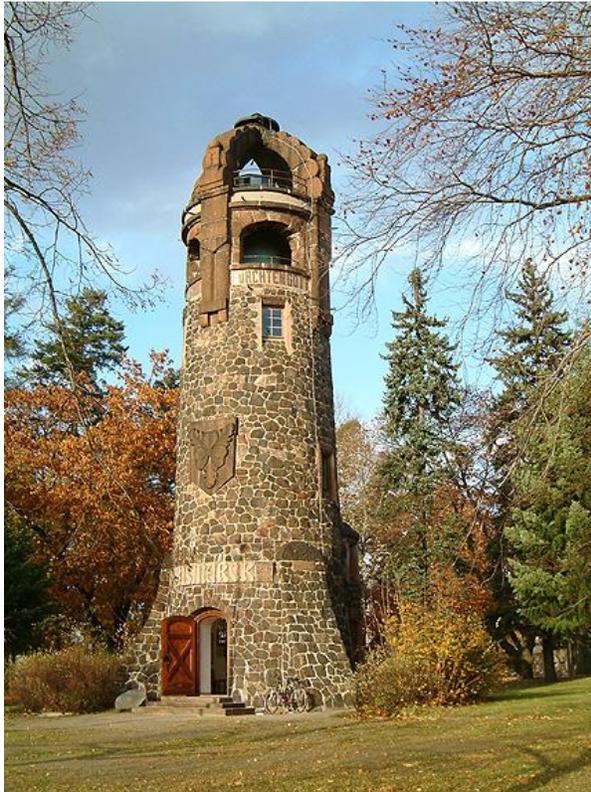


Fig. 14.- Wilhelm Kreis (1873-1955)
Torre Bismarck
Spremberg

Como decíamos antes, la principal consideración que hay que tener es que, hasta antes del siglo XIX, los monumentos solamente se erigían en honor a reyes, generales y, a veces, a algunos poetas. Si bien, puede considerarse que las Torres Bismarck poseen un objetivo similar, son introducidas en este trabajo como ejemplificaciones de la estética germánica, además de que todas ellas presentan elementos que recuerdan de alguna u otra forma a la nación. La inserción de ideales nacionales en los monumentos y en la propaganda del Estado se debe a la nueva política, a la incorporación del nacionalismo como parte esencial de la legitimación gubernamental. Con esta nueva “arquitectura parlante”¹²⁰ que implicó el nuevo estilo, se incluían ideales de belleza y elementos de sacralidad que remitían a una necesidad de veneración, por lo que su utilización resultó fundamental para el desarrollo de la liturgia nacionalista: los edificios públicos debían inducir a la reverencia, levantar al hombre por encima del curso ordinario de su

¹²⁰. George Mosse *Op cit. The nationalization of the masses...* p. 50

cotidianidad, sumergirlo en el sueño del mito nacional mismo, más allá del espacio y el tiempo cotidianos. Estableciéndose así el primer y más básico elemento de lo que en siglo XX constituiría la propaganda nacional: la emisión de un mensaje simbólico para la unión y adoración de un fin superior (la nación en sí), que fuese fácilmente entendido y apropiado por el público.

Cuando vemos el *Walhalla*, ¿no nos transportamos al Partenón, no nos impulsa una admiración por los hombres que en él reposan? Diseñado por Leo von Klenze bajo las instrucciones específicas del rey Ludwig I de Baviera para crear un “monumento sagrado” a la unidad alemana en el que se combinaran los estilos del Propylaeum de Atenas, con el del Panteón en Roma¹²¹, abrió sus puertas en 1842. El monumento fue ya pensado como un sitio de peregrinaje, un lugar al que los alemanes irían para alabar a sus co-nacionales más notables. El nombre mismo proviene del mítico salón donde Odín se reunía con los héroes muertos en batalla. Los costados están decorados con figuras que representan: al sur, los estados alemanes reunidos en torno a Germania; al norte, la figura de “Hermann” (Arminio) luchando contra las legiones romanas. Dentro del monumento hay dos grandes salones decorados en paredes y techos con dioses germánicos y sus respectivos símbolos, todos ellos resguardando los bustos, rostros y demás “representaciones” de famosos patriotas alemanes.

¹²¹ *Ibidem* p.55



Fig. 15.- *Walhalla*, 1842
Leo von Klenze (1784-1864)
Ragensburgo

El monumento a Hermann “El Cherusco”, o *Hermann “el alemán”* (Herman the German), como es popularmente conocido, sí tiene un estilo “nacionalista” en el que se simboliza, a través de sus elementos góticos, una nostalgia por un pasado medieval, místico y religioso, por lo que se convierte en la más importante exposición de la segunda fase de la estética nacional: mientras que retiene el amor por lo monumental y el simbolismo imbuido en el intento de plasmar el espíritu nacional –la voluntad general de la que hablaba líneas más arriba–, más allá del héroe, personalidad militar que Arminio representa, el monumento celebraba la victoria del caudillo sobre las legiones romanas, sin embargo, partía del sentimiento de liberación ante la invasión napoleónica. Su construcción se inició en 1841, pero con la revolución de 1848, los trabajos se detuvieron y no serían reanudados sino hasta la unificación italiana y, tras la victoria de 1871 y la euforia generada por la propia unificación alemana, se dio un último impulso en la inversión y se concluyó en 1875.

Lo que el Hermannsdenkmal representa es obvio: al ser inaugurada inmediatamente después de la unificación alemana, siendo el mismo Arminio el primer ejemplo de la

misma, los símbolos que en el monumento se plasmaron son una clara expresión del espíritu nacional.

Diseñado por Ernts von Bandel, tratando de mantener una estética germánica, la espada se ubica por encima de la cabeza del hombre en señal de victoria pero sin abandonar una actitud de desafío. Hace referencia a un caballero medieval, las columnas que sostienen la cúpula y la estatua, remiten inmediatamente a un estilo gótico, sin embargo, sus facciones y proporciones están marcadas por un modelo clásico.

En cuanto a las funciones de congregación masiva del monumento, el espacio mismo que lo rodea está diseñado para recibir grandes grupos de personas: rodeado de bosque, exalta la romántica idea de unión con la naturaleza, misma que es una constante en todo el monumento nacional al ser parte esencial del *Volk*. Incluso en la espada se puede leer la leyenda “*la unidad alemana-mi fuerza, mi fuerza- el poder de Alemania*”¹²².



Fig. 16.- *Hermannsdenkmal*, 1875
Ernst von Bandel (1800-1876)
Renania

¹²²“Deutsche Einigkeit-meine Stärke, meine Stärke- Deutschlands macht!” como se lee en la postal.

Debe hacerse otra aclaración cuando hablamos del Hermannsdenkmal. Ya que marca la participación directa en la edificación monumental de la sociedad civil, el culto a la nación patrocinado *por* la nación (y ya no con fondos únicamente estatales), es el claro ejemplo de la nueva política en acción, haciendo a la masa participar en lo que parece su propio culto. Con “Hermann” el financiamiento privado de grupos y asociaciones dispuestas a “demostrar” su nacionalismo cobró mayor fuerza, al grado que, entre 1874 y 1885, la *Kriegervereine*¹²³ (liga de asociaciones de veteranos de guerra) cubriría casi por completo los fondos para la construcción del “Kyffhäuser monument”.

¹²³Que luego se convertiría en la Kyffhäuserbund.

CAPÍTULO III

La supervivencia del elemento medieval en el siglo XX.

III.1 El elemento medieval del nacionalismo en la Primera Guerra Mundial.

Terminamos el primer capítulo con las guerras balcánicas y el inicio de la Primera Guerra Mundial señalando de alguna forma el fin del siglo XIX alemán. Sin embargo, hacia 1915 también se puede encontrar un momento de crisis y transformación del elemento en el que se basa este trabajo: la idealización medieval.

Como hemos visto, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX el nacionalismo había mantenido un doble discurso en el sentido que, por un lado, el ideal medieval, el *deber ser* nacional ideal, se creaba y se mantenía a través de una contemplación masiva en diversos ámbitos –sobre todo en lo que respecta a arquitectura nacionalista, literatura y pintura-; por el otro aquel que marcaba el compromiso de la población con la producción industrial, producción que finalmente también implicaba la gloria nacional.

Ambos discursos se mantenían medianamente separados, como si el ideal fungiera como mecanismo para superar la pesadez del real; como si el *deber ser* fuese el sueño en el que se descansa lo vivido durante una larga jornada de trabajo en la forja de Alberich. En la forja del mal... En la forja de la necesidad.

Y es que todas las representaciones nacionalistas con las que he tratado de ejemplificar, así como todas aquellas que se puedan observar en cualquier otro contexto –siempre y cuando sea nacionalista– tienen en común la “evasión” de la realidad, la superación de la misma mediante la invocación de una gloria superior.

Si bien la última pintura de Germania¹²⁴ que se hizo en el siglo XIX fue la de Herman Wislicenus, y su última representación arquitectónica fue la del escultor Johannes

¹²⁴ Resulta curioso el hecho de que ambas surgieran a partir de una canción: “*Watch am Rhein*” (cuidar o cuidando el Rhin), la cual se generó en 1840 con la crisis entre Francia y Prusia sobre la utilización

Schilling en el Niederwalddenkmal (1883, Fig. 18) –cuyo arquitecto fue Karl Weisbach-, la idea de Germania permaneció presente como un elemento de identificación nacional.



Fig 17.- Karl Weisbach
Germania, 1883.

del Rin como la frontera oeste de Francia a lo que Prusia se oponía. La canción fue utilizada desde ese momento y hasta la primera guerra mundial como un himno popular.



Fig. 18.- Autor desconocido
125
Germania, 1909

De hecho, la permanencia de la idea en la cultura popular puede ser observada en una serie postal de 1909 en la que aparece Germania con todos los elementos y atributos que se veían en el siglo XIX, respaldada por Arminio, juntando dos de las más significativas figuras nacionales. Lo interesante aquí, y quizá sea mera coincidencia, es la forma y atavíos de Germania: ¿no es acaso la Valkiria wagneriana, no es Germania un modelo hecho de acuerdo a la virgen guerrera de Wagner?

Es de vital importancia observar lo mencionado en el párrafo anterior: Wagner tuvo una repercusión sumamente profunda en la concepción del nacionalismo, al grado que la

¹²⁵ La leyenda de la parte superior izquierda se traduce como “La unión alemana: mi fuerza. Mi fuerza: el poder de Alemania”.

representación tradicional de la nación se adecuó al vestuario descrito en el libreto de la ópera.



Fig. 19.- Hubert Lázinger (1880-1950)
El abanderado, 1910
Marquetería sobre madera

Al año siguiente cabe destacar uno de los tempranos trabajos de Hubert Lázinger, el cual, además de exponer el culto medieval que hemos visto a lo largo del trabajo, resulta particularmente interesante pues veinticinco años después de ésta marquetería sobre madera en donde se observa un caballero medieval “abanderado” (Der Bannertrager, 1910), realizaría una de las más famosas imágenes de Hitler al ponerlo como caballero medieval portando sus colores, su estandarte, el famoso “Hitler como abanderado”.



Fig. 20.- Hubert Lázinger (1880-1950)
Hitler como abanderado, 1935

Llegamos finalmente a 1914, en donde la explosión de la guerra arrastra una serie de representaciones y vinculaciones medievales que ahora se expresan netamente en una propaganda estatal, carteles como el de Fredrich A. von Kaulbach, muestran una Germania mucho más combativa:



Fig. 21.- Friedrich A. von Kaulbach (1850-1920)
Germania, 1914

Germania sostiene el escudo por encima de la cadera en una actitud de reto, fuerza y valentía (actitud que se esperaría de cualquier soldado alemán); detrás de ella fuego y humo se levantan, sin embargo no se inmuta; todavía sostiene a la *Joyosa* y la corona imperial reposa sobre su cabeza.

Resulta claro que mientras más cercana se encontraba la realidad de la Guerra total las representaciones adquirirían un sentido de compromiso, patriotismo y heroísmo directamente vinculados al soldado, por lo que existirían otras formas de resaltar el ideal medieval era a través de la fotografía como se muestra en la Fig. 23, donde se compara la tradición medieval en un grabado de Durero del “Caballero entre la muerte y el diablo” (Título de la obra), y el “nuevo caballero” de la Gran Guerra:



Fig. 22.- Lancero akemán (1914)



Fig. 23.- El caballero entre la muerte y el diablo, 1513
Alberto Durero.

La correspondencia es clara, de hecho George Mosse señala este grabado como una de las imágenes más propagadas durante el siglo XIX, cuyo fin era resaltar el ideal del caballero medieval entre la población, teniendo a los soldados como caballeros cabalgando entre la muerte y el diablo. Embebidos en el deber sagrado de proteger la nación.¹²⁶

En otro nivel de propagación se encuentran los timbres postales que hacen referencia a la legitimidad divina de la guerra tras la leyenda “Gott strafe England” (Dios golpea a Inglaterra), así como constantes invitaciones a participar en los bonos y préstamos para la deuda de guerra principalmente encontradas en carteles. Así, los elementos y referencias medievales vinculados, no sólo a la actividad bélica, sino también a la participación ciudadana, al deber cívico, a la actividad nacional, resultan verdaderamente importantes, pues nos muestra que sí existía una mentalidad medievalista generalizada en la sociedad, la cual sería cuestionada y abandonada casi por completo hacia el final de la guerra.

Son justo este tipo de manifestaciones las que llegarían a ojos y oídos de los jóvenes que se enlistarían en el ejército, las que sustentarían una propaganda y una dogmatización

¹²⁶Op. cit Mosse, George.. *The crisis of German ideology...* p. 203-209.

del soldado como parte de un fin superior: el fin nacional sostenido por el soldado, el protector de la madre patria al igual que lo fue Arminio; sería el soldado el caballero que pelea por los pobres y por la justicia divina. Sería el soldado que al enfrentarse a nuevas tecnologías de guerra como el gas, los tanques y la artillería cuestionaría todas las idealizaciones y valoraciones sobre la guerra como vía de protección de la nación, cuestionaría su propia pertenencia a la nación y la legitimidad de sus acciones. Al regresar a casa, el soldado contaría los horrores de la guerra a su familia y a la sociedad, a la retaguardia, a la nación, esa otra piedra angular de la actividad bélica, pues sin sus apoyos y sacrificios mantener el frente sería imposible. La experiencia bélica generaría así el profundo cuestionamiento de los valores nacionales.

Esta duda generalizada en el deber nacional y el patriotismo, se vió alimentada por las visiones de muchos artistas que relataban e imprimían sus experiencias personales sobre la guerra. En ese ambiente de decadencia, y quizá como una forma de superación a la pérdida del individualismo que significaba la guerra y el nacionalismo, muchos artistas buscaron una forma de renovar y superar sus penas.

La *nueva objetividad* alemana es quizá el claro ejemplo de como el arte gira drásticamente para reflejar el subjetivismo artístico. Temas socialmente reprimidos, la irracionalidad, el morbo, la pasión o el miedo, son sólo algunos de los temas más constantes en la producción artística de las primeras vanguardias. Hablar este movimiento artístico alemán que expresa el desencanto subjetivo de la experiencia bélica, sin hablar de Otto Dix¹²⁷ (1891-1969) sería un grave error.

La historia de Dix, como la de muchos otros alemanes, se vió marcada por una entrada prematura a los campos de batalla. Con tan sólo veintidós años, Dix se enlistó y fue asignado a una unidad de ametralladora, ayudando a defender la línea contra los británicos durante la batalla de Somme. Mientras él disparaba a los soldados que se aproximaban, personajes como J.R.R. Tolkien o C.S. Lewis esquivaban esas mismas balas.

¹²⁷ Si bien muchos de sus trabajos tienen una fuerte influencia dadaísta, Dix es sin duda alguna uno de los mejores dibujantes de la historia artística alemana. No se alarme el lector al ver algunos cuadros con esa influencia –sobre todo los que utilizan collage–. Si bien la influencia *dadá* es clara, lo cierto es que la expresividad de Dix es lo que lo definió como artista

Lo increíble es que, si observamos los cuadros de Dix que escenifican la guerra y los comparamos algunos pasajes de los libros de Tolkien –sobre todo en *Los Hijos de Húrin*– es claro que ambos, aún desde posiciones contrarias, vieron y vivieron las mismas cosas: locura, suciedad y muerte descontrolada.

A pesar de que muchas de sus obras fueron destruidas por el régimen nazi al ser consideradas como *arte degenerado* –no hay que olvidar que el gusto del Führer era exageradamente conservador–, afortunadamente se conservaron varios de sus cuadros con en los que se expresa lo que hoy nutre este trabajo.



Fig. 24.- Otto Dix (1891-1969)
Soldado herido, 1924
National Gallery of Australia

Supongo que una imagen como la del *Soldado herido* dice mucho con el título, sin embargo cuando vemos este grabado de un hombre derribado y en agonía, ya no son las imágenes retratadas en los periódicos; no son las fotografías que muestran un cadáver inmóvil, o a los heridos en un hospital. No, aquí Dix muestra el momento de incertidumbre de un hombre que sabe que va a morir. La angustia de su expresión, el movimiento de la mano izquierda rasguñando su pecho, como si quisiera cubrir su corazón, hace imposible

distinguir si la herida es en el pecho, en las piernas, en la mano derecha que parece desarticulada del resto del cuerpo. No sabemos dónde ha sido herido, pero quizá es ese el objeto del cuadro, la herida puede ser imperceptible a simple vista. Ya no es un brazo roto, una pierna infectada, o una herida de metralla; Dix nos muestra un hombre cuyo espíritu ha sido mutilado.

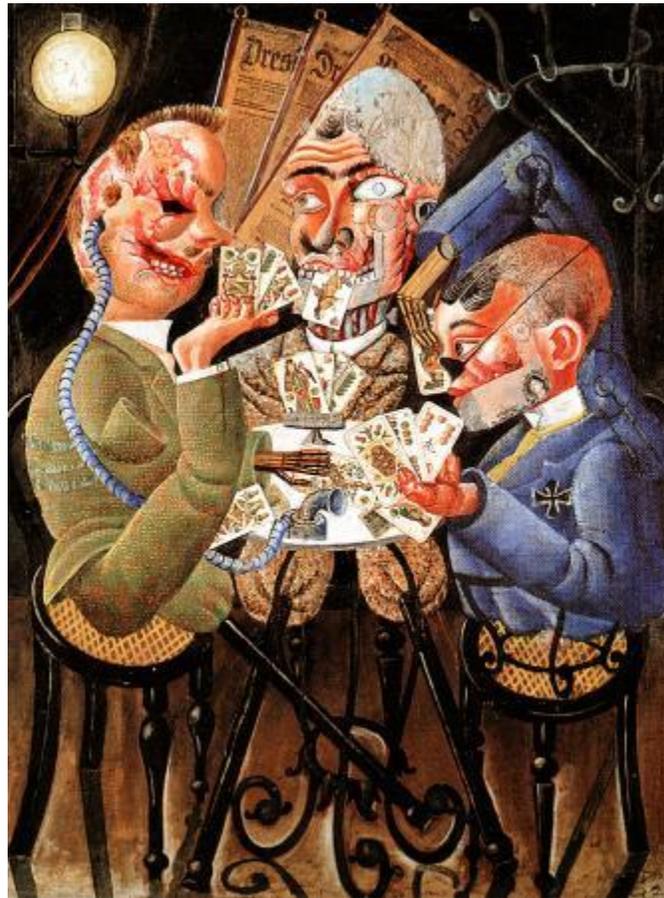


Fig. 25.- Otto Dix(1891-1969)

Los jugadores de skat, 1920

Nationalgalerie Staatliche Museen, Berlín.

Sobre los espíritus mutilados no hay mejor pintura que *Los jugadores de skat*, en donde Dix muestra la realidad de muchos veteranos de guerra. Hombre mutilados, convertidos en una mezcla de máquinas y organismos vivos. ¿no tiene el hombre de azul un engrane en su brazo derecho? ¿no es la mandíbula del personaje del centro una mezcla indistinguible de metal y carne? ¿no es la mano de una marioneta la que sale de la manga

del hombre de la izquierda? Todos son veteranos de guerra, esos hombres que sacrificaron un rostro, una pierna, un brazo. Esos hombres que negociaron sus vidas por una medalla.

Para Dix, quien era voluntario, las imágenes de los heridos, los moribundos y los cadáveres, harían desaparecer por completo el impulso y la idea de una misión gloriosa en la protección de la nación. Esa generación protagonista de la guerra se sentía engañada, traicionada, veía en la cotidianidad de la guerra, la mentira por la que se habían ofrecido en sacrificio, mismo que ya no tenía sentido.

III.2 La literatura: experiencia de guerra, verdades y falsedades.

En análisis de éste trabajo quedaría truncado si se dejara fuera el suceso que cuestionaría el discurso nacionalista en general y atacara el ideal romántico medieval sobre el deber hacia la nación: la Primera Guerra Mundial.

El momento de conflicto, el momento en el que el soldado vive la realidad y la compara con lo que se le ha inculcado, tanto fuera de su servicio militar como dentro; es el momento en el que la ideología nacionalista que valora al soldado como un caballero, es cuestionada y suplantada por la descripción de la cruda realidad.

Erich María Remarque fue un escritor que peleó en el frente oriental durante la Primera Guerra Mundial, escribió, basándose en las notas que tomó durante su lucha, *Sin novedad en el frente* en 1929, libro de vital importancia para ilustrar la reflexión final de mi trabajo, en tanto que describe el desengaño y el dolor que caracteriza el cuestionamiento de valores que pretendo vincular con aquellos mostrados en el arte y la propaganda nacionalista de los años previos.

Para Remarque las visiones de los soldados antes de la batalla con sus cascos, bayonetas y rifles brillando bajo la luz de la luna lo transportan a una visión de los caballeros de las antiguas épocas¹²⁸, visión que es sustituida tan pronto empieza el enfrentamiento, cuando el mismo Remarque se da cuenta que, si bien el discurso de la gloria nacional que recibía en el cuartel era verdaderamente bello, en el momento en el que

128 *cfr.* Erich María Remarque. *Sin novedad en el frente*. México, Porrúa, 1997. p.36.

había que matar se apuñalaba una idea, se apuñalaba al “enemigo”, el cual se convertía en una masa sin identidad igual a la que implicaba “el soldado”. La ventaja de las ideas es que sólo ideas son, pero cuando se está lo suficientemente cerca para ver a los ojos a la persona que acabas de matar, revisar sus documentos y darte cuenta de que otro hombre cualquiera, que probablemente no era malo, que probablemente había sido arrastrado por los ánimos discursivos de un nacionalismo propio, y que bajo cualquier otra circunstancia podría haber sido un amigo—¿acaso no es el enemigo una proyección/construcción a partir de uno mismo?-, es en ese momento cuando la incompatibilidad de las ideas con la realidad se hace manifiesta.

El dilema que el libro de Remarque plantea es justo el de la legitimidad de la guerra, la legitimidad de quitar una vida so pretexto de salvar un ideal. Su conclusión: no vale la pena, la generación que participó en la guerra quedó arruinada para el resto de la vida. “Sólo creemos en la guerra, la guerra nos ha estropeado para todo”¹²⁹. Sin embargo, a pesar de que la reflexión de Remarque termina en una oposición hacia la guerra y la exposición de sus horrores, la camaradería es visto como algo bueno, y da pie a otros elementos sumamente importante.

Si la experiencia de la guerra fue tan traumática y tan horripilante, ¿cómo es posible que tan sólo veinte años después existiera un fervor, casi duplicado, en la participación bélica como una misión nacional? ¿Fueron olvidados los horrores de la guerra? ¿Fueron olvidados los hombres que participaron en ella y, que como Remarque, expusieron sus problemas existenciales generados por las batallas? ¿Es acaso que la guerra no era algo absolutamente malo? Sí.

La guerra no era vista como la perdición absoluta del hombre. A pesar de que nos quedan muchos ejemplos dramáticos sobre los traumas y los horrores de la guerra, como los que dieron autores como Remarque y Tolkien, lo cierto es que la concepción general de la batalla, no era sólo la de la literatura y la pintura. Estaban también los veteranos de guerra, para quienes no había sido del todo terrible. De hecho ellos veían en la camaradería generada en el ejército una cosa muy provechosa: los veteranos habían hecho grandes

129 *Ibidem* . p.56

amistades durante la guerra y veían en la colaboración con sus compañeros un buen ejemplo de convivencia social¹³⁰.

De ahí que la participación de los veteranos en el nacionalsocialismo fue tan importante: éste les permitía volver a participar con sus camaradas de la misma forma en que lo habían hecho veinte años antes. Era la oportunidad para revivir algunos de sus más célebres años.

El mayor conflicto que presenta el estudio de la Primera Guerra Mundial, es que su experimentación llevó a cuestionar la gloria, la virtud, los valores y la caballerosidad de los soldados y los individuos. Lo que en el siglo XIX podía calificarse como una actividad de prestigio, se convierte tras la Gran Guerra, en uno de los peores trabajos del mundo, uno de los más sucios, más pesados, más agobiantes y más inhumanos oficios que el hombre ha inventado. Tras 1918, la verdadera cara¹³¹ de la guerra se descubre y no deja mucho espacio para su idealización, lo que se refleja en las representaciones artísticas de los sujetos que pelearon en ella.

Sin embargo, a la par de ésta crítica a las condiciones y los frutos de la conflagración, surge también la objetivación del nacionalismo, la convivencia, coordinación y solidaridad de los individuos en pro de un objetivo. De un ideal.

Si bien existe un dolor constante expresado en los diarios, correspondencias, pinturas y novelas cuyo tema central es la guerra; también está ese gusto por la amistad, el compañerismo y la confianza generada entre los camaradas en armas. Así, el éxito del nacionalismo surge a partir de una de sus manifestaciones más perversas: mediante la guerra, la hermandad nacional es forjada por completo. El fanatismo de la fe nacional se transmite mediante los soldados y se hospeda en sus familias e hijos. La nueva *patria*, herencia de la Gran Guerra, no es otra que el deber nacional.

¹³⁰ *vid.* Peter Englund. *La belleza y el dolor de la batalla*. 3ed. Trad. de Caterina Pascual Söderbaum. Barcelona, Editorial ROCA, 2011. 761 p. Englund hace una recopilación de correspondencia de varias personas en la que se muestra, sobre todo en los soldados que escriben a casa, el impacto del compañerismo en esos jóvenes protagonistas.

¹³¹ No hay que olvidar que a partir de la primera guerra mundial el reportaje fotográfico era muy importante y el impacto que tenía en la gente era verdaderamente fuerte, al grado que la Wellintong House (el departamento de propaganda inglés), estableció una serie de reglas sobre lo que se podía y no mostrar.

CONCLUSIONES

A lo largo de esta tesis se mostró la presencia del elemento medieval en el discurso nacionalista alemán, tratando de abarcar todos los aspectos en los que éste se expresó, desde el ámbito filosófico, representado por Fichte, hasta la música y la literatura representados respectivamente por Wagner y Goethe; así como también en las artes con diversos pintores, arquitectos y escultores. De esta suerte pudimos observar la presencia constante del elemento medieval como una forma de identificación, así como la objetivación del deber ser nacional. La presencia de nuestro tema de estudio fue constante y sus elementos pueden ser constatados hasta hoy.

El elemento medieval responde a la necesidad de encontrar un lugar, un momento o una idea lo suficientemente estable para establecer un punto de identificación ante un mundo envuelto en un vertiginoso cambio mental, político y social. El hecho de que el nacionalismo tuviese su auge durante el siglo XIX no es casual, pues en éste se llevaron a cabo la mayoría de las transformaciones para llegar a la realidad que hoy consideramos cotidiana.

Hacer referencia a “lo medieval” permitió manipular la verdad histórica de ese momento, misma que en muchas ocasiones se encontraba fuera de la realidad del Sacro Imperio Romano Germánico. Y es que, mediante la implantación de una idealización de un pasado tan lejano y tan imposible de constatar para el grueso de la población, se podía establecer la creencia en la búsqueda de la unificación alemana a lo largo de la historia, en el que la conformación de un Estado alemán fuera el paso lógico en la materialización de este proceso.

Cuando Fichte hizo referencia a la unión y comunión con los antepasados medievales, no hablaba con el respaldo de un análisis histórico, sino a partir del establecimiento de una idea común de la cual todos los individuos política, territorial y tradicionalmente vinculados –o con alguna semejanza–, podían alimentarse de su identificación para poderse llamar una nación alemana.

De la misma forma Wagner creó, a partir de una idea, el concepto de *mythos* como el vínculo general del *Volk*, elemento que no es otra cosa que la pertenencia a un espacio físico determinado por la raza y la herencia. Él mismo establece el *mythos* de su obra bajo el principio de música absoluta que mencionamos antes, en el que los alemanes se identifican con los personajes de sus óperas por el hecho de ser alemanes y poseer un carácter –el *mythos* en sí– compartido con los héroes medievales de las obras; cuando en realidad eso sucede por el hecho de que el espectáculo está muy bien realizado, al grado que el espectador, a partir de una concepción mundial de que el bien debe superar el mal. La justicia y el honor, crean simpatía por el héroe y sí, se crea una voluntad general en pro del mismo, pero no por el hecho de ser alemanes, sino por el simple hecho de ser espectadores.

En las obras de artes plásticas los principios de objetivación y simplificación de símbolos abstractos de la nación son llevados al extremo, al grado que pierden gran parte de su contenido simbólico y se transforman en signos de identificación elementales: Germania, manteniendo los mismos elementos en todas sus representaciones, cuya variación sólo se da en actitudes que responden al momento de su creación; Arminio, como representación de la voluntad alemana de autodeterminación, libertad y unión; el estilo gótico como una creación puramente germana; la fe y la búsqueda de Dios, no como la universalidad del catolicismo marca, sino con la singularidad de que el pueblo alemán es el pueblo elegido... Como los demás elementos mencionados a lo largo de este trabajo, que evidencian la presencia de “lo medieval” en el discurso nacionalista alemán.

Ya al final del trabajo hablábamos de una especie de crisis discursiva, en la que la constante que hemos trabajado parece ser destruida durante la Primera Guerra Mundial pero que, no obstante, permaneció anclada a la realidad como parte de la identificación nacional alemana. Si bien a partir de la Primer Guerra Mundial, el heroísmo vinculado a la acción bélica –heredado de una interpretación idealizada de la caballería medieval– decae y parece desaparecer, el elemento medieval como parte del discurso y el ideal nacionalistas debe haber permanecido por lo menos hasta la conclusión de la Segunda Guerra Mundial tal y como se creó en el siglo XIX. Por lo que mi hipótesis principal debe ser respondida con una parcial negación: no, el elemento medieval no fue abandonado ni desapareció con la

Primera Guerra Mundial; sí existió un cuestionamiento sobre su validez por aquellos individuos que protagonizaron la guerra, pero eso no implica que haya dejado de utilizarse, como tampoco que la gente dejó de creer en él, como nos muestra gran parte del simbolismo nazi utilizado en la Segunda Guerra Mundial.

Si ya hacia el final del siglo XIX el recuerdo de las muertes provocadas por la guerra franco prusiana estaban desvaneciéndose, y no decir de aquellas generadas por las guerras napoleónicas a principio de ese mismo siglo parecían haber sido completamente olvidadas; al entrar al siglo XX, en los años previos a la Primera Guerra Mundial, la fervencia del nacionalismo se ocupó de encubrir por completo el recuerdo de los frutos de la guerra.

El impacto ocasionado por la exposición a la muerte masiva durante la Gran Guerra transportó la concepción social de las batallas a otra dimensión: el sacrificio glorioso por el bien de la nación, que hasta 1914 no había sido sino una pura adoración, tuvo un impacto en la mentalidad colectiva que replanteó desde sus cimientos el arquetipo del guerrero-soldado y la justificación de su muerte.

La concepción del “caballero nacional”, se volvió incompatible con la realidad experimentada por los soldados en el campo de batalla: en aquellos charcos de lodo y sangre; en la pestilencia de la podredumbre humana, el lugar de la gloria nacional se había perdido.

Lo interesante de esto es que, si bien la idea de la lucha-sacrificio glorioso fue cuestionada, el concepto medieval del soldado no desapareció del todo, por lo que podemos afirmar que el elemento medieval en imaginario general es lo suficientemente profunda como para asociar al soldado, incluso hoy en día, a los mismos valores que se le atribuyeron a los cruzados o a los héroes de las gestas de caballería.

Sin duda la respuesta a por qué razón pudo continuar vigente una interpretación gloriosa de la guerra tras 1918 es más compleja y trasciende los límites de éste trabajo, el cual quizá sirva como un acercamiento a esa segunda cuestión que puede ser abordada en investigaciones futuras.

A pesar de todo, la vinculación de la tradición medieval, con todos los elementos que hemos resaltado a lo largo del trabajo, como parte de la identidad y construcción de la nación alemana, son todavía hoy de vital importancia en el auto-reconocimiento de la nación alemana como tal, por lo que el elemento medieval sí juega un papel protagónico en el nacionalismo germano.

El hecho de observar un elemento que permaneció vigente durante más de 300 años, como parte del ideal nacional alemán, nos indica que su importancia no es secundaria, como es mencionada por varios de los autores utilizados como apoyo para la realización de este trabajo, sino que es una de una de las fibras más importantes en el tejido nacionalista alemán. La tradición medieval en la formación de la nación alemana fue, y me atrevo a decir que es, imprescindible para entender la argumentación historicista para la existencia de Alemania.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES:

- FICHTE, Johann Gottlich. *Discursos a la nación alemana*. Trad. del alemán por Ricardo Casal. Buenos Aires, Pleamar, 1964
- GOETHE, Johann W. “Goetz von Berlichingen: el de la mano de hierro” en Johann W. Goethe, *Grandes clásicos*. 4 v., pról. de Rafael Cansinos Asséns. México, Aguilar, 1991. 1537 p. Ils. (Grandes clásicos – Johann W. Goethe, IV)
- RENAN, Ernest. ¿Qué es una nación? París, 1882. Versión digital en: <http://www.paginasprodigy.com/savarino/renan.pdf>
- SHAW, George Bernard. *The perfect Wagnerite: a Commentary on the Niblung's Ring*. Londres, 1889. Versión digital en: http://emotionalliteracyeducation.com/classic_books_online/sring10.htm
- WAGNER, Richard. “Carta nº 165 (enviada entre julio y septiembre de 1854”, *Correspondencia entre Richard Wagner y Franz Lidtz*. La versión digital de las misivas se encuentran en la siguiente página: <http://gutenberg.readingroo.ms/etext03/cwlv211.txt>
- _____. *El anillo del nibelungo: El oro del Rhin, La Valquiria, Sigfrido y El ocaso de los dioses*. Trad. De Eduardo Almagro, recurso electrónico en: <http://www.kareol.info/autor.htm#W>
- _____. *Parsifal*. Trad. de Eduardo Almagro, recurso electrónico en: <http://www.kareol.info/obras/parsifal/parsifal.htm>

ESTUDIOS:

- ABBAGNANO, Nicola. *Diccionario de Filosofía*. 4 ed. Trad. del italiano por José esteban Calderón et al. México, Fondo de Cultura Económica, 2004
- ANDERSON, Benedict. *Imagined communities: reflexions on the origin and spread of nationalism*. 3a. ed. Londres, Verso, 2006. 240 p.

- BURKE, Peter. *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Traducción del inglés por Teófilo de Lozoya. Barcelona, Crítica, 2001.
- CAMPOS Pérez, Lara. *Los relatos de la nación : iconografía de la idea de España en los manuales escolares, 1931-1983*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.
- CISA, Javier, “La cuenca del Ruhr”, *Historia y Vida*, Prisma publicaciones, Barcelona, v.1, n. 502, 2010, p. 72-79, ils. y mapas
- ENGLUND, Peter. *La belleza y el dolor de la batalla*. 3ed. Trad. de Caterina Pascual Söderbaum. Barcelona, Editorial ROCA, 2011. 761 p.
- FREUND, Gisèle. *La fotografía como documento social*, 5 e.d. Trad. del francés por Elias Josep. Barcelona, Gil, 1993.
- HOBSBAWM, Eric (editor), *The invention of tradition*, 2a. ed., Cambridge, Canto, 1992. 320 p.
- _____, Eric. *La era de la revolución, 1789-1848*. Barcelona, Crítica, 2001
- _____, Eric. *La era del imperio: 1875-1914*. Trad. De Juan Faci Lacasta, Barcelona, Crítica, 2001.
- _____, Eric. *Naciones y nacionalismos desde 1780: programa, mito y realidad*. Trad. de Jordi Beltrán. Barcelona, Crítica, 2000.
- KOSELLECK, Reinhart, et al. *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*. 23ed. Trad. Francisco Pérez Guitérrez. Mexico, Siglo XXI Editores, 2006. 342 p. (Historia Universal Siglo XXI, 26)
- MOSSE, George L. *The nationalization of the masses: Political symbolism and mass movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*. London, Howard Ferting, 2001. 252 p., Ils.
- _____, George. *The crisis of german ideology: Intellectual origins of the third reich*. London, Howard Ferting, 2001. 373 p., ils.
- PALMADE, Guy. *La época de la burguesía*. 18 ed. Trad. Santiago Puga. México, Siglo XXI Editores, 2003. 337 p. (Historia Universal Siglo XXI, 27)
- PIERENKEMPER, Toni. *La industrialización en el siglo XIX, Revoluciones a debate*. Madrid, Siglo XXI Editores, 2001

- SCHULZE, Hagen, *States, nations and nationalism: from the Middle Ages to the present*, trad. De William E. Yuill, prolog de Jacques Le Goff, Oxford, Blackwell Publishers, 1996
- STEINBERG, Michael P. *Escuchar la razón: cultura, subjetividad y la música del siglo XIX*. Trad. de Teresa Arijón. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008. 423 p., ils.
- TRESIDDER, Jack. *The complete dictionary of symbols in myth, art and literature*. Londres, Duncan Baird Publishers, 2004.
- WOLF, Norbert. Romanticismo. Madrid, Taschen, 2007

VIDEOS DOCUMENTALES:

- GRAHAM DIXON, Andrew. *The art of Germany 2: Dream and machine*. 3 vols. Londres, BBC, 2010. 60 minutos. (The art of Germany, 2)

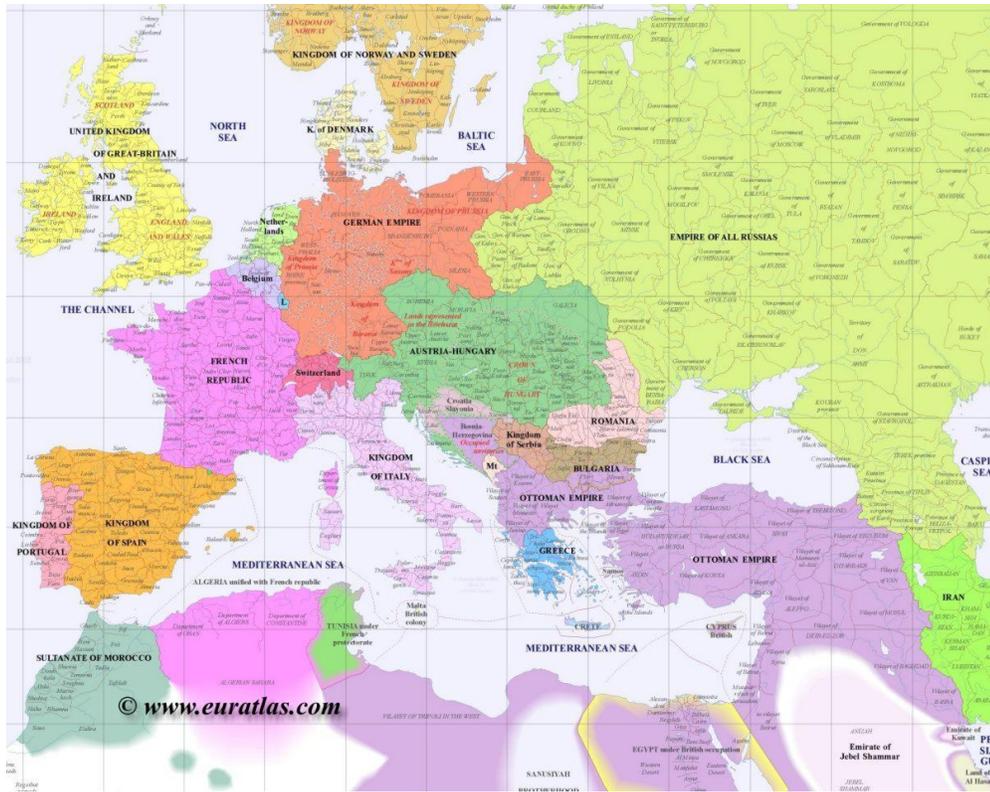
APÉNDICES

Apéndice I

Mapas históricos



Mapa 1. Europa en 1815 tras el Congreso de Viena.



Mapa 2. Europa 1876-1914

Apéndice II

Cronología

1803 Abolición de los territorios eclesiásticos en Alemania; batalla de las naciones en Leipzig.

1804 - 1815 Guerras napoleónicas; Austria se une a la tercera coalición.

1806 Colapso del Sacro Imperio Romano Germánico; Confederación del Rin; Prusia se une a la cuarta coalición.

1807 Paz de Tilsit

1812 Publicación del Grimm

1812 -1814 Sexta coalición.

1813 Batalla de las naciones en Leipzig: Napoleón derrotar.

1815 Congreso de Viena; Confederación Germánica .

1817 Festival de Wartburg.

1818 Nace Karl Marx

1819 Asesinato de August von Kotzebue; Decretos de Carlsbad

1832 Festival de Hambach

1834 Creación del Zollverein

1844 Nace Friedrich Nietzsche

1848 - 1849 Revoluciones de 1848

1848 Parlamento de Frankfort

1850 Tratados de Olmütz

1863 Creación del Partido socialdemócrata.

1864 Guerra Daneso-Prusiana

1866 Guerra austro-prusiana; Batalla de Königgrätz

1867 Colapso de la Confederación Germánica; Creación de la Confederación
Germánica del norte.

1870 Guerra franco-prusiana

1871 Imperio alemán

1873 Liga de los tres emperadores

1878 Congreso de Berlín

1882 Triple alianza

1884 Conferencia de Berlín

1891 Fundación de la Alldeutscherverband

1905 Plan Schlieffen

1914 Asesinato de Francisco Fernando

1914 - 1918 Primera Guerra Mundial

1919 Tratado de Versalles

1919–1933 República de Weimar